

García y Bellido y la Arqueología del Campo de Montiel (Ciudad Real-Albacete): aproximación historiográfica

PEDRO REYES MOYA MALENO*
Universidad Complutense

1.- Introducción**

La organización de un curso monográfico en torno a un investigador de la dimensión de Antonio García y Bellido ha perseguido mostrar y contrastar las distintas facetas de este historiador de la Antigüedad: sus líneas de trabajo, sus aciertos y teorías innovadoras o aquellas otras lecturas que estaban enraizadas en la tónica de la España de mediados del siglo XX. Estas jornadas –y otros eventos celebrados al efecto (Arce, 1991; González y Ruiz Bremón, 1997; Blánquez y Pérez, 2004; Bendala *et alii*, 2005)– han desgranado la producción intelectual de García y Bellido en un análisis historiográfico, más allá de la mera loa, que conduce a reflexionar sobre por qué y cómo ha evolucionado nuestra Ciencia. En este examen, el recorrido que nos separa de 1903 y del nacimiento del historiador en Villanueva de los Infantes es el mismo que existe para rastrear otros eventos simultáneos ocurridos en la ciudad, las inquietudes sociales de esta época o la evolución de la sensibilidad artística, por ejemplo, a través de la fundación del asilo benéfico de Santo Tomás, de las páginas del recién nacido periódico ABC o del también centenario Max Aub (Olmos, 2002; Mondéjar, 2003).

Desde la última década del siglo pasado en España son cada vez más frecuentes los estudios historiográficos en el campo de la Arqueología, esto es, la revisión crítica de la evolución de la propia disciplina arqueológica. Se ha profundizado, fundamentalmente, a través de etapas culturales definidas (Ruiz Rodríguez, 1991; Olmo, 1991; García Huerta, 1999; Ruiz Zapatero, 2003); en función de áreas administrativas-geográficas concretas (Beltrán y Gascó, 1993); de las instituciones que respaldaron los estudios histórico-arqueológicos (Quero y Pérez, 2002); y, como en el caso del marqués de Cerralbo, Cabré, Pericot, etc., a través de las biografías de las figuras más destacadas de la investigación histórica peninsular (Cerdeño y Barril, 1997; Gracia *et alii*, 2002). Aun sumándose el presente homenaje a tal formato, con la presente aportación se pretende remarcar que la inclusión de historiadores y arqueólogos en una periodización historiográfica concreta no deja de ser sino una acotación generalista dentro del total polimórfico de publicaciones históricas y prácticas arqueológicas de la Península Ibérica y en la cual confluyen muchos más aspectos que las características meramente políticas o económicas de un momento puntual (Marín, 2004). La reducción de la disciplina a las bio-

* Investigador FPU del Ministerio de Educación y Ciencia. Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense. 2004-2007. Socio fundador de la Asociación "García y Bellido" para la Historia y Arqueología de Villanueva de los Infantes (ASGARBE). E-mail: preyesmoya@wanadoo.es.

** El presente texto amplía, actualiza y formaliza la comunicación presentada en el Curso de Verano-Homenaje a García y Bellido de 2003.

grafías de Schulten, Almagro Basch, Santa-Olalla, Tarradell, Maluquer de Motes, Bosch Gimpera, etc.; a yacimientos como Numancia, Coaña, Segóbriga, etc.; y a la búsqueda de los momentos culturales ibéricos, celtas o tartésicos (Cruz, 1987; Cortadella, 1991) debe ser contrastada con la acogida que estos estudios académicos tuvieron dentro de los ámbitos intelectuales regionales, provinciales y locales así como su trascendencia –escasamente tratada– al conjunto de la sociedad (Ruiz Zapatero, 2002).

En este sentido, el centenario del nacimiento de García y Bellido en el Campo de Montiel ofrece la oportunidad para aproximarnos a la evolución de la investigación histórica y arqueológica en la propia comarca del historiador hasta transitar por la misma época en la que D. Antonio desarrolló su trayectoria científica y por los momentos posteriores.

Localización

El topónimo de “Campo de Montiel” presenta una realidad político-administrativa paralela a la orográfica que le acarrea constantes imprecisiones y en la que radican las posteriores interpretaciones históricas. En cuanto a la acepción geofísica, se trata de una comarca natural de aproximadamente 64x75 km situada a caballo entre el sureste de la provincia de Ciudad Real y el este de la albaceteña y cuya morfología destaca por ser una altiplanicie que bascula hacia el oeste (fig. 1). Esta peculiar “meseta sobre la Meseta” se alza desde la llanura manchega (700 m.s.n.m.) hasta los 1100 m.s.n.m. pero quedando confinada bajo las cordilleras Penibéticas de Sierra de Alcaraz-Segura y Sierra Morena, cuya altitud media es de 1500 m.s.n.m. (Quirós y Planchuelo, 1992).

Ahora bien, la confusión se debe principalmente a la división artificial de sus vertientes este y oeste desde, al menos, la Reconquista; enmarcados en un proceso de expansión de las distintas fuerzas cristianas, el extremo oriental (c. 27%) estuvo bajo la influencia de la serrana Alcaraz, villa de realengo. Por su parte, las tierras centro-occidentales (c. 70%) estaban administradas por la Orden de Santiago y tuvieron inicialmente como cabezas a Alhambra, Torre de Juan Abad y a Montiel. A ello se ha de unir una historia posterior marcada por frecuentes disputas, pactos de distinta índole, anecciones y escisiones de poblaciones que han acabado por conformar un mapa de identidades y territorialidades paralelas en el que se superponen irregularmente la distribución administrativa, la judicial, la eclesiástica y las de otras instituciones supralocales.

La denominación de Campo de Montiel aparece ya ligada al oeste de la comarca en momentos tempranos, cuando la mesa maestra separa el *Priorato de Uclés* de las tierras en torno al núcleo de Montiel pero cuya jurisdicción alcanzaba la vertiente sur de Sierra Morena con las encomiendas de Segura de la Sierra y de Santiago de Montizón (Beas de Segura, Santiesteban del Puerto, Montizón, Chiclana o Torres de Albánchez) (Blázquez, 1905: 312; Madrid, 1980). El topónimo se asienta en 1353 cuando se crean el *Común de la Mancha*¹ y el *Común del Campo de Montiel*, este último sobre las encomiendas de Alhambra y La Solana, Carrizosa –y la posterior Infantes–, Membrilla –y Alcubillas–, Montiel –y La Puebla, Cózar, Ossa y Santa Cruz–, Ruidera, Torres y Cañamares,

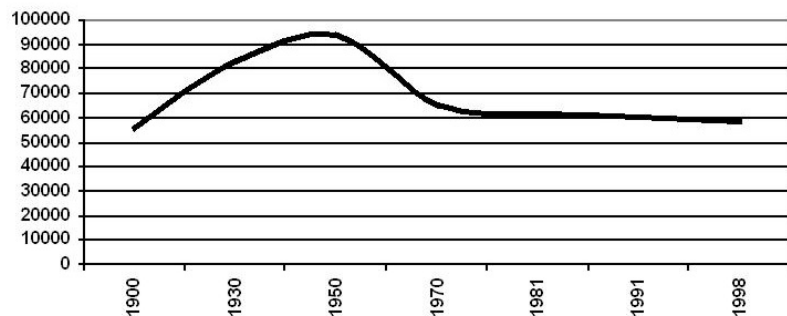
Villahermosa –y Fuenllana–, Villanueva de la Fuente, Santiago de Montizón (Villamanrique, Torre de Juan Abad y Castellar), la encomienda de Bastimentos y sobre parte de la Mayor de Castilla –Almedina, Terrinches y Torrenueva– (Blázquez, 1905: 313; Molina, 1994: 23; Ballesta, 2003: 52). En efecto, sea por legitimación o por tradición en su uso, el nombre de Montiel siguió presidiendo este territorio incluso cuando en los dos siglos siguientes finalizan los procesos de *sinecismo* de las aldeas de repoblación y la capitalidad de la Vicaría y Gobernación pasa de Montiel a Membrilla y, finalmente y hasta hoy día, deviene a la ciudad natal de Bellido (Molina, 1994: 29).



Fig. 1: Altiplanicie del Campo de Montiel con distintas divisiones territoriales.

En 1575 Villanueva de los Infantes es sede religiosa y política y el mapa que se adjunta en las *Relaciones Topográficas* de Felipe II es el que ha quedado en el imaginario colectivo como el “Campo de Montiel Histórico” (Fernán Caballero, 1905; Corchado, 1971: 9; Rodríguez Castillo, 1999: 31). Este croquis comprende 19 villas y 5 aldeas entre los que se confirma la tradicional inclusión de dominios en la periferia oeste de la altiplanicie –Membrilla, Castellar de Santiago y Torrenueva– (Planchuelo, 1954: 132).

En 1691 se crea la *Intendencia de La Mancha* con sede entre Ciudad Real y Almagro y, pese a la subordinación de la entidad política del Campo de Montiel, en términos judiciales el partido de Infantes seguía ocupando otros pueblos de Ciudad Real (Castellar de Santiago, Membrilla, La Solana, Torrenueva, Altillo, Campo de Criptana, Socuéllamos, Tomelloso) y se extendía por las provincias colindantes de Jaén (Beas y Chiclana de Segura), Albacete (Ossa de Montiel), Cuenca (Hinojoso de la Orden, Santa María de los Llanos, Horcajo de las Torres, Villamayor de Santiago) y Toledo (Cabeza Mesada, Miguel Esteban, Quintanar de la Orden, El Toboso y Villanueva del Cardete) (Madoz, 1850: 263). En 1773 segregaron el Real Sitio de Ruidera y en 1789 el partido de Infantes, junto al de Alcaraz, Almagro y al corregimiento de Ciudad Real, quedaría englobado dentro de la *Provincia de La Mancha* tras la reforma administrativa del conde de Floridablanca (Corchado, 1971: 10; Haro, 2000: 65) y, finalmente, el modelo de provincias autosuficientes y homogéneas ideado en el primer tercio del siglo XIX (RD 30-XI-1833) reformó sus demarcaciones hasta el punto de enviar Ossa de Montiel a Albacete, y limitar el topónimo del *Campo de Montiel* al nuevo partido de Infantes sin los núcleos adscritos a Valdepeñas (Castellar de Santiago y Torrenueva), a Manzanares (Membrilla, San Carlos del Valle y La Solana) y a Alcázar de San Juan (Ruidera). La altiplanicie en tierras albaceteñas duplicaría la acepción de *campo/s de Montiel* como un mero concepto geográfico y perteneciente a 3 partidos judiciales distintos (fig. 1) (Corchado, 1971: 9).



Graf. 1: Evolución de la población del Campo de Montiel entre 1900 y 1998 (Díaz Muñoz y Marín Madrid, 1999: tabla 1).

La confusión terminológica se completa con la existencia paralela hasta 1835 de la antigua *Comunidad de Pastos del Campo de Montiel*, una de las instituciones más destacadas en la región, que había estado formada también por Beas de Segura y Chiclana (Hosta, 1865: 60; Romero Velasco, 1985; Masilla y Campos, 1989: ; Grupo Al-Balatitha, 1985: 273).

A efectos prácticos, bien sea por la propia red de comunicaciones, por las efemérides quijotescas o por su simbología a lo largo de los dos últimos siglos (Blázquez, 1905; Jessen, 1946a y 1946b; Hoyos, 1955; Aguirre Prado, 1963), llama la atención que el referente espacial para los viajeros y estudiosos haya sido La Mancha, como amplia región del Sur de la Meseta mientras que la región volcánica calatrava o la altiplanicie del Campo de Montiel quedan como apéndices o “áreas peculiares” incluidas en la anterior. El altipais montieleño se difumina y se alarga al gusto del autor y así, entre los siglos XVI y XVII, simplemente no existe en Mariana, Ocampo y Garibay o, como introduce Zurita, la Mancha de Monte Aragón se expande desde Albacete hasta Alhambra (Blázquez, 1905: 314, nota 1).

A principios de 2004 el disloque prosigue en la configuración de la comarca y se ha acrecentado con la una fractura entre el norte (Membrilla, La Solana, Alhambra, Carrizosa y Ruidera) y el sur, tal y como reflejan las mancomunidades y los grupos de acción local (Moya, 2004c e.p.). La localidad² más pujante de la altiplanicie es La Solana (15.255 hab.) en detrimento de los antiguos núcleos predominantes –Montiel (1666 hab.), Alcaraz (1740 hab.) o Infantes (5800 hab.)–.

Material estudiado

El análisis historiográfico que se presenta está basado en algo más de 320 publicaciones entre libros, artículos científicos, noticias de prensa, textos periódicos locales –revistas mensuales, libros de feria...–, etc., que hayan tratado la Arqueología de la comarca. Para la realización de este proyecto, a priori sencillo en cuanto a estadístico, se hace imprescindible definir el marco de estudio con las siguientes matizaciones previas:

- Puesto que no ha existido una unidad política que se identifique con el Campo de Montiel geográfico, no existe ninguna investigación que haya realizado un balance comarcal arqueológico íntegro. Son sectoriales y parciales y en función de la época que están estudiando.
- Dada la contradictoria definición del Campo de Montiel se determina como ámbito territorial de trabajo a una combinación de los principales parámetros intervinientes: el “Campo de Montiel Histórico”³ junto a otros núcleos que hoy se encuentran dentro de tal demarcación⁴ y procurando insertar al restante sector de la altiplanicie⁵. No obstante, puesto que Villanueva de los Infantes ostenta la capitalidad y como posee un importante legado monumental, tiene una presencia destacada en las referencias históricas y, en nuestro caso, por ser cuna de García y Bellido, saldrá a colación con frecuencia pero bien sirve de ejemplo de la tónica general de la comarca.
- Un texto es arqueológico cuando el objeto de estudio, el método y las técnicas son propias

de esta metodología de trabajo. Tal y como se define hoy, la Arqueología es una técnica de investigación del pasado que se fundamenta sobre elementos materiales y, puesto que está en constante perfeccionamiento, es obligado acudir a aquellos estudios iniciales que, desde la óptica actual, definiríamos como precientíficos y propios de anticuarios; al igual que García y Bellido no se entiende sin la figura de sus antecesores y maestros, nosotros también debemos retrotraernos a los primeros trabajos para contextualizar los del siglo XX. Del mismo modo, también se han tenido en consideración otros textos y artículos que, sin aplicar directamente la técnica, tratan de asuntos y ubicaciones en los que la Arqueología es una herramienta fundamental, como es el caso de la localización y características de aldeas de la repoblación medieval (González, 1975; Pretel y Rodríguez, 1981; Madrid, 1980).

- d) Es por ello que, aunque inicialmente el arco temporal que da pie a este estudio es la vida de Antonio García y Bellido (1903-1972), es inevitable remontar la visión mucho antes de su nacimiento, así como ampliar toda esta aproximación a todo el siglo XX. Como expresamos con anterioridad, muchos fenómenos son producto de pequeñas aportaciones que discurren a distinto ritmo que las clasificaciones generalistas y, sólo de esta forma, se aprecian ciertas tendencias.
- e) Atendiendo al espacio del presente artículo, no se incluye en la bibliografía final la totalidad de los títulos analizados sino un compendio de aquellos más representativos en cada ámbito de estudio. En el futuro y en distinto formato debe realizarse esta tarea.

A pesar de estas premisas es objetivamente imposible contabilizar todas y cada una de las referencias que se han escrito acerca del pasado arqueológico del Campo de Montiel y de cada uno de los elementos que lo integran, sobre todo si éstas se pertenecen a obras generalistas, de difícil acceso, tratados cartográficos, panfletos locales o, por ejemplo, si se hallan en otras lenguas o manuscritas. De todos modos, las posibles omisiones por desconocimiento, implícitas en toda empresa de estas características, raramente podrán alterar las tendencias generales que evidencian la amplia muestra sondeada.

2.- Categorías para el estudio de la bibliografía arqueológica del Campo de Montiel

La reorganización cristiana supuso a la comarca del Campo de Montiel la recuperación y expansión del dinamismo social y económico que se había desarrollado en torno a las vías de comunicación que desde la Prehistoria Reciente habían configurado el territorio (Moya, 2004b). Desconocemos si su ubicación como paso natural entre el Alto Guadalquivir y Andalucía, la meseta y el área levantina inspiró a Cervantes cuando su caballero andante acertó “a tomar la misma derrota y camino que él había tomado en su primer viaje, que fue por el Campo de Montiel” (Libro I, cap. VII), pero no hay duda de que en tal localización se halla parte de la causa de la floreciente expansión hasta mediados del siglo XVII (Madrid, 1981: 29). Por consiguiente, el ocaso de este trayecto y la apertura de nuevos pasos dentro de la política ilustrada sumió a esta comarca manchega en la una lenta agonía que todavía hoy la lastra. Todas sus localidades están inundadas de una dicotomía entre el esplendor y el ostracismo, ya sea en sus casas nobiliarias y en sus castillos arruinados o en la aten-

ción que se le ha prestado en los estudios históricos.

La estampa que transmitió el norteamericano August F. Jaccadi en Ossa de Montiel y Ruidera en 1890 (Campos y Herrero, 1994: 206), por ejemplo,

“*Un puñado de casas diseminadas, cuya pobreza quedaba incrementada por las ruinas de un vasto palacio [...], pueblo de viviendas destartadas*”,

o la descripción de Villanueva de los Infantes de Azorín (1992: 200 y ss.) en 1903, año del nacimiento de García y Bellido,

“*Las puertas y ventanas de los viejos palacios están cerradas; las maderas se hieden, corcovan y alabea; se deshacen en laminillas los herrajes de los balcones; descónchase los capiteles de las columnas y se aportillan y desnivelan los espaciosos aleros que ensombrecen los muros [...] ¿Cómo este pueblo, rico, próspero, fuerte en otros tiempos, ha llegado en los modernos al aniquilamiento y la ruina?*”,

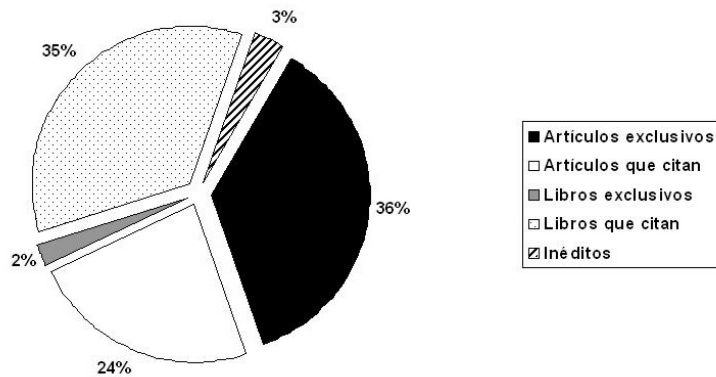
son más que significativas para comprender, medio siglo después, las palabras de A. Dotor (1957: 73) en una de las primeras publicaciones específicas sobre vestigios arqueológicos medievales de la altiplanicie –el castillo de la Estrella de Montiel– por las cuales se refleja el abandono científico de la comarca:

“*Difícilmente se encontrará una subregión española que, abundando en ella el motivo de evocación histórica, permanezca, sin embargo, tan desconocida de la generalidad, como la parte de la Mancha comprensiva de amplia zona de la provincia de Ciudad Real lindante con las de Albacete y Jaén [...]*”.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, el análisis de los estudios históricos que hacen referencia al Campo de Montiel y que, por tanto, profundizan en el conocimiento de su Pasado, son susceptibles de ser sistematizados en distintas clasificaciones en función de unos parámetros definidos. Es más, a través del siglo en el que García y Bellido desarrolló su obra, se pueden establecer etapas paralelas, más allá de las meramente cronológicas, que respondan a las preguntas *¿quién investiga?*, *¿en qué medios se publica?* y *¿qué temas o qué parte de la Historia susceptible de ser analizada desde la Arqueología se ha estudiado en el Campo de Montiel?* Confiando en tal criterio estadístico y en haber examinado un notable volumen de trabajos, los resultados de esta lectura, por mínimos y locales que resulten, son tan elementales como desconocidos hasta el presente.

A) TIPO DE PUBLICACIÓN: FORMATO

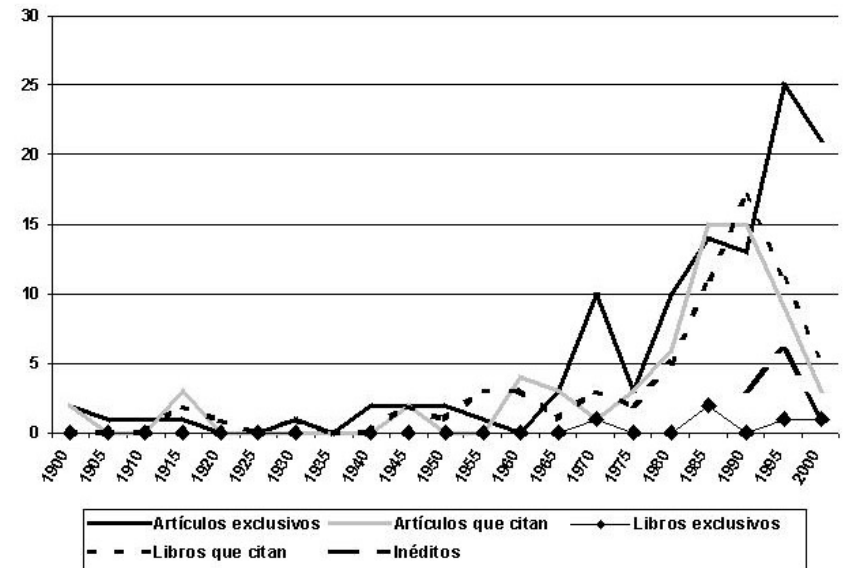
Desde el punto de vista de una revisión historiográfica el nivel más sencillo de análisis es la compilación de la bibliografía desde un punto de vista puramente formal: se comienza por conocer



Graf. 2: Porcentajes sobre el total de publicaciones de ámbito arqueológico que aluden al Campo de Montiel en relación a su soporte de difusión.

cuál es el grado de presencia y en qué tipo de soportes físicos se vienen plasmando los estudios arqueológicos del Campo de Montiel. La división distingue cuestiones evidentes de volumen, distribución, periodicidad, etc., esto es, un libro de un artículo y, dentro de ambos, difieren aquellos textos centrados en esta comarca de aquellos otros en los que la referencia a la altiplanicie se limita a la mención en un capítulo o a la inclusión de un punto más en un mapa más general (Planchuelo, 1954; Garrido, 1995). Al igual que el resto de categorías, esta cuestión tiene una doble lectura que hace referencia tanto al resultado de los valores totales como a las posibles fluctuaciones de cada tipo a lo largo del siglo XX.

Si atendemos a valores generales (Graf. 2) destacan, dentro de una visible igualdad, los artículos centrados en la arqueología comarcal (36%) lo que podría señalar a priori un progresivo y equilibrado desarrollo de la práctica arqueológica en la altiplanicie manchega al tiempo que se incorporan estos datos a estudios de más amplio espectro (99 libros y 67 artículos). Pero, por el contrario, la dispar y exigua presencia de monografías específicas (2%) (Francisco, s.a.; Rodríguez Guillén *et alii*, 1993; Jiménez Ramírez, 1997) corrobora el panorama radicalmente distinto que se aprecia en la evolución diacrónica de los trabajos analizados durante el siglo XX (Graf. 3): hasta mediados de la centuria la información arqueológica que se disponía se caracteriza por ser residual, en tanto que periférica al sentido general del discurso de la obra en la que se incluye. En momentos iniciales, los quiebrones de la gráfica responden a publicaciones esporádicas de hallazgos (Mélida, 1917; Aguirre Andrés, 1948) y no fue hasta la década de los sesenta cuando comienzan a proliferar distintos artículos exclusivos que sistematizan la información existente hasta la fecha o que pretenden profundizar en cuestiones hasta entonces dispersas, difusas o simplemente desconocidas. En ello fue determinante el incremento de estudios y actividades arqueológicas (Puig y Maluquer, 1975; Jiménez Ramírez, 1982; Ruibal, 1984a) pero también parece decisiva la creación de nuevos espacios científicos, como el



Graf. 3: Desarrollo temporal de las distintas categorías analizadas.

Museo Provincial de Ciudad Real con su malograda revista *Oretum* (Pérez Avilés, 1985), la celebración del *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* en Ciudad Real (Alañón, 1988) y de otras reuniones más recientes, como las del *Patrimonio de Ciudad Real* (Benítez de Lugo, 2000b; Gutiérrez *et alii*, 2000).

El creciente interés por el Pasado de la comarca en las dos últimas décadas del siglo no se canaliza por un único tipo de formato de publicación. Paralelamente, las opiniones de foros más generalistas –aficionados y eruditos– se desarrollan a la vez que la investigación de historiadores en artículos y de los artículos con avances parciales de campañas y síntesis (Fernández y Serrano, 1995; Domingo, 2000). Se trata de un fenómeno de retroalimentación entre la investigación y la divulgación que en lo local se manifiesta en un fenómeno de proliferación de artículos en boletines municipales, programas de ferias y especiales de romerías, etc. pero que también alcanza medios provinciales y libros autoeditados (Jiménez y Chaparro, 1983; Villar, 1992; Gómez, 2000). En última instancia, es más que significativo que periódicos locales como el *Balcón de Infantes* –mensual– ofrezca siempre un espacio para apuntes históricos (Rubio, 1994) o que en 2005 se haya creado *Campo Arenate*, una revista científica de estudios histórico-arqueológicos del Campo de Montiel en el seno de una asociación.

Otro formato de presentación de trabajos que porcentualmente no es altamente representativo (un 3% del total, Graf. 2) es, paradójicamente, el de aquellos estudios que no tienen soporte ni contenido conocido en tanto que son inéditos. Como los utilizados en el presente artículo, se sabe de su existencia porque forman parte de las bibliografías y, aunque algunos de ellos han visto finalmente la luz, la mayoría son informes y memorias de excavaciones u obras preparatorias y poco definidas que raramente alcanzan la imprenta (Arias Riera en Gómez, 2000: 214; Benítez de Lugo *et alii* en Benítez de Lugo, 2000: 23; Madrigal *et alii*, en Benítez de Lugo, 2000: 25; Díaz y Marín, 1999). Su aparición va paralela a las intervenciones arqueológicas de finales del siglo en los que la multidisciplinariedad lega tales informes. Aún más desconocidas son las obras manuscritas de las que sólo se tiene conocimiento por alusiones personales de los autores o de otras que se hallan en paradero desconocido.

A pesar de que la caída final de la gráfica 3 responde, en última instancia, al cierre en falso del último lustro del sondeo bibliográfico (2000-2005), se muestra una tendencia general, a tenor de las fuentes consultadas, en la que el Campo de Montiel ha pasado a ser estudiado desde artículos exclusivos y alejándose de contextualizaciones generales.

Cuantitativamente no es necesario remarcar que se trata de un volumen reducido de obras que sólo es significativo en el contexto en el que se evalúa, pero que es suficientemente representativo para el análisis de otras categorías, como en la que atañe a la trayectoria científica de los autores intervinientes.

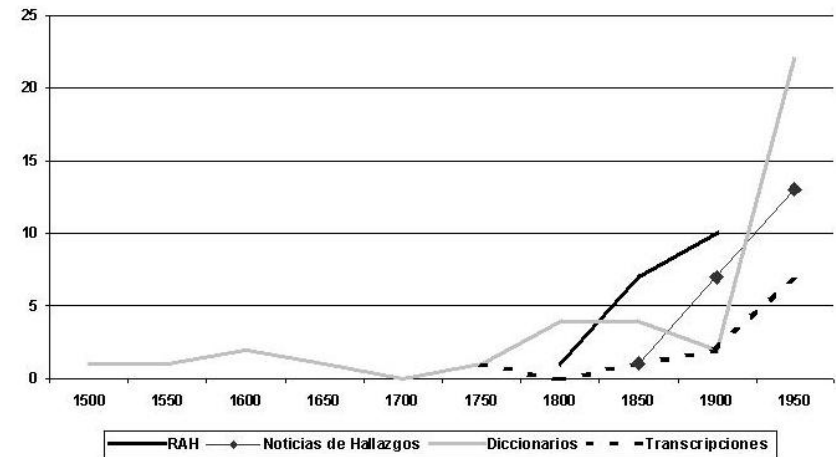
B) ESTRUCTURA INTERNA DE LAS FUENTES DOCUMENTALES

A la hora de abordar el inicio de los estudios arqueológicos en el Campo de Montiel es necesario remarcar la diferencia entre los textos que transmiten información sobre el Pasado y aquellas fuentes escritas que, ya en su época, y sea por la causa que sea, realizan un intento de reconstruir el Pasado.

No cabe duda de que el aumento de la complejidad social y estatal conllevó una sistematización de la información histórica disponible pero no todas las Relaciones o Descripciones presentan digresiones. Los privilegios, acuerdos, libros de visitas de la Orden de Santiago (Chaves, 1975), la cartografía (Pedro de Medina, 1550 en Blázquez, 1905: 313) o los repertorios de caminos y de viajes (Colón, 1517: 126 y ss.; Villuga, 1546; Meneses, 1576: 196 y s.; Sánchez y Marutti, 1933: 163 y ss.) son fuentes valiosas para conocer la época, topónimos y algunas puntualizaciones singulares pero no profundizan en su origen. A nuestro juicio, son algunas compilaciones administrativas y textos con finalidades fiscales las que primero fuerzan la realización de síntesis históricas en los pueblos de la altiplanicie y las que aportan las primeras noticias arqueológicas favorecidas, sin duda, por el renacer del Humanismo.

El caso más evidente es el de las denominadas *Relaciones Topográficas* de Felipe II (Viñas y Paz, 1971). Se componen de las respuestas emitidas en torno a 1575 por la mayoría de las localida-

des montieleñas a un cuestionario que sirviera como fuente de conocimiento del rey y como base de datos para el mejor funcionamiento de la Administración Real. Su extensión y variedad de temas (sociedad, economía, recursos naturales, religión, comunicaciones, arquitectura, etc.) lo han convertido en un documento esencial para el estudio de los siglos XVI y XVII, como a la hora de conocer torres y castillos que todavía estaban en uso, como el de Montizón de Torre de Juan Abad (Viñas y Paz, 1971: 529), o que, como el de Montiel (*Ibidem*: 346), habían sido abandonados recientemente. Los investigadores que han utilizado esta fuente son numerosos, desde los diccionarios decimonónicos (Hervás, 1889) hasta las investigaciones que sobre tales documentos lleva a cabo el historiador infanteño Campos Fernández de Sevilla (1986, 2004), pero llama la atención que fuera en la publicación póstuma del “Mapa del Campo de Montiel” de F. Caballero (†1876) –inmerso en la Relación de Villanueva de los Infantes de la Biblioteca escurialense–, en la conmemoración del III Centenario de la publicación *El Quijote* (1905), donde hallamos uno de los primeros artículos de revista científica que tienen, desde el título, la comarca como objeto central.



Graf. 4: Evolución de las noticias arqueológicas en el Campo de Montiel entre los siglos XVI-XX.

Sin embargo, lo más relevante para nuestro trabajo es la presencia y respuesta a las preguntas primera, segunda y trigésimo sexta –del nombre presente y antiguo; de la antigüedad del pueblo y su fundador; y de los “*rastros de edificios antiguos, epitafios y letreros, y antiguallas de que hubiese noticia*”– por las que podríamos acercarnos a la concepción que tenían de sí mismos y de su Pasado. Es obvio que todo depende del juicio, precisión e interés de los redactores en los vestigios de su tierra, destacándose ante todo dos datos: que sólo 9 pueblos contestan a la cuestión de los restos y que en la mayoría de los casos no hay más historia local que la de las tradiciones orales y las comunicaciones de los vecinos más ancianos. En detalle, se revelan distintos grados de implicación en las contestaciones, desde los que directamente desconocen sus orígenes –como en Albaladejo (Viñas y Paz,

1971: 2)–; los que aportan los antiguos topónimos (Castellar de Santiago *de la Mata*, Membrilla *del Tocón*, Alhambra-*Herrera de los Montes Negros?* (Hervás, [1918] 2002: 70), La Puebla *de Montiel*, Fuente de la Solana, Villahermosa-Pozuelo, Villamanrique-Belmontejo *de la Sierra*); o los que sí reconocen las antigüedades de su término. También en este caso hay grados entre la simple mención a cimientos antiguos y a la “piedra con letrero antiguo” que llevan a Fuenllana (CIL II 3228) (Viñas y Paz, 1971: 261); la mera alusión a una inscripción de Adriano (CIL II 3236) y al yacimiento del Gollizno por los de Almedina (*Ibidem*: 58); o las más precisas noticias que aportan los de Alhambra que, además de transcribir los epígrafes romanos que conocían (CIL II 3229 y 3230), detallan la existencia de estatuas, tesorillos, una necrópolis en la ladera, encaños, murallas antiguas, etc. (*Ibidem*: 40 y ss.).

En siglos siguientes este peculiar formato de acercamiento histórico a través de cuestionarios e inventarios generales se multiplicaron y adaptaron según el ente supralocal que lo demandaba ofreciendo así un desigual acercamiento: B. Chaves [1975] sistematiza los *Libros de Visitas* y otra documentación de la Orden de Santiago anterior al siglo XVIII y aporta noticias de poblamiento; el *Catastro del Marqués de la Ensenada* (1751-1753) apenas incide en la cuestión histórica; por su parte, las *Relaciones del Cardenal Lorenzana* (1782-1789) sólo transmiten la fundación y personajes ilustres –pregunta VII– de algunos pueblos dependientes de la archidiócesis toledana (Cañamares –pedanía de Villahermosa–, Castellar de Santiago, La Solana, Villamanrique y Villanueva de la Fuente) y se hacen mínimas referencias al área *laminitana* (Grupo Al-Balathitha, 1985: 256; Mansilla y Campos, 1989: 385 y ss.). No obstante, la importancia de este género radica en que, a pesar de ser obras sin una meta publicable; dependientes en muchos casos de la ignorancia del bajo clero y clases gobernantes; y temidas por los reajustes fiscales consiguientes, fueron inspiración y fuente junto a otras de los diccionarios ilustrados y geográfico-históricos (Mansilla y Campos, 1989: 389).

En efecto, el siglo XIX es el momento del desarrollo e institucionalización de las ciencias históricas y en el que la depuración de los trabajos acerca de la Antigüedad avanza cada vez más rápida. En gran parte, este hecho se debe al triunfo de las clases medias sobre la tutela eclesiástica del Antiguo Régimen; el ascenso de la burguesía incrementó la demanda de prensa y de libros de todo tipo de forma que romanticismo, positivismo y nacionalismo, entre otros, se funden con nuevos conocimientos, viajes y la expansión económica mundial. La renovación social en la que se embarcaron los intelectuales de la época pasaba por proporcionar herramientas para la construcción del Estado, lo cual se reflejó en la proliferación de obras estadísticas como anuarios, memorias, censos o inventarios y, en lo que a este trabajo respecta, en la eclosión del género de los diccionarios decimonónicos.

Se trata de un estilo en el que la meta no es hacer Historia local de cada uno de los pueblos del Campo de Montiel sino que el Pasado se recoge, con más o menos acierto, como contextualización de uno de los tantos subconjuntos que forman la realidad nacional. Es por ello que no debe sorprender que un estilo descriptivo encuentre antecedentes directos en las relaciones y cronicones de siglos anteriores (*vid. supra*) y de hecho, desde las de Felipe II, las descripciones económico-sociales continuaron perfeccionándose a lo largo del siglo XVIII con los censos de Aranda (1768), Florida Blanca (1787) o con el nacimiento del primer *Nomenclator* en 1789 (Artola, 1987: 5 y ss.).

En verdad comparten una serie de rasgos, como el que sus autores siguen siendo personajes polifacéticos o que basan gran parte de sus noticias históricas en la heterogénea calidad de unos cuestionarios remitidos a personas no especializadas, generalmente, los párrocos o eruditos locales; pero no es menos cierto que ahora se publica y que se hace con la intención de contribuir a la ilustración de los demás, para mejorar el conocimiento de la geografía nacional a través de las aportaciones cartográficas enviadas directamente por los nativos y que se hace en un momento en el que las desamortizaciones y los descubrimientos arqueológicos ponen de relieve la necesidad de valorar el Patrimonio existente. Además, si algo queda de manifiesto en sus obras es la pretensión de sobreponerse a las infamias de los falsos cronicones (Madoz, 1850: 224).

No todos los interrogatorios fueron iguales ni en el tiempo ni en su intencionalidad y ello se aprecia en los diferentes grados de profundización en la cuestión histórico-arqueológica en lo referente al Campo de Montiel. Así, por ejemplo, la compilación de Tomás López (1795) –una de las primeras a pesar de no llegar a la imprenta⁶– se conforma con conocer “cuándo y quién fundó el lugar” y “si hay alguna inscripción sepulcral, u otras, en cualquier idioma que sea” (7ª y 15ª pregunta) y a ello le contestan desde Infantes que no existe epígrafe alguno⁷, hecho significativo de la ocultación o del desconocimiento de las Antigüedades comarcales en tanto que éstos se citan desde el siglo XVI. Idénticos colaboradores utilizó Miñano (1826-1829) y también recibió duras críticas; no va más allá de la supuesta identificación de Fuenllana con *Laminium* y de citar existencia de inscripciones antiguas en Infantes y, aun así, es uno de los trabajos más consolidados (Miñano [1826] 2001a: 242; Artola, 1987: 8).

En relación al pasado remoto de la altiplanicie podría destacarse el Diccionario *geográfico-histórico de la España Antigua* de Cortés y López (1836) y el catálogo bibliográfico de Tomás Muñoz ([1858]: 206 y 290) por aportar referencias y fragmentos desaparecidos de otros autores, especialmente las de A. Fernández-Guerra y M. Francisco Gallego; por el contrario, una obra óptima para favorecer el detalle en el aspecto histórico-arqueológico de ámbito provincial y local, la *Crónica de la provincia de Ciudad Real* de José de Hosta (1865), se limita a contemplar a unos felices primitivos que fueron engañados vilmente por los fenicios (*Ibidem*: 9) y a una comarca donde sólo hay unas pinceladas de la antigüedad de Alhambra y un desconocido acueducto romano en Infantes (*¿Jamila?*) (*Ibidem*: 93 y ss.).

En este sentido, el someter a crítica los datos que se recibían fue uno de los cambios notables respecto a repertorios anteriores: a Madoz (1850: 224) le granjeó reconocerle en vida la elaboración de un diccionario profuso en datos geográficos e histórico-artísticos en el que el autor no es mero compilador (Artola, 1987: 13):

“Sueños inspirados por un laudable amor hacia su patria han hecho ver a algunos el origen de esta población [Infantes] en las ruinas de cierta ciudad que llaman Colonia Antiquaria Augusta y que sólo ellos han conocido;”

La especialización histórica de este género facilitó a finales del siglo XIX y principios del siglo

XX la aparición en Ciudad Real de hasta tres ediciones (1890, 1899 y 1918) del *Diccionario Histórico*,... de I. Hervás y Buendía (†1914), Académico Correspondiente y miembro de la Comisión Provincial de Monumentos de Ciudad Real, centrado casi íntegramente en Historia. Sus descripciones son ejemplo de cómo una crítica dura y áspera a otras fuentes puede ser un cauce para la reafirmación de su texto a priori (Idem: 1918: 70):

“Madoz, *La Crónica de Ciudad Real y alguno otro escritor, que de los pueblos de La Mancha ha tratado, nos dan la historia de Alhambra en el periodo de la dominación árabe completa y detallada, la que no admitimos por absurda e indocumentada. Nada hay cierto en esa relación, ni un hecho existe en ella que pueda probarse [...]*”;

pero tal rotundidad es la que, desde la perspectiva historiográfica, es utilizada en su propia contra para casos de flagrante error, como el de la existencia de una *Anensemamarca* en Alhambra (*Ibidem*: 67).

Una última obra en este género en la que nos detendremos es el volumen de Ciudad Real del *Catálogo monumental artístico de España* de Bernardo Portuondo de 1917, el cual, a pesar de no publicarse hasta cinco décadas después y de incluir otras tantas iglesias y castillos, se hacía eco de los hallazgos prehistóricos y romanos más significativos de Cózar, Alhambra, Infantes o Almedina sin más elaboración científica que repetir lo vertido por Hübner y la Real Academia (Portuondo, [1917] 1972: 29). En el caso del monumento protohistórico de Cózar se evidencia todavía más la labor acrítica de Portuondo al ubicar erróneamente en tal lugar el idolillo que A. Lenguas especificaba había adquirido para la Academia (*Ibidem*: 118) (*vid. infra*).

*

Paralelamente, tal y como se había señalado, la situación intermedia de la región manchega entre la Meseta y Andalucía conllevó que sus caminos y tierras fueran descritos en los repertorios, crónicas y libros de viaje que desde el siglo XVI se generalizan, pero entre los que se concretan un amplio abanico de objetivos y resultados. H. Colón en 1517 dejó constancia de la red de comunicaciones en ambas vertientes de Sierra Morena con la salvedad de alguna nota de castillos medievales (Colón, 1988: 126 y ss.), y Santa Teresa o Quevedo (1624) se limitaron a narrar las incidencias de su camino (Corchado Soriano, 1981; Deleito, 1997: 283 y s.); la comitiva de Cosme de Medici plasmó entre 1668 y 1669 descripciones humanas y urbanas de los lugares de la comarca por los que transitaba hacia Andalucía hasta el punto de legarnos la más antigua instantánea del horizonte de Membrilla, Infantes y Venta Nueva en los pinceles del ilustrador Pier María Baldi (Sánchez y Marutti, 1933: 163-167; Moya, 2004c e.p.).

En este sentido, tal y como reflejaban las palabras iniciales de Jaccadi, se forja una concepción ilustrada del viaje como una forma de conocer, estudiar y divulgar todas aquellas manifestaciones que, hasta el momento, habían permanecido silenciadas. Ejemplos se encuentran desde el *Grand Tour* hasta las sociedades españolas de excursiones de los siglos XIX y XX (Beltrán, 1905: 26; Maier,

2004: 114). El trasiego de geógrafos y literatos desde el siglo XVIII hasta Víctor de la Serna (1959; Olmos, 2002: 376 y ss.) por la Mancha fue muy significativo pero, como bien apunta J. de Haro (2000: 65), estos textos y crónicas, al igual que los de Ponz, Larruga, Ford o Andersen, se han de juzgar como estampas repletas de generalizaciones y juicios de valor subjetivos. Salvando las distancias, la elección de La Mancha como destino parece buscarse como un observatorio de unas gentes que, siendo coetáneas, viven ajenas a los avances mundiales, y como un viaje a un Patrimonio abandonado desde la muerte de Don Quijote, la sombra que preside todos esos libros de viajes (Pérez Fernández, 1957: 17; Aguirre Prado, 1963). Estas tierras son evocadas desde la dicotomía misma del *Caballero de la Triste Figura*: en primer lugar, el ansia de redescubrir para el acelerado mundo urbano la existencia de gentes y lugares manchegos se enarbola como bandera de la regeneración española unamuniana (*Vida de Don Quijote y Sancho*, 1905) pero, por el contrario, el abandono y destrucción que muestra Azorín (“La vida de un pueblo. Infantes”, 1903) –cual ruina de Piranesi– hacen si cabe más melancólicas las tierras del hidalgo. B. Pérez Galdós (1992: 44-45) llegó a poner en boca de uno de sus personajes de los Episodios Nacionales que “*en opinión general, es la Mancha la más fea y la menos pintoresca de todas las tierras conocidas*”, escasa de ciudades, de gentes y de obras humanas.

Tanto la recreación de Galdós de la masacre de Valdepeñas de 1808 como la alusión a las ruinas de un castillo en un diario no dejan de ser formas de contextualizar un relato o la crónica de un viajero por el Campo de Montiel, pero no hay un propósito de hacer Historia. Para el fin del presente trabajo, tales referencias tienen la misma escasa importancia de las noticias que aportan los viajes folcloristas (Aguirre Prado, 1963: 21), el *Cancionero*... de Echevarría (1951) o las notas biográficas de los personajes históricos relacionados con estas tierras (AA.VV., 1981): maestros y escritores, como B. Jiménez Patón, P. Simón Abril o Quevedo; legistas, como el Ldo. Calderón; militares, como Fernando de Ballesteros o Ramón Herrera; pintores, como Yáñez de la Almedina; célebres músicos, como Ballesteros y Perea; religiosos, como Santo Tomás de Villanueva o Juan de San Francisco, etc. o toda la pléyade de crónicas y romances que desde la Edad Media vienen rememorando el asesinato de Pedro I en Montiel (Valle, 1983: 129 y ss.; Blázquez, 1905: 331; Viñas y Mey, 1971: 59; Planchuelo, 1954: 186 y ss.).

Sin embargo, partiendo desde otras temáticas y ramas científicas sí se aprecia que acaban dedicando varias páginas a la Historia y a las descripciones costumbristas o etnográficas. Se trata de una corriente todavía cargada de divagaciones y poética ante un paisaje considerado estático y de pueblos desolados –otrora antiguos y brillantes– (Blázquez, 1905: 318; Jessen, 1946a: 270), pero que converge con el movimiento científico procedente de las ciencias naturales que aventuraba la absorción de la Historia por la Geografía Humana (Beltrán, 1905: 7). Esta tendencia rebasará el primer tercio del siglo XX y se retomará en los años 40 y 50 de la Postguerra; como ejemplo, podrían citarse los trabajos de Otto Jessen (1946a: 269), G. Planchuelo (1954) y el de F. Pérez Fernández (1957).

El geógrafo germano recorrió La Mancha en 1928, costeado por la *Sociedad Alemana para el Progreso de las Ciencias* y la *Asociación Wuternburguesa para el Fomento de las Ciencias*, con la misión de realizar un estudio geográfico y de su publicación de 1930 –no traducida al castellano hasta

1946– no sólo quedan las contribuciones geomorfológicas y bioclimáticas del área manchega sino que completa las descripciones con los estereotipos manchegos de la época –la indolencia determinista de las temperaturas extremas (Jessen, 1946a: 303)–. Todo ello lo encuadra con incursiones, desahucadas a nuestro juicio, del pasado de la región. He aquí que, mientras las contextualizaciones históricas generalistas son correctas, como al referirse a la Mesta, los datos puntuales adolecen de todo rigor, tal y como muestra el afirmar que la nueva planta de Infantes se debió a la destrucción de la aldea de la Moraleja por tropas musulmanas (Jessen, 1946b: 515).

Por su parte, la Tesis Doctoral de Gregorio Planchuelo, presentada en 1952 y publicada dos años después, pese a estar concebida desde una concepción fisiográfica y geológica dedica al menos 49 páginas (26%) de un total de 189 a reunir las dispersas notas prehistóricas e históricas, sin contar capítulos etnográficos, lo cual le vale la posibilidad de catalogarse como la primera aproximación integral a la comarca montieleña. Es relevante que sea un geógrafo quien sistematiza, aporta coherencia a las etapas históricas e introduce dibujos sobre materiales –de Villahermosa– y datos de yacimientos arqueológicos (Planchuelo, 1954: 114) en una síntesis general si bien son las fuentes y criterios que utiliza, sobre todo a la hora de analizar las etapas prehistóricas, las que revelan la herencia de otras disciplinas científicas y la carga historiográfica que arrastra. Su visión de la Prehistoria en términos invasionistas y antropológico-forenses, como cuando secunda a Hoyos Sainz (1943) en que la raza manchega “es la variedad o raza más característica del neolítico español” o cuando se refiere al supuesto fenotipo celta –braquicéfalo y rubio– (*Ibidem*: 112 y s.), denota la fuerte presencia de las concepciones de la Europa del primer tercio del siglo XX y reduce la potencialidad interpretativa de su obra, más aún cuando en su última reedición no se atenuaron tales parámetros (Quirós y Planchuelo, 1992: 342 y s.).

Finalmente, otro tipo de fuente que destacar y en el que sí se pretende narrar a los lectores el Pasado del Campo de Montiel es, desde el siglo XVI, el género de los cronicones. Uno de los más destacados es la *Historia Eclesiástica de la Ymperial Ciudad de Toledo*, escrita por el Padre J. Román de la Higuera aproximadamente entre 1584 y 1598. Este jesuita ha sido duramente criticado ya desde el siglo XVII por el alto grado de falsedad y de inventiva de sus escritos; de Jerónimo Román se conocen varios cronicones que sirven como ejemplo de fraude promovido por religiosos y eruditos de dudosa moral en cuyas raíces se encuentra la progresiva edulcoración barroca de las hagiografías locales y el engrandecimiento ficticio de las tierras en las que se hallaban (Godoy, [1868] 1981: 16 y ss.; Fuente, 1886: 330).

No obstante, lejos de cualquier negación de lo evidente, procede tener en cuenta que en esta obra las alusiones al Pasado de las tierras más meridionales del arzobispado toledano evidencian una orientación y tratamiento distintos. Basta confrontar los epígrafes míticos del Libro Primero (Cap. I: *De lo que hizo el Patriarca Noe y los hombres que con él estaban antes de la venida a España del Patriarca tubal y que moradores traxo consigo*) y los del Libro Cuatro (Cap. III: *Del munuçipio laminitano, y del nacimiento y fuentes del río Guadiana y cosas de este gran río*) para apreciar un cambio en el ritmo con la intención de mostrar sus tesis acerca de la viaria y los testimonios epigráficos romanos de la zona. Aunque sigue utilizando personajes recurrentes o falsos, se inventa ciudades o

no deja de errar en sus conclusiones, no es menos cierto que, hasta el momento, Román de la Higuera aporta la primera lectura y ubicación de algunos epígrafes comarcales (CIL II 3228 y 3232, de Fuenllana; 3235, de Ruidera) y se introduce, aportando parámetros más históricos y geográficos, en interrogantes recientes. El caso más representativo podría ser el de la localización de *Laminium*, que, si por una parte la cita como la antigua *Lagos* y junto al castillo de Rochafrida de las lagunas de Ruidera⁸, más adelante no sólo reconoce la importancia de Alhambra al añadir a los restos conocidos una nueva inscripción (CIL II 3231), sino que, tal y como hoy se asume (Domingo, 2000; Moya, 2007 e.p.), ya identifica las canteras de *los Molares*⁹ con las afamadas piedras de afilar laminitanas que cita Plinio el Viejo (Nat. Hist. XXXVI 47, 164).

Román de la Higuera podría considerarse como un exponente de una época y de un estilo de exposición histórica pero esta tendencia, lejos de finalizar con su obra, continuó e impregnó los dos siglos posteriores. Sus embustes y manuscritos arqueológicos y patristicos gozaron de fervientes seguidores entre autores que directamente consultaron su obra, como Pedro Rojas (Conde de Mora) y su también *Historia de la imperial...ciudad de Toledo* de 1654, o a través de estos¹⁰. Así, desde finales del siglo XVI proliferaron en La Mancha cronicones de ámbito provincial, comarcal y local bajo la pluma de otros ministros de la fe católica. A pesar de hallarse perdidos muchos de ellos, las citas a otros autores, pasajes y libros permite pensar en la existencia de una verdadera red de obras manuscritas e impresas compuestas hasta el siglo XIX que siguieron reproduciendo las mismas cuatro características de los grandes compendios anteriormente citados: primeramente, el continuismo en las formas puesto que siguen usando las hagiografías y alusiones míticas para hablar de las épocas más remotas y de la fundación de sus ciudades, interviniendo en ellas gran parte de los personajes legendarios que las fuentes clásicas ubicaron en Hispania; en segundo lugar, so pretexto de dar a conocer las historias de ciertos pueblos, entienden indisoluble el núcleo protagonista dentro del devenir del contexto inmediato, generalmente el comarcal; en esta línea, se hace evidente que los autores no pretenden explicar los grandes procesos históricos peninsulares y de zonas distantes sino que, partiendo de obras más generalistas, escriben desde y para la localidad en la que se hallan con el propósito de aportar una microhistoria repleta de avatares y personajes ilustres; por ello, y finalmente, teniendo en cuenta la eminencia de su cargo y siendo tales obras precursoras en la narración del supuesto pasado de algunas poblaciones, éstas sirvieron de base para autores posteriores y, cuanto menos, calaron en la sociedad de tal forma que así han sido asumidos y transmitidos por la vecindad hasta nuestros días (Madoz, 1850: 224).

En la comarca hay testimonio de una serie de obras manuscritas en paradero desconocido y de las que tan sólo se conocen algunos rasgos, temáticas o aspectos de sus autores, generalmente personas versadas en letras bien por su acomodada posición social bien por su pertenencia al clero. De entre los laicos, y a principios del siglo XVII, pudo aparecer una *Historia del Campo de Montiel*, de la que todo se ignora, escrita por Jerónimo A. Ballesteros y Saavedra¹¹, procedente de una de las familias acaudaladas de Infantes y de la comarca; una obra homónima de 1626¹² fue la del minorista de La Solana fray Laurencio/Lorenzo Romero (†1646) de la que, al igual que de sus *Anales eclesiásticos* (s.a.), tan sólo se conoce la notable impronta fantasiosa que la impregna: localización de algunas ciudades clásicas en la comarca, la (im-)precisa relación de viajeros apostólicos por el Campo de Montiel

e inscripciones con supuestas alusiones a un *conventus* laminitano (Pérez de Pareja, 1740: 164 y 181; Miñano, [1826] 2001b: 549; Romero Velasco, 1940: 126). En términos muy semejantes se ha de juzgar *Antigüedades de Infantes y del Campo de Montiel* de Manuel Francisco Gallego, sacerdote en Infantes a finales del siglo XVIII, de la que sólo han trascendido ciertos pasajes heroicos, predicaciones bíblicas, poblamientos antiguos indemostrables y noticias acerca de la sepultura de Quevedo (Catalina, 1854: 51 y s.; Muñoz, 1858: 290; Hervás, [1918] 2002: 521); Rubio, 1997: 16 y s.; 2000: 18; 2005: 33).

La importancia de estas y otras referencias no radica, quizás, en su aportación a la ciencia, pero su simple mención revela un panorama historiográfico menos raquítico que, como se apuntaba anteriormente, propone la circulación de conocimientos y de compendios de historia local en unos autores que, como reconoce fray Esteban Pérez de Pareja en el prólogo de su *Historia de la primera fundación de Alcaraz...* (1740), sólo querían presentarse como coordinadores de las noticias existentes. La obra de Pérez de Pareja debe mencionarse en este análisis a pesar de que tanto el título del libro, sus padres y su convento estén ligados a la vecina Alcaraz, sobre todo porque él se consideraba hijo de Infantes, porque en su texto está permanentemente presente el Campo de Montiel y porque podría considerarse paradigmático a la hora de apreciar la evolución de un estilo de hacer Historia.

El padre franciscano se encuentra a medio camino entre los viejos cronicones y las nuevas corrientes del racionalismo ilustrado de Flórez o Isla que Pretel cree que ya podrían estar influyendo en otras historias coetáneas, como en la *Historia de Villa-Robledo* (1751) del padre Francisco de la Caballería (Pérez de Pareja, 1740: XII; Cavallería, 1751: XVI), esto es: de una parte, Pareja prosigue con un discurso de orígenes sumamente legendarios, providencialista, caótico, barroco y bajo las artimañas de viejos cronicones (Pérez de Pareja, 1740: 6). En otros casos, se sirve sin crítica alguna de fuentes falsas, como el *crónicon de Flavio Dextro* de Román de la Higuera (Ibidem: 180), se apoya en anónimos o directamente oculta sus fuentes, como parece suceder en el pasaje de Infantes, la *Moralex* y de la supuesta *Antiquaria Augusta* que también recogería Manuel Francisco Gallego. Sin embargo, no es menos cierto que reduce a mera conjetura algunas aseveraciones del padre L. Romero (Ibidem: 174) y que utiliza una amplia suerte de documentación de Alcaraz en pos de hacer una labor “sin mezcla de apasionado afecto” (Ibidem: 4 y 279).

* *

No es casualidad que el cambio de estilo que Pérez de Pareja (1740) ya manifiesta respecto a sus predecesores coincida en el tiempo con el nacimiento de la *Real Academia de la Historia* (1738). La iniciativa de algunos ilustrados de crear una institución que depurara la Historia de España y “encargada por las leyes de la inspección y conservación de los monumentos históricos de todo el reino”¹³ propició la centralización de informes y noticias relativas al Patrimonio Arqueológico así como la recogida de epígrafes, monedas y otros objetos de tiempos antiguos. Inmersos en una tónica paneuropea, las Academias de la Historia y de Artes de San Fernando (1744) emergen como centros de investigación y de debate de ideas (Almagro, 2002: 47 y s.; Maier, 2004: 92).

Al igual que en el resto del país, la actividad de la Real Academia en la comarca velará por los monumentos antiguos existentes así como propiciará su estudio y puesta en conocimiento de nuevos elementos del Patrimonio Arqueológico que aparecían. Los informes y cartas de académicos correspondientes y de particulares comenzaran a generar un cuerpo documental precientífico jamás antes visto sobre este Patrimonio Arqueológico desde y en relación al Pasado del Campo de Montiel. La reunión de expedientes, a pesar de estar manuscritos, centralizó en esta Institución la importantísima labor de estudio y crítica constructiva de los académicos, siendo hoy día los algo menos de 60 expedientes del Campo de Montiel –sobre unos 256 de toda Castilla-La Mancha– un tipo de fuente esencial para el acercamiento a la actividad arqueológica en la altiplanicie en los siglos XVIII y XIX (Almagro, 2002: 73).

Concretamente, los legajos referentes a nuestro tema de los que tenemos constancia abarcan desde el siglo XVIII hasta principios del siglo XX y se presentan cronológica y formalmente de manera desigual. De hecho parece existir una correlación entre las fases propuestas para la Real Academia (1803-1833, 1833-1874, 1874-1911) (Almagro, 2002; Maier, 2004: 93) y las que refleja la documentación específica del altipais.

En una primera etapa, las primeras noticias del Patrimonio Arqueológico del Campo de Montiel que se albergan en la Institución aparecen inmersas en las grandes recopilaciones de inscripciones de las tan características excursiones científicas de la segunda mitad del siglo XVIII (Almagro, 2002: 49). En la preparación de estos “viajes literarios” se recopilaban las transcripciones, en muchos casos a modo de fichas anónimas, de epígrafes ya conocidos, como los de Alhambra (CIL II 3229, 3230, 3231) y el de Infantes (CIL II 3232)¹⁴.

La epigrafía era primordial en las academias europeas y hacia 1803, un siglo antes del nacimiento de García y Bellido, una nota sobre una inscripción de Montiel será la primera denuncia de la destrucción del Patrimonio Arqueológico comarcal: el informe de José Pérez de Villamil insta al rescate de “una inscripción que vio sin poder reconocerla en las ruinas del antiguo castillo de Montiel, que es muy temible destruyan o entierren los vecinos del pueblo que van aprovechándose de aquellos escombros para sus edificios”¹⁵. Tal petición de amparo no es casual si se tiene en cuenta que desde finales del siglo XVIII la Academia estaba experimentando una potente fase de ampliación de sus responsabilidades y atributos así como su capacidad operativa, por ejemplo, con la creación del cargo de *Anticuario Perpetuo del Gabinete de Antigüedades* (1763) y de la *Comisión de Antigüedades* (1792) (Almagro, 2002: 51 y ss.). Así también se infiere de la protección del Patrimonio Histórico y de la regulación de la actividad sobre él que supuso la Real Cédula de 1803. Esta normativa fue enviada a los Justicias, autoridades civiles y correspondientes de la Academia y reforzada para su conocimiento y cumplimiento con su inclusión en la *Novísima Recopilación* de 1805 (Ley 3ª, Título 20, libro 8º) y en las posteriores circulares (Maier, 2004: 96 y ss.). En esta línea también irá la difusión de las investigaciones de esta institución en las *Memorias de la Real Academia de la Historia* desde 1796.

Sin embargo, los convulsos sucesos de las primeras décadas decimonónicas afectaron notablemente a todo lo concerniente al Patrimonio Cultural español, tanto por la desorganización del Estado

ante las desamortizaciones como por las consecuencias directas de tales acontecimientos bélicos (Maier, 2004: 97). En función de la documentación consultada, esta situación coincide con el hecho de que hasta 1831 no vuelve a tener constancia de un informe histórico relativo al Campo de Montiel; es más, no hay mejor ejemplo que la aflicción del P. José Cándido de Peñafiel por la destrucción en la invasión napoleónica de su librería –con transcripciones y otros apuntes de antigüedades– durante su curato en Villamanrique y Membrilla entre 1808 y 1819¹⁶.

Pasada la fase más crítica, hacia 1828, comienza el despegue definitivo de la Real Academia de la Historia gracias a la mejora económica institucional y a ser el único organismo al cuidado del Patrimonio, lo cual reportó el afianzamiento de la Arqueología como ciencia y como materia universitaria y, en definitiva, el asumir el protagonismo investigador en el siglo XIX (Almagro, 2002: 48 y 55). Esta nueva situación se refleja en un fenómeno generalizado de multiplicación de expedientes y en la emersión de intelectuales que desarrollan su trabajo en la capital isabelina (Caveda, Amador de los Ríos, Fernández-Guerra, Lafuente, etc.) pero que también destacan en ámbitos periféricos, como por ejemplo Román Pulido al norte de Extremadura, Manuel de Góngora en el Guadalquivir o Ramón Barros al norte de León (Almagro, 2002: 56; Maier, 2004: 100 y ss.). En esta vorágine en la que se pretende frenar la fuga de Patrimonio y la desaparición del desamortizado, en nuestra comarca tiene lugar un aumento exponencial de los expedientes alusivos al Patrimonio Arqueológico que parten hacia Madrid (49) entre 1831 y 1865, con la misma particularidad de que ahora son enviados por personas residentes en la zona. En términos globales es una treintena de años en los que una serie de eruditos locales mantienen una intensa correspondencia con la Academia para dar a conocer nuevas interpretaciones de la Antigüedad y de objetos ya conocidos y para comunicar los últimos hallazgos si bien ni durante todo el arco temporal se están remitiendo noticias ni éstas parten de todos los pueblos sino que la actividad se concentra en torno a cuatro personajes de una breve pero intensa labor –no más de un lustro– y con intermedios internos: José Cándido de Peñafiel, párroco en Alhambra (1831-1934); Rafael Martínez Carnero, maestro en Almedina (1859-1863); Julián Abad y Moncada, agrimensor en Infantes (1859-1865); y José García, maestro en Ruidera (1860-1865).

El primero en aparecer, José Cándido de Peñafiel, toma posesión del curato de Alhambra en mayo de 1831 a los 60 años de edad y a los cuatro meses empieza a enviar informes a la Real Academia de la Historia¹⁷. De su manifiesta intencionalidad de inspeccionar los alrededores de la localidad y los restos de sus ruinas surgen los envíos en varias series de unas minuciosas descripciones de dos estatuas romanas que se hallaban en la puerta de su iglesia y las transcripciones de los epígrafes alhambrenses (CIL II 3229, 3230 y 3231) hasta el punto que se desplaza hasta Villanueva de los Infantes para juzgar el CIL II 3232 y hasta Fuenllana para la realización de una nítida ilustración de la fachada en la que se incrusta el testimonio al municipio laminitano (CIL II 3228)¹⁸. Tal era su intención que en su primera misiva ya solicitaba que la Academia tuviera a bien concederle licencia o comisionarle a efecto de hacer excavaciones en los sitios que le parecían oportunos para contribuir al esplendor de la Patria¹⁹.

A pesar de recaer en los excesos de los pasajes bíblicos (san Pablo y san Eugenio) y en las elucubraciones sobre hipotéticos personajes romanos, era la autoridad más competente del lugar y es

obvio que se acudiera a él para solucionar problemas corrientes pero urgentes, como cuando en 1833 intervino en la exhumación de un sepulcro medieval que unos bueyes habían levantado al norte de Alhambra (Cebrián, 2002: 160)²⁰. Lo interesante de la situación radica en el intento de “normalización” de las actuaciones de los eruditos locales al remitir informes y la consiguiente disyuntiva que se le plantea al Gabinete de Antigüedades. Para la institución Real era fundamental mantener una red de informantes y de académicos territoriales con “*la misión de arrojar alguna luz para la Historia patria*”²¹ pero, a su vez, como manifestaría un informe interno acerca del cura Peñafiel, tiene que contender con personas con actividad y disposición para desempeñar cualquier comisión que se le confíe pero de la que “*nada puede decirse con respecto a sus conocimientos en materia de descubrimientos e investigaciones*”²².

Desconocemos las causas por las que tuvieron que transcurrir 25 años sin expedientes (1834-1859) desde que Peñafiel ofreciera a la Real Academia de la Historia su numario –compuesto de 28 monedas de Alhambra, *Mesa del Almendral*, cueva de Montesinos y de *la Fuenlabrada*²³– y si en ello pudo influir la creación de las *Comisiones Provinciales de Monumentos Históricos y Artísticos* en 1844 y su mal funcionamiento inicial (Almagro, 2002: 56; Maier, 1998: 22), más aún cuando en 1952 fue aceptado su paso de Individuo de Número a Correspondiente por Ciudad Real (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, VIII: LVII). Sea como fuere, no fue hasta 1859 cuando Martínez Carnero volvió a llamar la atención sobre las antigüedades del Campo de Montiel, y en este caso, como en el anterior, la actitud de los académicos parece seguir en la misma línea de “colaboración controlada”: de una parte se anima a la comunicación de hallazgos, la realización de estudios o la adquisición de materiales por parte de estos “corresponsales” y, a su vez, se les recuerda que se atengan a las normas científicas y a las circulares legales vigentes²⁴. La primera convocatoria en 1859 de un premio de la Academia al mejor plano de cualquiera de los caminos romanos al sur del río Tajo (Almagro, 2002: 58) llevó al maestro de primera instrucción de Almedina a presentar dos planos detallados del trayecto entre *Castulo* y *Libisosa*, que discurre al sur de la comarca, además de dar a conocer un nuevo miliario procedente de Aldeahermosa (Jaén)²⁵. A pesar de ser el único trabajo presentado no reunía las condiciones científicas para ganar –falta de escala y elementos gráficos, carencias en la memoria, etc.– pero se acordó reconocer su labor otorgándole la mitad del primero (3040 rs), una medalla de plata y la mención honorífica en las actas (Maier, 1998: 28)²⁶:

“*Sin profundos conocimientos en las ciencias exactas, falto de sólida noticia de nuestras antigüedades, estimulado únicamente por noble deseo de honra y siguiendo paso a paso las huellas del programa de la Academia; Martínez Carnero sin embargo se ha hecho merecedor de la consideración de este ilustre Cuerpo, y [...] del premio que hidalgamente ambiciona, acreedor sin duda de una señalada recompensa*”²⁷.

No cabe duda que la concesión del premio a Martínez Carnero afianzó su relación con la Academia y le impulsó a remitir otros trabajos, como la *Descripción de Torres* –poblado medieval dependiente de Montiel actualmente abandonado²⁸, la inscripción adrianea (CIL II 3236) de su municipio (julio de 1860)²⁹ y, finalmente, en 1863, el depósito en la Academia de las más de 50 piezas numismáticas de todas las épocas de su colección, procedentes de Almedina y de sus alrede-

res³⁰. Del mismo modo, también podría considerarse que la buena acogida que el Gabinete de Antigüedades le dio pudo estimular a otros aficionados o eruditos similares de la comarca, con los cuales mantenía lazos de amistad, a traspasar el anonimato localista y a entablar correspondencia con Madrid. Esto se desprende de que al poco tiempo de Carnero ganar su “medio premio”, comienza a informar desde Infantes el agrimensor Julián Abad y Moncada ora remitiendo motu propio lecturas de inscripciones de la zona (CIL II 3228 y 3232)³¹, ora colaborando con Rafael Martínez y un desconocido Jesús Parra en la lectura de otro epígrafe (CIL II 3236)³² e incluso, quizás, como diseñador de un artilugio para medir distancias en la vía romana estudiada por el maestro de Almedina³³. Como en los casos anteriores, la última noticia de Abad en la Academia, en 1865, será para el ofrecimiento y posterior compra de su monetario, compuesto por 8 monedas medievales y romanas recogidas en la zona, procediendo una romana de oro de entre Almedina y Santa Cruz de los Cáñamos (¿Torrejones?)³⁴.

Finalmente, la aportación de José García, maestro de Ruidera, al conocimiento del pasado de la comarca aunque se dilata en el tiempo tanto como los precedentes queda reducida a dos noticias en 1860 y 1865 acerca de una inscripción fragmentada de tal paraje natural (CIL II 3233)³⁵, aunque luego haya figurado como procedente de Argamasilla de Alba (Abascal y Gimeno, 2000: 102).

A partir de 1865 no nos consta la remisión de ningún informe o noticia arqueológica procedente del Campo de Montiel a la Institución y cabe plantearse si tal cesura se debe al agotamiento de una generación de eruditos; a su ocultación ante la puesta en marcha en 1865 de la reglamentación que obligaba depositar todas las antigüedades descubiertas en el país; a la fundación de los museos arqueológicos nacional y provinciales (Almagro, 2002: 56) o al aletargamiento en el que se subsume la Academia a partir de 1867 con A. Fernández-Guerra (Almagro, 2002: 59). En los años finales del siglo XIX la Real Academia continuó el proceso de institucionalización de la Arqueología hasta que en 1911 la *Ley de Excavaciones Arqueológicas* suplió teóricamente las labores de las Comisiones Provinciales y delegó la protección del Patrimonio en nuevos organismos estatales (Maier, 1998: 35; Almagro, 2002: 56 y ss.). Paradójicamente, en el año de creación del *Reglamento* de la ley de 1911 y de la *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* (1912), la Academia recibirá una de las últimas comunicaciones de esta comarca que se han localizado; quizás una de las más significativas³⁶. Antonio Lenguas Lázaro, maestro de Camarena (Toledo), advierte de la compra en Cózar de un exvoto ibérico, el cual dibuja (fig. 2), y de la existencia de un monumento protohistórico oval. Si bien la figurilla estaba descontextualizada, la descripción del posible megalito es fundamental en tanto que la detallada alusión a sus características y ubicación transmite una información que fue destruida en un momento posterior desconocido (marqués de Cerralbo, 1912).

He ahí la importancia de la lectura y análisis de documentos como los de la Real Academia de la Historia, no sólo por su valor en la reconstrucción historiográfica (Almagro, 2002: 77), sino también para la subsanación de características y ubicaciones erróneas que han sido repetidos en sucesivos estudios e investigaciones. Este es el caso de la estatua femenina romana de Alhambra descrita por Peñafiel³⁷ y de la que apenas queda el tronco amorfo o del conocimiento de obras históricas manuscritas de circulación comarcal hoy extraviadas, como la *Historia del Campo de Montiel* del P.

Fr. Lorenzo Romero de 1626 (*vid. supra*). Pero, si cabe, es igualmente interesante contar con una nueva localización original del epígrafe CIL II 3228, uno de los dos que citan explícitamente al municipio laminitano, en tanto que, al contrario de su procedencia originaria en el puerto de Vallehermoso (a 8 km al suroeste de Alhambra-*Laminium*) (Alföldy, 1987b: 33; Domingo, 2000: 57; Moya, 2007 e.p.), Peñafiel dice en boca de sus propietarios que fue recogida en el paraje de *la Fuenlabrada* (a 5 kms al norte de Fuenllana y a 15 km al sureste de Alhambra)³⁸ y lugar en el que también hay testimonios de ocupación romana a tenor de las monedas que allí se recogieron³⁹.

La mayoría del potente cuerpo documental que forman los informes, comunicados y noticias que desde el Campo de Montiel –y el resto de España– se enviaron a la *Comisión de Antigüedades* y al *Gabinete de Antigüedades* no llegó a imprenta por sí misma aunque, como en el caso del plano viario de Martínez Carnero, se ofrecía esa posibilidad⁴⁰. Más allá de la publicación de las irregulares *Memorias* de la institución, la Academia, en su más puro servicio de centro de estudios y de compilación de datos, integró la arqueología montieleña en el desarrollo de artículos y ensayos históricos de otros investigadores que perseguían la sistematización de la Antigüedad hispana y la interpretación integral de España (Almagro, 2002: 58).

Fue un gran proyecto de construcción de la Historia que se hizo por áreas temáticas (epigrafía, numismática, etc.) y por segmentos de interpretación (tramos viarios, regiones concretas, etc.), comenzando a generalizarse pinceladas de la comarca manchega a través de las noticias individuales y compendios ya existentes: valga el ejemplo de la *Historia crítica de España...* de Masdeu (1788, nº 451); las fichas de trabajo de Cornide⁴¹, o el *Sumario de las antigüedades romanas...* de Ceán Bermúdez (1832: 126). De esta forma, la correspondencia de Martínez Carnero acerca de la *Vía romana de Cástulo a Libisosa*⁴² quedará inmersa en trabajos de Aureliano Fernández-Guerra (1867-1894) en la *Noticia histórica de la Oretania y de sus tres obispados* y en unas “memorias geográfico-históricas de la Torre de Juan Abad” que se hallan insertas en *Obras de Don Francisco de Quevedo Villegas* ([1859] 1951: 658; Muñoz, [1858]: 206; Abascal y Cebrián, 2005: 223). Por desgracia, lo que conocemos de ambas disertaciones del Campo de Montiel carecen de todo el rigor que se le podría presuponer a un Académico Anticuario.

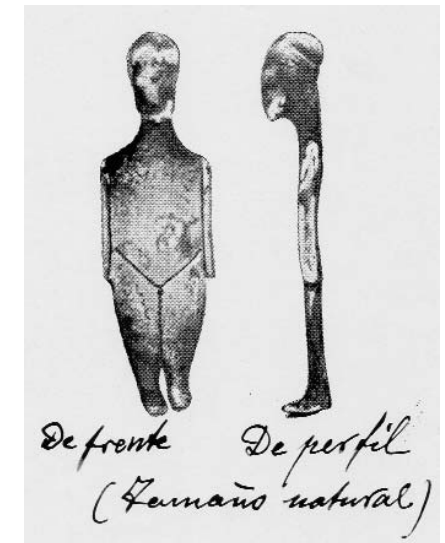


Fig. 2: Dibujo del exvoto ibérico de un yacimiento de Cózar comprado por A. Lenguas para la Real Academia de la Historia (Lenguas, 1912).

Entre las figuras más destacadas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX destaca el militar y académico ciudadrealeno A. Blázquez y Delgado-Aguilera (1859-1950) por una labor que abarca desde la filología árabe hasta la viaria romana y, especialmente para nuestro trabajo, por su verdadero afán en ordenar el confuso Pasado de su provincia natal. Además de otros títulos referentes a La Mancha, obras suyas son los *Apuntes para la Historia de la provincia de Ciudad Real* (1888), “Vías romanas de Ciudad Real” (1892b) y la posterior *Historia de la provincia de Ciudad Real* (1896 y 1898), las cuales se caracterizan por un análisis de fuentes antiguas y modernas, manuscritas o publicadas, consideradas imprescindibles en su época para estudiar principalmente las etapas romana –itinerarios romanos, textos clásicos, corpus de inscripciones, etc.– y medieval –crónicas visigóticas e hispanomusulmanas, descripciones topográficas, etc.– de esta zona peninsular, pero, a su vez, gracias a su acceso a la cartografía militar, se sirve útilmente de la información toponímica; en ellas basó considerar mínimo el cambio en gentes y en sus paisajes coetáneos respecto a las estampas del siglo XVI, expresada irónicamente en que “de cada diez fincas rústicas ocho conservan los nombres primitivos, habiendo molino nuevo desde hace más de trescientos años” (Blázquez, 1905: 138).

La impronta arqueológica de sus publicaciones se manifiesta en la estructuración pragmática e indagación de los grupos prerromanos a través de las fuentes clásicas, de conocimientos geográficos precisos y de las escasas evidencias materiales con el fin de, al menos, delimitar los territorios de oretanos, bastetanos, carpetanos y celíberos sobre Oreto, Mentesa, Libisosa y Laminium y reconstruir la historia política y militar romana. Para ello, se apoya en bibliografía anterior, desde el Padre Flórez hasta trabajos de Prehistoria más avanzados realizados en la vertiente sur de Sierra Morena; es más, su capacidad crítica no duda en desestimar las aseveraciones gratuitas en interpretación de textos grecolatinos de otros autores, como A. Fernández-Guerra (Blázquez, 1896: 8 y ss.), aunque, como se indicará más adelante, tal rotundidad impide atenuar sus descalabros en otras cuestiones que a posteriori se han confirmado fallidas (*Ibidem*: 29).

A la hora de acercarse a las ruinas existentes en la provincia es evidente el descompensado conocimiento arqueológico. Mientras Blázquez (1896: 34) se hace eco de las pinturas esquemáticas de Fuencaliente o sospecha de la presencia fenicia y egipcia a tenor de algunos materiales aparecidos en la provincia (Blázquez, 1896: 33), las antigüedades del Campo de Montiel en su obra no rebasan la cronología romana. No hay yacimientos concretos sino que se remite, entre otros, a las noticias de Ceán Bermúdez (1832), Hosta (1865), Hervás (1890) y el *CIL* de Hübner para las ruinas y epígrafes de La Solana, Membrilla Alhambra, Ossa de Montiel (*Lagos*), Villanueva de la Fuente, Puebla del Príncipe, Montiel, Almedina (Gollizno) o Infantes (Blázquez, 1892b: 382; 1896: 31-46). Los vestigios de ciudades pasadas apenas le sirven para contextualizar uno de sus grandes temas: la viaria (1892a, 1892b).

La carrera investigadora de Blázquez podría considerarse moderna en comparación con la de siglos anteriores en aspectos de crítica constructiva y en sus cauces de publicación. La creación de revistas y de otros medios de difusión en el seno de las afianzadas academias y otras sociedades económicas, geográficas, literarias o culturales del siglo XIX dotó de espacios de conocimiento y discusión que, en lo referido a la arqueología montieleña, resultó ser un avance más para la aproxima-

ción de otros consagrados investigadores y un buen indicador de las temáticas tratadas. Es de reseñar, en especial, que tras la fundación en 1877 del *Boletín de la Real Academia de la Historia* –un año después del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*– las noticias arqueológicas que mencionan el Pasado del Campo de Montiel o en las que éste es directamente protagonista sientan las bases para la desmitificación de la Antigüedad y para el inicio de la atención científica en las grandes cuestiones epigráficas, viarias, monumentales (Coello, 1889; Fernández Duro, 1901; Blázquez, 1892b, 1896, 1898, 1905; Fita, 1902, 1903a, 1903b, 1917; Vasco Gallego, 1909; Mérida, 1917) pero también para las protohistóricas, a raíz del informe del Marqués de Cerralbo (1912) sobre el megalito de Cózar del que daba cuenta el maestro Lengua.



Fig. 3: Viajes apostólicos por la Península Ibérica y el Campo de Montiel según Pérez de Pareja (1740: 163-175).

C) TEMÁTICA

La secular desatención al Patrimonio Arqueológico del Campo de Montiel y su tardía incorporación a los estudios y publicaciones puramente científicas ha influido decisivamente en los yacimientos, las épocas y temáticas sobre las que han versado los escritos histórico-arqueológicos de la altiplanicie de nativos y foráneos. Por ejemplo, a día de hoy, no existe ninguna publicación que haya tratado desde la óptica de la arqueología industrial los molinos harineros, batanes, almazaras, canteiras o centrales hidroeléctricas de la comarca pero más grave todavía es que la comarca montieleña carezca de un estudio global que interprete las distintas fases prehistóricas, protohistóricas, de la antigüedad y tardoantigüedad en sus dimensiones diacrónicas y sincrónicas.

Como se expondrá posteriormente, desde la década de 1970 son cada vez más las publicaciones que se aproximan a las distintas etapas de la Prehistoria en ciertas áreas de esta comarca geográfica, mostrando yacimientos y características concretas del poblamiento y de la idiosincrasia de las gentes que la habitaron (*Espadas et alii*, 1986; 1987). Tales memorias de excavación, más o menos descriptivas, han servido a otros autores (Garrido, 1995: 128) para establecer paralelos en sus materiales pero, con todo, desconocemos como interactuaron los distintos poblados entre sí, su territoria-

lidad y la evolución interna de los numerosos asentamientos prehistóricos y protohistóricos existentes. Estas son algunas de las cuestiones que arqueólogos e historiadores esquivan y que siguen sin sintetizarse, en gran medida, por las pocas e imprecisas intervenciones arqueológicas que han tenido lugar. El insuficiente estudio del Pasado de la comarca ha dilatado en el tiempo y ha favorecido el enquistamiento de creencias y ‘métodos’ de investigación propios de momentos iniciales de la Ciencia, como la continua tendencia enumerativa y la repetición en los temas tratados. En este sentido, la construcción de la Historia a través de la compilación y crítica de datos para que otros investigadores progresen incide negativamente en una tierra en la que las noticias aportadas por autores de tradición anticuaria y, generalmente, local han sobrevivido tanto o más que en otras regiones.

No sorprende que la práctica anticuaria, la cual tenía por cierto poder transmitir una Historia total, resolutoria, sin gran esfuerzo, con inmediatez y realismo (Francovic, 2001: 5), haya preservado unos orígenes sagrados inspirados en los textos bíblicos. Se trata de una visión habitual en las comunidades rurales europeas más aisladas y que se funden sin problemas con otros argumentos históricos constatados (Espíritu Santo, 1980: 21). Tal es el caso de los cronicones ya expuestos de Román de la Higuera (ca. 1590) y del conde de Mora (1654: 369), cuando sitúan en *Laminium* a San Pablo predicando; también allí vivían las castas Xantipe y Polixena, hermanas de San Eugenio, arzobispo de Toledo, cuyo martirio lo recibieron en *Mariana* (Gómez, 2000: 173); por su parte, el padre Pérez de Pareja (1740: 179), con la misma seguridad con la que identifica la *Libisosa* romana en Lezuza, también da cuenta pormenorizada de cada etapa del viaje de san Pablo, san Pedro y Santiago por Hispania y el Campo de Montiel (*Ibidem*: 163 y ss.) (fig. 3).

Pero si por algo destacan las investigaciones histórico-arqueológicas desarrolladas en el Campo de Montiel es por la fuerte carga de temáticas propiamente anticuarias. Éstas parten del anhelo renacentista de abarcar, conocer y transmitir todas las facetas del mundo al unísono de forma que el anticuarismo se convirtió en una práctica o disciplina que estudiaba el Pasado a través de la catalogación y agrupación de la mayor cantidad de documentos de época griega y romana. Que el periodo prehistórico era considerado el más oscuro y menos brillante también se manifiesta, por ejemplo, en las 4 fases de la Historia de España del conde de Mora (1654: 20) en función de las 4 edades del Hombre. Los orígenes de la Historia ocupan una peyorativa “etapa infantil” y, puesto que Italia y la Historia del Arte eran motivos centrales, las estatuas, escritos, inscripciones y monedas que pervivían a lo largo de la geografía peninsular eran el mejor testimonio del esplendor grecolatino (Francovic, 2001: 5). Las aficiones anticuarias-humanistas fueron continuadas por el clero ilustrado, los profesionales liberales y profesores universitarios durante el siglo XVIII y XIX y, así, siguió destacando su formación clásica y el gusto por las lenguas orientales, la numismática, la epigrafía y las colecciones particulares. Institucionalmente, se apostaba por el mundo clásico, cristiano, tardorromano y musulmán sobre el resto de etapas históricas, a pesar de que a mediados del siglo XIX ya habían aparecido las primeras investigaciones sobre la Prehistoria en España (Almagro, 2002: 63; Maier, 2004: 109).

Viaría, poblamiento e inscripciones, entre otros, son una amalgama de aspectos concernientes a la escala más básica de conocimiento de la Antigüedad difícilmente disociables entre sí en las obras manuscritas o publicadas en tanto que describir un itinerario implica dar ubicación concreta a núcle-

os de poblamiento, los cuales, a su vez, deben quedar constatados arqueológicamente por las lápidas, miliarios, monedas y otros restos; desde la retrospectiva bibliográfica, conforman temáticas homogéneas en su tiempo y en los siglos posteriores. Como se ha reseñado con anterioridad, tales ejes temáticos fueron los predominantes en la investigación del Pasado del Campo de Montiel desde el siglo XVI, tanto para autores foráneos como nativos, pero lo interesante es que en pleno siglo XX en la mayoría de las publicaciones provinciales (Carrasco, 2000), comarcales (Planchuelo 1954: 121 y ss.) y locales (Valle, 1983: 117; Ballesta, 2003: 43 y ss.) se siga girando alrededor de cuestiones supuestamente no resueltas y de hallazgos acaecidos hace más de un siglo. Sin descartar otras posibilidades, el origen de tal situación se halla en la escasez de investigaciones arqueológicas de otro espectro y en la recurrente remisión a las fuentes eruditas y decimonónicas para que cubran de forma parcial el desconocimiento e interrelación entre yacimientos de ciertas etapas de la altiplanicie.

Epigrafía

Con estas premisas, se consideraba a priori que los epígrafes romanos aparecidos en la comarca eran la mejor fuente empleada para aproximarse al contexto en el que se originaron. La descripción y estudio de las lápidas secularmente expuestas en los pueblos y de otras que fueron apareciendo, formaban parte de la más temprana expresión de la práctica anticuaria europea por lo que, como se había señalado, en la zona se da testimonio de la existencia y la lectura de inscripciones ya desde finales del siglo XVI en descripciones histórico-geográficas y en los más variopintos cronicones (Rus Puerta, 1646: 90): en Alhambra (CIL II 3229; 3230), en Fuencollana (CIL II 3228), en Almedina (CIL II 3236) y en Ruidera (CIL II 3235).

Sobre estas primeras noticias del Campo de Montiel se desarrolló una tendencia crédula y positivista que construyó gran parte de las conclusiones históricas posteriores cuando lo que se estaba reuniendo era una cadena de errores por varios frentes: se acumularon las limitaciones propias de no existir un solo epígrafe clásico en toda la comarca que haya sido conocido en posición original y en su contexto arqueológico; de otros se desconoce su paradero; se ha dado crédito a lápidas que jamás han existido; y, también, ha sido nefasto el que hayan circulado lecturas e interpretaciones hechas por inexpertos en ambientes eruditos antes que las lecturas in situ ofrecidas por especialistas.

El afán de acumular datos y conocimiento creó colecciones y corpus de inscripciones que, si bien no eran confirmados en visitas, en la mayoría de los casos remitían a las lecturas ya conocidas. Por ello, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, las inscripciones comarcales aparecerán en repetidas ocasiones con grafías, motivos e interpretaciones distintas en diversos compendios realizados por sacerdotes y seglares ilustrados como Valenzuela Velásquez (1626: 23r/v en Moya, 2001), Nicolás Antonio y Vázquez Siruela (Ceán Bermúdez, 1832: 42 y s.) o J.F. Masdeu (1788, 451). En este contexto la mera suposición de una hipótesis o una introducción de datos gratuita en los epígrafes comarcales podía acabar con los años por tergiversar el contenido e interpretación del objeto original y por generar confusión a los demás especialistas. En efecto, así sucede en la citada inscripción del castillo de Montiel vista por Pérez de Villamil en 1803⁴³, que, de serle imposible reconocer algo, desconoce-

mos la información por la que en 1817 J. Juan de Flores (1817: XXII) puso en su boca que era de época romana.

Los *viajes literarios* –epigráficos–, que bien representan el marqués de Valdeflores o J. Cornide durante el siglo XVIII (Almagro, 2002: 49), no tuvieron una continuidad que asegurara la legitimidad de las lápidas (un tal Pérez calcó las de Alhambra entre 1901 y 1903 según Fita, 1903a: 286), pero el cambio generacional y el proceso de sistematización de la ciencia epigráfica hizo releer constantemente la información existente en la Academia con la finalidad de realizar una crítica constructiva y frenar la ingente cantidad de lápidas falsas, tal como fue el caso de J.A. Ceán Bermúdez (1832: 46 y 47). Los destellos anticuarios de la Academia bien pudieron alentar la investigación a pequeña escala de la epigrafía montieleña –de la ya conocida y la novedosa– o por lo menos eso se podría deducir del peso que tienen los calcos y sus descripciones en los informes de Peñafiel, Martínez Carnero y Abad (CIL II 3236) y García (CIL II 3233) a mediados del siglo XIX, los cuales, incluso, también se implicaron en la realización de “desplazamientos literarios” a las localidades vecinas de Fuenllana, Almedina e Infantes.

La correspondencia, con mayor o menor acierto y criterio, fue volcada en nuevas obras, como la de A. Fernández-Guerra ([1859] 1951: 658) o Antonio Blázquez (1896), pero, sin duda, la publicación en 1869 del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL) de E. Hübner y del posterior CIL II en 1892 (Abascal y Gimeno, 2000: 19 y ss.) constituyó un hito para las investigaciones posteriores dado que reúne los epígrafes, sus fuentes y sus variantes. Es el momento en el que se confirma la falsedad de las inscripciones de Alhambra referentes a Terentio (CIL 310*) y a Vespasiano (CIL 311*) y a la supuesta *provincia Arenatum* (CIL 312*). Sin embargo, se ha de prestar atención al encontrar la inscripción 3235 en el apartado de *Mentesa Oretanorum* puesto que apareció en las cercanías de Ruidera, donde el autor alemán creía que estaba dicho núcleo iberorromano, cuando hoy se acepta que tal núcleo correspondería con Villanueva de la Fuente (Benítez de Lugo, 2001).

La progresiva especialización de la Arqueología, de los estudios epigráficos y la mejora de los medios técnicos (fotografía) redujeron las publicaciones provinciales a la más peyorativa acepción de la práctica anticuaria en la que autores como Hervás ([1918] 2002: 67) seguían valorando lecturas desfásadas o adulteradas en contraposición, por ejemplo, a las dadas por Mommsem (CIL II 3229). Por el contrario, la importante labor de F. Fita (†1918) a nivel peninsular, con la publicación del CIL II en las postrimerías del siglo (Abascal y Gimeno, 2000: 19 y ss.; Almagro, 2002: 58), también alcanzó a la altiplanicie cuando, en el año de nacimiento de Bellido, se ocupó de la ubicación de *Laminium* a través de las inscripciones que pudo contemplar in situ en una de sus excursiones epigráficas (Fita, 1903b: 452; 1903a: 281-287).

En el siglo XX no han faltado publicaciones de nuevos hallazgos epigráficos más o menos significativos, mas siempre descontextualizados. El desconocer de qué forma se integraban en el lugar y la sociedad que los generó les ha restado potencialidad como sucede en la lápida funeraria de Carrizosa (1949) (Fernández-Chicarro, 1949, 44; Alföldy, 1987a, 19), aunque otras piezas singulares son significativas en sí mismas: el *decempodio* de Torrenueva (1903) ha aportado la nueva ciudad de

Edeba al mapa romano (Vasco, 1909) y la inscripción de Trajano de Almedina (1960), a pesar de generar varias publicaciones por la confusión creada con el *Gollizno* –entre otros por Portuondo ([1917] 1972: 55), Hervás ([1918] 2002: 118), Corchado Soriano (1971: 83) o Pérez Avilés (1985: 188)–, incide en su municipalización flavia (Pérez Pérez, 1981: 173; 1987: 206 y s.; Alföldy, 1987b: 45). Igualmente, el ara votiva dedicada a Mercurio desenterrada al pie de Alhambra en 1984 subraya la faceta viaria y comercial laminiana (Alföldy, 1987a: 246 y s.; Corell, 1996, 234; Domingo, 2001: 168; 2002: 617) tanto como las características propias de este culto (Baratta, 2001: T7 Sp).

Paralelamente a la mayoría de las áreas peninsulares, el siglo de Bellido, especialmente la segunda mitad, es para los 12 epígrafes romanos que con seguridad se documentaron en el Campo de Montiel la etapa en la que más se han valorado por lo que son y por lo que representan, sobre todo cuando se insertan como material de apoyo en otras temáticas. Viejos y nuevos epígrafes sirven a autores nacionales y extranjeros para interrelacionarlos en libros y revistas (*AE*, *HEp*, *ZPE*, etc.) con otros testimonios a nivel local, hispano y de todo el Imperio en cuestiones sociales, económicas, religiosas, demográficas, etc. Verbigracia, la municipalización romana en base a la presencia de Licinios y Fabios; el culto al emperador (Étienne, 1958: 242; Alföldy, 1987b: 37; Stylow, 1995: 109); los *collegia* y otras asociaciones populares (Santero, 1978: 162; Mangas, 1978: 220); o las peculiaridades de los libertos en la figura de Marco Ulpio Gresiano (CIL II 3235) (Mangas, 1971: 57; 1983: 345; Weaven, 1972: 246; Boulvert, 1974: 145).

Precisamente es esta última inscripción (CIL II 3235) una de las más trascendentes y más discutidas puesto que perteneció a un liberto de Trajano con cargos relevantes y se discute su procedencia de Ruidera o Villanueva de los Infantes, pues la casa de los Ballesteros fue su último hogar antes de desaparecer (Moya, 2001). También en paradero desconocido, con probabilidad de ser falsas, son las que cita Blázquez (1848, 31; y 1896, 30) en Fuenllana y Puebla del Príncipe respectivamente.

Viaria romana

Desde la óptica anticuaria, la existencia de epígrafes romanos tan significativos era síntoma inequívoco del alto grado de romanización de la Península Ibérica. Roma había portado la civilización a los aguerridos –pero desdichados– hispanos por lo que el renacer de la cultura clásica en Europa admiraba con devoción el pragmatismo romano a la hora de dotar de infraestructuras y articular las tierras conquistadas. Tras los antiguos *oppida* se desarrollaron ciudades dinámicas y romanizadas que, si bien unas habían sucumbido con el paso de los siglos, otras habían conservado su esplendor de centro religioso, económico y administrativo gracias a la tupida red de comunicaciones romana. Zaragoza, Sevilla, Valencia o Toledo fueron algunas ciudades que hacia el siglo XVI incrementaron su protagonismo en crónicas y ensayos históricos y, puesto que su gloria procedía de haber sido punto de encuentro de gentes e ideas, la viaria comenzó a considerarse “uno de los documentos más interesantes para el conocimiento de la geografía romana de la Península” (Blázquez, 1896: 88).

En lo que a nuestro ámbito respecta, la determinación geográfica de La Mancha y del Campo de Montiel, frente a los pasos de Sierra Morena que daban acceso a las *civitas* del valle del Guadalquivir, ha acentuado la continuidad y superposición de rutas muy concretas por lo que no tardó en considerarse que las vías que comunicaban el Toledo medieval con su arzobispado eran herederas de las antiguas. Así se pone de manifiesto en los cronicones ya citados de Román de la Higuera y del Conde de Mora (1654: 250) y, en su línea de utilizar fuentes sin discriminación alguna, no escatimaron en ensalzar unas vías que habían sido supuestamente descritas por el mismo emperador Antonino Pío (!).

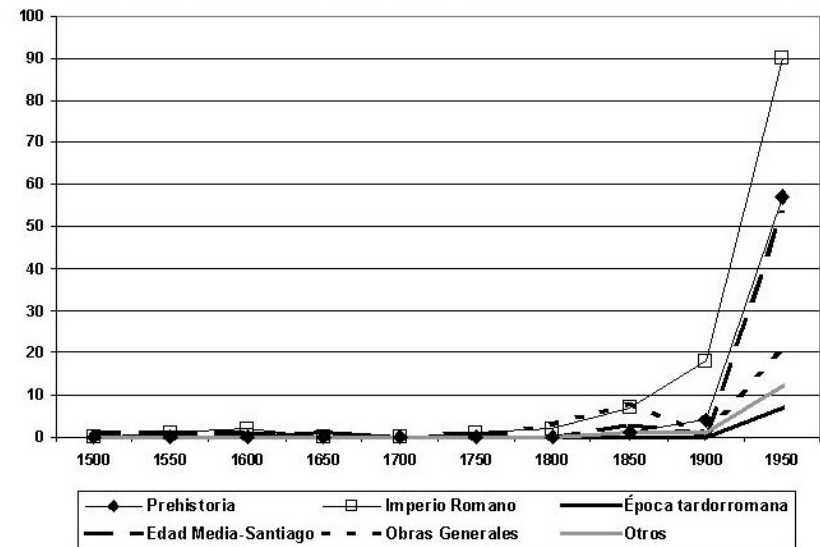
Al igual que en el resto del país, los *Vasos Apolinarie*s (siglo I d.C.), el *Anónimo de Rávena* (s. II d.C) y el *Itinerario de Antonino* (siglo III d.C.) son los pilares literarios sobre los que se han constatado en la perillanura trayectos antiguos todavía en uso y sobre los que se han justificado otras variantes candidatas a ser romanizables (Carrasco, 1987). En concreto, la comarca está marcada por la conexión en *Mariana* de dos tramos de las principales travesías hispanas. En el Antonino queda reflejada la vía *Per Lusitaniam ab Emeritam Caesaraugustam*, la cual tiene en *Mariana* y en *Laminium* un nudo de comunicaciones hacia el norte; de este núcleo partiría la vía 30 hacia *Toletum* y la vía 31 a Zaragoza por otro ramal; por su parte, los vasos votivos encontrados en 1852 en el santuario termal de Vicarello (Italia), describen en el trayecto entre Cádiz y Roma una ruta que atravesaba la altiplanicie en dirección noreste-suroeste (Viveros-Puebla del Príncipe) por el que se ha conocido como *Camino de Anibal*, *Vía Heráclea* o la *Vía Augusta* (Blázquez, 1892a: 271-274).

El progresivo interés por la caminería romana fue desarrollándose hasta ser una de las principales temáticas desde la segunda mitad del siglo XVIII en académicos como J. A. Cornide, A. Fernández-Guerra (Abascal y Cebrián, 2005: 147; 223) o F. Coello, siendo este último uno de los que sienta públicamente las bases para el estudio de las vías entre los ríos Tajo y Guadalquivir. Además de los grandes trayectos (Mérida-Zaragoza) comienzan a buscarse tramos concretos, por ejemplo, entre *Ad Turres* y *Laminium* para lo cual Coello (1889: 21) se vale de caminos de Puebla de Príncipe y de Torre de Juan Abad para la ubicación de la neurálgica *mansio* de *Mariana*. El tramo entre *Castulo* y *Libisosa* (Abascal y Cebrián, 2005: 223) estudiado por el maestro Martínez Carnero en 1859 es, si cabe, más significativo todavía porque es una viva imagen del proyecto que pretendía aunar progreso y arqueología en la segunda mitad del siglo XIX al amparo de la generalización de obras públicas, sobre todo el ferrocarril. Se explica así que en esta empresa pronto destacara el ingeniero Eduardo Saavedra (†1912), cuyo ingreso en la Real Academia (1862) fue con un discurso de sistematización viaria sobre el *Mapa itinerario de España romana con sus divisiones territoriales* (Almagro, 2002: 58; Maier, 2004: 110).

En este panorama el ciudarrealeño Antonio Blázquez (1859-1950) retomó con mayor perseverancia el testigo viario tanto a escala nacional (*Idem*, 1892a: 201) como provincial (1892b) hasta el punto de desembocar en la existencia de una comisión permanente de vías romanas en la Real Academia de la Historia entre 1912 y 1926 compuesta por Fita, Cerralbo, R. Beltrán, Gómez Moreno y él mismo, sin duda, el que más se distinguió (Maier, 1998: 29). Hizo suya la iniciativa de revisar los numerosos tramos que se tenían por ciertos (Blázquez, 1896: 88; Blázquez y Blázquez, 1923) y

para la reconstrucción de los itinerarios rastreó en la cartografía antigua y en fuentes medievales de que se disponía, como el repertorio de Meneses (Blázquez, 1905: 330). Por encima de saber cuándo se hizo tal o cual camino, le importaba hallar las verdaderas distancias entre los núcleos conocidos (Blázquez, 1892a: 203) y llamó la atención acerca de la existencia y trascendencia de una red caminera distinta a los grandes itinerarios que conformaban los trayectos verdaderamente recorridos periódicamente por carreteros y comerciantes, pues eran los que permitían los contactos económicos y culturales más profundos, cuestión esta todavía no asumida por algunos investigadores de la macrohistoria.

Es por ello que Blázquez, basándose en la documentación académica de Coello (*Idem*, 1896: 97) o de Aureliano Fernández-Guerra (Abascal y Cebrián, 2005: 223), se preocupó tanto por las rutas de larga distancia como por otros tramos más pequeños; en ellos, el conocimiento directo del terreno era fundamental, y para ello no dudó en usar y criticar las cada vez más numerosas fuentes locales que estaban generando noticias y teorías en ambas vertientes de Sierra Morena: Castor Ami había recorrido el sur manchego en busca de *viae* y de ciudades (Blázquez, 1896: 26) y M. Sanjuán tampoco tardó en publicar en 1909 la entrada de la *Vía Augusta* en la montaña jienense por las estaciones de *Ad Morum* y *Ad Duo Solaria* –Navas de San Juan y Montizón– (Arias Bonet, 2000: 1311). Por el contrario, de poco serviría a Blázquez el premiado estudio sobre la *Vía romana de Cástulo a Libisosa*⁴⁴ de Martínez Carnero de Almedina (1859), pues lo consideró un trabajo que “ningún crédito puede merecer” (Blázquez, 1892b: 367). Ni el interés ni la ilusión del maestro de primaria por



Graf. 5: Temáticas histórico-arqueológicas más usuales entre los siglos XVI-XX.

las vías romanas, que bien muestra su intención de aplicar una rueda ambulante para medir longitudes diseñada por un ingeniero amigo suyo⁴⁵, le salvó de ser desafortunadamente humillado por el militar manchego.

Sólo hasta el final del milenio la crítica de las fuentes clásicas y los análisis constructivos han acabado por limitar la fe ciega que se tenía en los textos y por poner en duda la autoría, fecha de realización y funcionalidad de itinerarios y puentes que han llegado hasta nosotros (Moreno, 2004; Durán, 2004). Hasta arribar a la etapa actual en los decenios centrales del siglo XX, la temática viaria siguió desarrollándose de forma parcial, como muestra el mismo García y Bellido (1953), Bosch Gimpera (1974: 17 y ss.) y publicaciones como *El Miliario Extravagante*, hasta revitalizarse definitivamente a nivel nacional a raíz de los trabajos de Roldán (1975) y de Sillières (1977).

Una periodicidad semejante se aprecia en el ámbito comarcal. Hasta los años 70 se ha estado recurriendo a las teorías de Blázquez y Fernández-Guerra (Planchuelo, 1954: 126 y s.), pero el trabajo de Manuel Corchado Soriano sobre archivos unido a un novedoso trabajo de campo sobre vías pecuarias, constituyó un revulsivo en el mapa de caminos entre Andalucía y La Mancha que tuvo eco en publicaciones científicas, periódicas y de ámbito nacional (Corchado, 1963; 1969; 1971; 1981; Prieto *et alii*, 1971). En ellas, el Campo de Montiel es el paso natural oriental desde la Meseta al Alto Guadalquivir y es protagonista de movimientos bélicos, migraciones e influencias culturales. Tras él, las nuevas generaciones de arqueólogos e investigadores han buscado confirmar sobre el terreno y con argumentos sólidos los recorridos de las rutas referenciadas en las fuentes y las variantes de las que pudieron responder a la articulación no sólo romana del territorio, sino también desde el Paleolítico (Espadas, 1988), la Prehistoria Reciente (Blázquez, 1990; Moya, 2004b) y épocas modernas (Rodríguez Castillo, 1999; 2000; Rodríguez Castillo y Díaz, 2002) que remarcan que la aparición de ciertos elementos arqueológicos y la distribución de asentamientos en el Campo de Montiel está directamente relacionada con la circulación de artefactos y personas a través de trayectos cuyo uso ha quedado fosilizado en la propia continuidad de los caminos.

El caso más evidente es el del *Camino de Aníbal* (NE-SO), en cuya descripción el francés P. Sillières (1977: 74 y ss.; 1990: 268 y ss.) ha identificado las estaciones literarias con los vestigios existentes en *Hoya de la Sabina* –a 6 km de Villanueva de la Fuente/Mentesa– y *Mariana* en la *Venta de los Ojuelos*, al sur de Puebla del Príncipe. Esta teoría, ahora unánime, ha desechado las manidas voces que, por verosímiles que parecieran, identificaban a *Mariana* con la cercana *ermita de Mairena* en relación a una de las rutas más antiguas de la Península Ibérica que fue ya utilizada como camino de conquista en el 206 a.C. (Jiménez Cobo, 1993; 2000; Sillières, 1990: 549). Al norte del Campo de Montiel la incógnita parece haberse despejado inicialmente en los últimos veinte años con el estudio de *Laminium* y de la vía 30 que se dirigía a *Consaburo*-Consuegra (Toledo) (Fernández Ochoa *et alii*, 1990; Domingo, 2000: 52 y ss.); mientras, la denominada como vía 29 (S-N) que unía sendos itinerarios como un eje por el corazón de la comarca está confirmándose en la excavación que desde 2000 tiene lugar en el *Puente de Triviño* de Villanueva de los Infantes (Espadas, 2004; Espadas y Moya, 2004a e.p.; Moya y Espadas, 2006; Moya, 2007 e.p.).

Sin embargo, quedan todavía itinerarios, como la vía 31 que partía desde Alhambra hacia *Caput Fluminis Anae* y *Libisosa*-Lezuza (Albacete), de la que sólo se intuye un trazado hipotético. Idéntica situación es la del *Camino de los Berones* citado por Tito Livio (XXXIII 21) y del que no queda claro su trayecto desde la costa cantábrica hasta Cádiz (Blázquez, 1896: 96; Planchuelo, 1954: 126; Corchado, 1969: 142; Rodríguez Castillo, 2000: 1058). Un vacío arqueológico así permite apreciar la indisoluble relación entre las revisiones filológicas de los textos clásicos y la persistencia de un panorama de yacimientos sin nombre y topónimos sin gentes. En este sentido, el renacimiento de la caminería de la segunda mitad del siglo XX ha sido acompañado en La Mancha y en el Campo de Montiel de una constante crítica de fuentes a cargo del profesor de la universidad regional G. Carrasco Serrano (1986; 1987; 1990a; 1990b); ha tomado el testigo de A. Blázquez en cuanto a número de publicaciones de viaria romana en las provincias castellanomanchegas se refiere, si bien el salto cualitativo respecto a su predecesor es más que evidente, lo cual ha podido ser decisivo para su nombramiento en 1994 como Académico Correspondiente de la Historia.

Localización de ciudades

Un análisis general de los estudios epigráficos y de caminería desarrollados desde el siglo XVI permite abordar, como tercer vértice temático del Pasado del Campo de Montiel, la intensidad con la que se buscaron –y buscan– los límites de los territorios y ciudades citadas por las fuentes clásicas. Desde un primer momento, los gentilicios y topónimos iberorromanos recogidos en Plinio *el Viejo* (*Nat. His.*), Estrabón (*Geog.*) o Ptolomeo (*Geog.*) fueron adjudicados por la Península con mayor o menor acierto en función de la precisión histórica pero también basándose en intereses particulares que pretendían ensalzar los orígenes locales. Bien es verdad que en el paso de los siglos la crítica histórica ha corroborado los emplazamientos más evidentes, pero ésta ha sido ralentizada con énfasis en algunos momentos, por ejemplo, ante el anhelo romántico de rememorar los grandes lugares y pasajes de la “nación hispana”. El nacionalismo y los nuevos yacimientos descubiertos en el siglo XIX ampliaron el número de espacios candidatos a albergar ciudades antiguas que se hallaban perdidas: de una parte, la antigua Bayona de Tajuña (Madrid) pasó precipitadamente a denominarse *Titulcia* en 1815; por el contrario, Saavedra presentó al mundo en 1861 la *Numancia* arqueológica frente a la histórica (Maier, 2004: 110; Torre Echávarri, 2005: 456).

En este contexto, Ciudad Real y el Campo de Montiel no quedaron atrás en emplazamientos sin constatación alguna y en ser escenario de los más dispares acontecimientos célebres. Así, Román de la Higuera (173r), a finales del siglo XVI, ubicó en Fuenllana el municipio de *Juliobriga* (173v) y, en el entorno de la comarca, Pérez de Pareja (1740: 178 y s.) situaba *Mirobriga* en Valdepeñas –en las casas de Valdemiros– y *Augustobriga* en Alcaraz. Es más, en esta última supuestamente tuvo lugar la muerte de *Amilcar Barca* en el 228 a.C. (Diod. XXV 10) (Pérez de Pareja, 1740: 182), mientras que la *Munda* celtibérica se buscaba todavía en Montiel, cuestión ya desmentida por Martínez Falero en 1805 y por Fernández-Guerra (Muñoz [1858]: 207; Quadrado y Fuente, [1886] 1978: 414). En este último caso, más allá de la posible similitud fonética de los topónimos, lo que subyacía era la intención de añadir otro hito épico al omnipresente y simbólico episodio del regicidio medieval.

Otros núcleos romanos que fueron ubicados en la comarca no proceden de fuente clásica alguna, por lo que su mención podría reducirse a mera anécdota como fruto de la inventiva y afán de protagonismo de falsarios y pseudohistoriadores si no se tratara de un fenómeno más agresivo de lo que parece, pues tales aseveraciones han alcanzado un profundo calado en los autores y en la sociedad local posterior. Si en tierras cercanas al altipais decían existir una *Munobriga* en Munera o también *Castaon/Castrum Altum* en Alcaraz (Pérez de Pareja, 1740: 178 y s.), el Campo de Montiel no debía ser menos insigne. Buen ejemplo es que Román de la Higuera (173r), a finales del siglo XVI, ubicó la ciudad de *Lagos* en las lagunas de Ruidera (173r), nombre que, según él, procedía del apócope de *Laminium* (!). Tal idea fue secundada a pies juntillas por el conde de Mora (1654: 247), el cual añade una Virgas entre Membrilla y Manzanares. Además, en este momento del siglo XVII debió estar en pleno auge la creencia de la existencia de *Antiquaria Augusta* al sur de Villanueva de los Infantes (Ceán Bermúdez, 1832: 126; Valle, 1983: 117) y de un *Castulo* en Almedina según aporta el padre Romero y que luego también recoge fray Esteban Pérez de Pareja (1740: 60 y 164). Un siglo después, en 1859⁴⁶, el maestro Martínez Carnero trasladaba del vulgo la tradición de situar la supuesta ciudad romana de *Olis* en el despoblado de Torres (Abascal y Cebrián, 2005: 340) al tiempo que el P. Peñafiel situaba una *Licinia* en la ermita de Ntra. Sra. de Luciana de Terrinches⁴⁷.

Aunque de otra naturaleza, un efecto similar en el imaginario colectivo y en la bibliografía es el causado por interpretaciones toponímicas y por lecturas parciales o equívocas de las inscripciones existentes. Este es el caso de la inscripción CIL II 3229 de Alhambra, la cual dio pie a algunos autores (Fernández-Guerra en Muñoz [1858]: 206; Planchuelo, 1954: 124; Aguirre Prado, 1963: 21) para crear y divulgar una *Anensemara* donde probablemente se hacía referencia a un *Collegium Anense Maius* en *Laminium* (Mommsen en Blázquez, 1896: 46 y en Mangas, 1978: 220). También Fernández-Guerra, a mediados del siglo XIX, seguirá dando una serie de topónimos del Campo de Montiel más próximos a reducciones etimológicas que a realidades factibles: *Marmellaria* en Membrilla; *Anistorguis* en Alhambra o *Ello* o *Mont-Ello* en Montiel (Fernández-Guerra en Muñoz [1858]: 206; Hervás, [1899] 2003: 421; Portuondo, 1917: 139).

Dislates aparte, quizás sea el *ager laminitanus* aludido por Plinio *el Viejo* (III 6) uno de los territorios que, estando en relación con el Campo de Montiel, más polémica ha generado, puesto que su conocimiento implica, en primer lugar, ubicar *Laminium*; y, por otra parte, al existir un término alusivo a territorialidad física y jurídica –*ager*–, se ha tratado de establecer unos límites basados en el entorno geográfico manchego y en las fuentes del río Guadiana.

Gran parte del conflicto reside en haber desconocido con certeza el lugar laminitano, por lo que la identificación territorial más simple fue la de equiparar la unidad administrativa romana con el Partido de Infantes. Al menos desde finales del siglo XVI (Román de la Higuera, 1584-1598: 175v; Grupo Al-Balatitha: 1985: 256), los ensayos históricos repiten expresiones como “*campo espartario*” (Pérez Fernández, 1957: 1), los “*llanos laminitanos o campo de Montiel*”, el “*campo laminitano de Montiel*”, cuando explícitamente no se afirma que “*Este municipio Laminio, dio nombre a todo el campo laminitano, y decimos al presente Campo de Montiel*” (Román de la Higuera, 1584-1598: 178v). Tan gratuita equiparación será acompañada en la historiografía comarcal indistintamente de

otras denominaciones inspiradas en falsas inscripciones, como la supuesta *provincia Arenatum* que mencionaban las CIL 311* y 312*. Así lo recoge la *Historia de Jaén* de Rus Puerta (1646: 90) y así lo creyeron Pérez de Pareja (1740: 181) y Peñafiel (1831-1833) al tratar los *Campos Arenates* o *Flamíneos*, pero, salvando algún autor (Acedo, 1928: 79), este topónimo no superó la sistematización de Hübner.

En la cuestión laminitana todo ha sido discutible, incluso el dirimir el lugar del nacimiento del río *Anas*, puesto que el *Caput Fluminis Ana* del *Itinerario de Antonino* (Carrasco, 1987: 36; Rico *et alii*, 1997: 265) se hallaba junto a la ciudad y dentro del *ager laminitanus* (Plin. *Nat. Hist.* III 6). En este sentido, la interpretación de la descripción de Plinio el Viejo por la que este río “*tan pronto se desborda en lagunas como se estrecha en desfiladeros o se esconde del todo bajo tierra y renace gozoso varias veces*” (García y Bellido, 1947: 122 y s.) ha sido un factor fundamental si se considera el particular fenómeno de ocultación y reaparición del Guadiana. Se trata de un caballo de batalla que desde el siglo XVI enfrenta a literatos, científicos y eruditos locales –desde Román de la Higuera, F. Tarasa, A. Ortelio, etc. hasta O. Jessen (Planchuelo, 1954: 12; Pérez Fernández, 1957: 8)– en dos versiones. Aparte de que Cortés (1836: 296) la ubique en Fuenllana, Madoz, Hervás o Bisco sostenían que los lagos y fuentes del *Anas* estaban en la llanura de San Juan en vista de la marcada estacionalidad de los ríos Záncara y Cigüela y del afloramiento de los Ojos del Guadiana. Esta tesis, que sobrevive en algunos autores modernos (Pérez Fernández, 1957: 8; Rodríguez Morales, 2000: 18 y s.; Arias Bonet, 2001), se halla en desventaja frente a la ya defendida por Fermín Caballero, Isidoro Antillón, A. Blázquez (1905: 320 y ss.), Hernández Pacheco y las monografías de Planchuelo (1954: 69) y del Parque Natural de las Lagunas de Ruidera (Rico *et alii*, 1997: 247), coincidentes todos en la predominancia decisiva de los manantiales de la altiplanicie y de Ruidera tanto en lo hidrológico como en lo histórico.

Hasta finales del siglo XX en el Campo de Montiel la localización de ciudades mencionadas en los textos clásicos se ha reducido a una amalgama de noticias topográficas y conjeturas arqueológicas laterales derivadas de inscripciones descontextualizadas, yacimientos no excavados, cálculos kilométricos e itinerarios teóricos. De hecho, la oposición de Blázquez (1892b: 380 y s.) a la localización de *Libisosa* en la actual Lezuza (Albacete), la única localización tradicionalmente admitida por la gran mayoría de eruditos y anticuarios (Pérez de Pareja, 1740: 180), es ejemplo de los problemas derivados de llevar al extremo planteamientos teóricos y parciales en función de yacimientos cuya equiparación prerromana era indiscutible. Así, en este caso, la convicción de Blázquez (1986: 26) de que *Mariana* existió en los alrededores de Bolaños de Calatrava, le hizo desplazar *Mentesa* al norte de San Carlos del Valle y *Laminium* hacia Argamasilla de Alba, lo cual, unido a las teorías de otros autores supone que en los textos analizados podamos encontrar más de 5 localizaciones razonadas para cada una de las tres renombradas ciudades iberorromanas del Campo de Montiel (fig. 4).

El *oppidum* de *Laminium* se ha pretendido hallar en Fuenllana (Higuera, ca. 1590; E. Florez en Carrasco, 1987: 33; Miñano, [1826] 2001a: 242; Hübner, 1892: 433; Cándido Peñafiel, *vid. supra*) por existir empotrada en una casa una inscripción CIL 3228 que no apareció en su término municipal; por cálculos sobre supuestos itinerarios romanos: en la *Motilla de Santa María* de Argamasilla

de Alba (Blázquez, 1892b: 380) y en Sotuélamos (Arias Bonet, 1965; 2001); en Daimiel (Cortés, 1836: 117; Rodríguez Morales, 2001: 20) en función de atrevidas reducciones lingüísticas y geográficas; en Montiel (Romey y Gebhardt en Hervás, [1918] 2002: 73); y en Ruidera (Fernández-Guerra, 1951: 658; Saavedra en Blázquez, 1892b: 377) por yacimientos de otras épocas y por el especial paraíso lacustre. Dicho esto, hoy día ninguna investigación formal duda de la ubicación de *Laminium* en Alhambra (Ceán Bermúdez, 1832: 42; Fita 1903a: 283; Mangas, 1978: 220; Alföldy, 1987b: 32 y s.; Domingo Puertas, 2000: 63; 2001; Benítez de Lugo *et alii*, 2004: 90 y s.; Moya, 2007 e.p.), dada la relevancia del material epigráfico, constructivo, viario, etc. hallado aún sin proyecto de excavación intensivo. En este sentido es inevitable destacar las palabras con las que García y Bellido (1947: 210, nota 22; 220, nota 52) apoya el antiguo pasado de Alhambra y Villanueva de la Fuente puesto las dos notas a pie de página parecen ser el momento elegido por Bellido para acercarse, por unos segundos, a la tierra que le vio nacer.

El segundo asentamiento a localizar fue la ciudad de *Mentesa Oretanorum*, la cual aparece en Ptolomeo (II 6, 58), Tito Livio (XXVI 17), Plinio *el Viejo* (*Nat. Hist.* III 9; III 19; III 25) y en los



Fig. 4: Ubicaciones propuestas tradicionalmente de los tres núcleos hispanorromanos más importantes del Campo de Montiel: *Laminium* (triángulo), *Mentesa Oretanorum* (cuadrado) y *Mariana* (círculo). Hoy día, las fuentes literarias y las arqueológicas coinciden en la localización de tales ciudades en Alhambra, Villanueva de la Fuente y al sur de Puebla del Príncipe respectivamente, donde el uso tradicional de las vías de comunicación con el Alto Guadalquivir también corresponde con el esquema viario descrito desde la Antigüedad.

Vasos Apolinarie (Carrasco, 1987: 37; 1990b: 92). Su importancia está determinada por ser uno de los tres supuestos obispos tardorromanos junto a *Oretum* y *Castulo* (Blázquez, 1896: 20 y ss.) y principalmente por formar parte de uno de los más importantes itinerarios de la Península Ibérica. Sin embargo, la desaparición de sus huellas antes del segundo milenio y la duplicidad del topónimo por la existencia de una *Mentesa Bastetanorum* en La Guardia (Jaén) (*Plin. Nat. Hist.* III 25) ha contribuido a proponer diversas ubicaciones más que a analizar otros aspectos. Infundadamente, la han situado en Montiel (conde de Mora, 1654: índice), en Almedina, en Valdepeñas, en Venta de los Santos y hasta cerca de San Carlos del Valle (Blázquez, 1892b: 380). Las excavaciones sistemáticas que se están desarrollando en los últimos diez años en Villanueva de la Fuente han confirmado el pasado iberorromano de la villa tal y como ya intuían A. Fernández-Guerra (1859 y 1962), R. Martínez Carnero (1859)⁴⁸, Hübner (1892), Saavedra (en Blázquez, 1892b: 378) o Portuondo (1917: 153) en base al material numismático y a la caminería. Tal fue el gran argumento de P. Sillières (1977: 74 y ss.) para determinar la estación romana en el *Camino de Anibal* a 6 km de Villanueva de la Fuente, concretamente en la *Hoya de la Sabina* (González-Conde, 1992: 307).

Como en el caso anterior, el que el núcleo de *Mariana* debiera estar junto a una ruta importante, tal y como reflejaba el *Itinerario de Antonino*, no ha sido un factor discriminador en una tierra caracterizada por atraer hacia la Alta Andalucía numerosos caminos y vías pecuarias meseteñas. *Mariana* se ha buscado en Membrilla (Román de la Higuera, ca. 1590); en Almagro (Cortés en Blázquez, 1892b: 379); en la *Venta de Borondo* de Boleños de Calatrava (Blázquez, 1886: 26; 1892a: 100); y, finalmente, en el término de Puebla del Príncipe. En una primera opción, la afinidad fonética con la *ermita de Ntra. Sra. de Mairena* y los restos romanos en sus alrededores, apoyados por el estudio viario de Martínez Carnero, fueron factores decisivos para que A. Fernández-Guerra (1951: 658), Coello (1889: 21), Saavedra (en Blázquez, 1892b: 377) y Hervás ([1899] 2002: 487) se decantaran por tal lugar. En la revisión de P. Sillières (1977: 74 y ss.) el lugar de la estación romana se ajustó algo más al sur –en la *Venta de los Ojuelos*–, pero queda por discernir sobre el terreno si *Mariana* era algo más que una *mansio*.

Hallazgos

Ante una realidad arqueológica comarcal en la que los proyectos de investigación formales han sido escasos y tardíos, un bloque destacable de publicaciones analizadas para la presente aproximación historiográfica podrían definirse estructuralmente por exponer hallazgos casuales. En este sentido, es evidente que el fenómeno de los hallazgos se incrementó gracias a la incidencia del hombre sobre el medio natural con medios mecánicos cada vez más agresivos, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX, pero sus causas profundas se encuentran en la progresiva concienciación cultural de los pueblos y de sus autoridades ante el mayor nivel de protección del Patrimonio.

Se han recogido hasta 21 artículos o noticias de hallazgos, de los cuales más de la mitad ven la luz a partir de 1950 (Graf. 4), pero, más allá de las limitaciones de esta colaboración, ni que decir tiene que lo editado no responde a todos los elementos arqueológicos que constantemente aparecen

sin control y que, en la mayoría de los casos, no trascienden del descubridor y de su entorno; un ejemplo fue la aparición en Torrenueva en 1896 de unos sepulcros al plantar una viña, los cuales fueron sacados de la localidad a cambio de unas arrobos de tocino (Ballesta, 2003: 45).

Es evidente que cuanto más singular ha sido el hallazgo más probabilidad había de dejar testimonio de él, sobre todo en el caso de topas con estructuras de cierta magnitud (San Martín, 1953; Puig y Montanya, 1975). Así, por cuestiones obvias, la localización de enterramientos aislados y necrópolis son de los eventos sociales más destacados dentro de un entorno rural como el Campo de Montiel y en los que inmediatamente se ha recurrido a las autoridades civiles y eclesiásticas. Estas noticias no tienen por qué traducirse en una mayor protección y calidad de la información tal y como se aprecia en la actuación de J. Cándido Peñafiel, el párroco aficionado a la arqueología de Alhambra, en una de las primeras noticias de hallazgos de la ciudad, cuando en 1833 estuvo presente en la exhumación de un sepulcro que unos bueyes habían levantado al norte de Alhambra⁴⁹. Sin embargo, avanzado en el tiempo, ha sido posible seguir la pista de hallazgos fortuitos y de pequeñas intervenciones gracias a que cada vez son más los comisionados enviados a instancia de la Real Academia y otros departamentos para formalizar el informe preceptivo y que se han traducido en un corpus de pequeños artículos en revistas y congresos. Son noticiarios cuyo valor reside, aparte de ser una primera valoración autorizada del hallazgo, en que narran la intrahistoria del proceso y los personajes intervinientes, o, lo que es lo mismo, las peculiaridades locales y la intervención profesional del procedimiento arqueológico en los pueblos del Campo de Montiel a lo largo del siglo XX.

En orden cronológico, los hallazgos conocidos en el siglo XX han tenido distinto tratamiento e importancia, siendo el primero del que se tiene constancia del año del nacimiento de García y Bellido y con especial relevancia. En 1903 se halló durante la construcción de la carretera de Valdepeñas a Torrenueva a su paso por la ermita de la Virgen de la Cabeza un *decempondio* que ha facilitado el conocimiento de una ciudad romana llamada *Edeba* (Vasco, 1909; Fita, 1917: 250; Alföldy, 1987b: 45; Ballesta, 2003: 44 y ss.). Valga de contraste la noticia que aporta Mérida (1917: 391 y s.) de unos materiales romanos (pavimento, cerámicas, monedas, etc.) procedentes de Alcubillas, puesto que no se conoce ni dónde fueron recogidos ni el porqué de la intercesión del diputado conservador por Madrid Juan José Conde Luque y Garay para su envío a la Real Academia.

Desde este hallazgo y el de unos cimientos y lápidas con bajorrelieves romanos en las eras de Alhambra en 1914 (Aguirre Andrés, 1948: 120; Planchuelo, 1954: 124), los años veinte, años en los que se licencia el joven García y Bellido (1926), son de absoluto silencio hasta que a finales de 1934 apareciera en la *Cabeza del Buey*, la gran elevación del término de Torre de Juan Abad, un tesoro con 480 denarios, torques, cuencos y otros abalorios en plata trabajada depositado a principios del siglo I a.C. y parte del cual se halla expuesto en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (Rivero y Mateu, 1935; Álvarez-Ossorio, 1945: 205 y s.; Vidal, 1982).

Pasada la Guerra Civil, en 1949 apareció en Carrizosa la lápida funeraria de la pequeña esclava romana *Calpurnia* que fue adquirida por el Museo de Sevilla (Fernández-Chicarro, 1949, 44; Alföldy, 1987a: 248; Alföldy, 1987b, 19). En 1953 sale a la luz la planta de un edificio romano a 4

kilómetros de Torre de Juan Abad y toda la intervención arqueológica realizada se redujo a una pequeña memoria de Ruiz Argilés, técnico de la Dirección General de Excavaciones, y a las descripciones de C.M. San Martín (1953) y de Planchuelo (1954: 124). En otros casos, como en el de los sarcófagos y tumbas paleocristianas aparecidas en Alhambra en 1956 en la ampliación de una era a los pies de la ciudad, la publicación no vio la luz hasta 6 años después (Peñalosa y Martínez, 1962); este tiempo de publicación es poco si se tienen en cuenta que una inscripción en Almedina aparecida en 1960 no fue publicada hasta 1981 por C. Pérez.

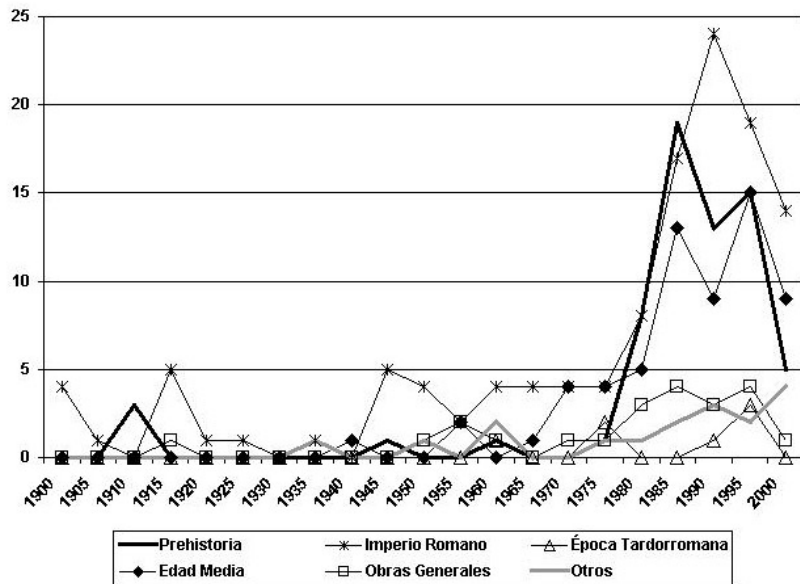
A partir de la década de los 70 el cambio de procedimientos y de protección frente a los hallazgos arqueológicos se hace más palpable. Siempre se pueden encontrar excepciones, como el no haber profundizado en el conocimiento de la zona en la que apareció en 1975 la escultura zoomorfa ibérica (siglo IV a.C.) de Alcubillas (Mena y Ruiz Prieto, 1985; Ballesta, 1990: 41), pero el caso del descubrimiento en labores agrícolas de la villa tardorromana de *Puente de la Olmilla* en Albaladejo en 1973 y su inmediata excavación en el año siguiente (Puig y Montanya, 1975) evidencia una inversión de la tendencia. Así se ha puesto de manifiesto tanto en posteriores hallazgos e intervenciones arqueológicas como en las constantes actuaciones en Alhambra (Serrano y Fernández, 1990; Fernández y Serrano, 1995) o en los enterramientos de Villanueva de la Fuente (Benítez de Lugo y Rodríguez, 1999; Barrio y Maquedano, 2000), Puebla del Príncipe (Espadas, 2000a) o los de Villanueva de los Infantes (Espadas y Moya, 2004b e.p.).

Otras etapas cronológicas y otros temas adyacentes

En el análisis bibliográfico realizado se puede apreciar que durante el siglo XX, paralelamente a los citados ámbitos de la etapa altorromana, se han desarrollado y consolidado en el Campo de Montiel otras investigaciones relativas a vestigios histórico-arqueológicos de otras cronologías (Graf. 6). En sentido estricto, se trata de un fenómeno palpable desde la segunda mitad del siglo y que madura en sus últimos veinte años y en los iniciales del siguiente, sobre todo, por el incremento generalizado de la protección del Patrimonio y por la potenciación de trabajos sobre la Historia de la región castellanomanchega, hasta sus puntos más aislados, como es el caso de la altiplanicie.

El desarrollo a nivel nacional de las investigaciones de época prehistórica y protohistórica tiene lugar a mediados del siglo XIX (Maier, 2004: 109), pero todavía durante la primera mitad del siglo XX las referencias a nivel provincial eran escasas y las existentes estaban centradas en los valles suroccidentales (Cebrián, 2002: 159). En las cronologías más tempranas (Paleolítico Inferior y Medio) el desconocimiento era tanto mayor hasta el punto que Ciudad Serrano (1984: 9) acota la primera etapa entre 1917 y 1973, la cual se caracteriza por la discontinuidad de las noticias, la falta de intención analítica y donde los yacimientos del río Jabalón pertenecen a su cuenca media y baja. Tal es así que, como se ha señalado anteriormente, una de las primeras alusiones a la Prehistoria de la comarca es la alusiva al monumento megalítico de Cózar remitida en 1912 por el maestro A. Lázaro y que fue publicada escuetamente por el Marqués de Cerralbo. La noticia quedó sin repercusión alguna y, junto a las notas de S. de la Torre en 1932 acerca del *cerro del Almorchón* de Ruidera, con mate-

riales de la Edad del Bronce y del Hierro, se constata que hasta los años 70 el estudio de la Prehistoria comarcal fue un mero espejismo.



Graf. 6: Temáticas y cronologías arqueológicas publicadas acerca del Campo de Montiel durante el siglo XX.

Es para el último cuarto del siglo cuando los prehistoriadores se percataron de que se había conseguido que aficionados, como F. Pérez Fernández (1960: 8), vertieran comentarios tales como que la pintura esquemática de Fuencaliente eran figuras hechas con “*tosquedad, de torpeza infantil*” y, sobre todo, reconocieron que “*el vacío de Ciudad Real no era vacío del hombre primitivo, era un vacío del Hombre moderno; era un vacío de investigación en el campo de la arqueología*” (Ciudad Serrano, 1984: 18). La inversión de la tendencia se refleja, con sus logros y graves carencias, en la auto crítica de la cuestión arqueológica hacia 1984, bien de forma general, en el *Catálogo de Bibliografía Arqueológica...* de Caballero Klink, García Serrano y Ciudad Serrano; bien por áreas sectoriales, como el *Estado actual de la investigación del Paleolítico...* de Ciudad Serrano (Ciudad *et alii*, 1982); y, centrado en la altiplanicie, el *Estudio arqueológico del Campo de Montiel* de J. Pérez Avilés (1985).

Profesores, alumnos y aficionados comienzan un frenético trabajo de campo por grupos o individualmente que, sin profundizar en cronologías y tipologías, aportaron nuevos yacimientos al mapa de dispersión provincial y fueron sintetizados en trabajos de distinta forma y fondo (Ciudad Serrano, 1984: 11 y ss.; Alañón, 1982). Desde el ámbito profesional aparecen equipos de estudio centrados en el Paleolítico, como el de M. Santonja y M.A. Querol o el de Vallespi, García Serrano, Ciudad

Serrano y Caballero Klink (Ciudad Serrano, 1984: 14), pero también en sus clases implican a sus estudiantes en la localización de asentamientos. Así, gracias a las prospecciones de los alumnos de la *Escuela Universitaria de Magisterio* de Ciudad Real, se dan a conocer los *Arenales de Turra* de Villanueva de la Fuente, uno de los primeros puntos del Paleolítico del Campo de Montiel (Ciudad Serrano, 1986: 33). No obstante, de las 82 localizaciones provinciales que expone el inventario de Ciudad Serrano (1984: 19: 45 y ss.), el Alto Jabalón y Alto Guadiana no dejaban de estar pobremente representados con tal yacimiento *Musteriense* y con los 5 situados en Ruidera –principalmente *Achelenses*– en relación a otras áreas centro-occidentales como Porzuna.

En efecto, es en torno a los lagos de Ruidera donde se manifiestan los distintos ritmos de la investigación arqueológica comarcal. Allí, aficionados locales como S. Jiménez y A. Chaparro se adelantaron, sui generis, a la investigación del Paleolítico y de la Edad del Bronce y encabezaron las publicaciones tanto en medios científicos (Jiménez *et alii*, 1982; Jiménez y Chaparro, 1983) como en libros autoeditados (Jiménez Ramírez, 2000; Jiménez y Chaparro, 1989; 1994) hasta que a finales del siglo XX ha tenido lugar la irrupción de nuevos investigadores con planteamientos netamente científicos –funcionalistas– aplicados a espacios paleolíticos (López *et alii*, 2001) y posteriores ya conocidos, como la *Mesa del Almendral*, o de reciente descubrimiento, como *Cueva Maturras* (López y Fernández, 1994; Ocaña *et alii*, 1999; Gutiérrez *et alii*, 2000; Ocaña y Gómez, 2000; Ocaña, 2002).

A diferencia de los periodos de Prehistoria Reciente, los estudios del Paleolítico en el resto de la comarca se han limitado a prospecciones y a escuetos artículos de aproximación al poblamiento que no han tenido continuidad (Alañón; 1988; Espadas, 1988); los momentos mesolíticos y neolíticos son totalmente desconocidos. Estos contrastan con las crecientes publicaciones e intervenciones sobre yacimientos Calcolíticos y de la Edad del Bronce del entorno de Ruidera (Barrio y Maquedano, 2000; Ocaña, 2000; 2002), Carrizosa (Marqués, 1986) y de la Alta Cuenca del río Jabalón, especialmente a su paso por Villanueva de los Infantes. La actividad desarrollada al sur de esta localidad por el equipo encabezado por J.J. Espadas en yacimientos como el *cerro de los Conejos*, el *Toril* o el *Castillón* ha proporcionado una de las más amplias tipologías líticas y cerámicas en cronologías calcolíticas de la región (Espadas *et alii*, 1986; 1987; Espadas y Poyato, 1994) hasta el punto de componer buena parte de la colección que para esta época se expone en las vitrinas del Museo Provincial de Ciudad Real. En los primeros años del siglo XXI la Edad del Bronce ha recuperado el protagonismo en las investigaciones del Campo de Montiel y sus yacimientos vuelven a ser muy relevantes para el conocimiento de distintos aspectos del Bronce Manchego –clima, sociedad, territorialidad, etc.–, como sucede con la compleja estructura del *Castillejo del Bonete* de Terrinches (Benítez de Lugo *et alii*, 2005).

La prospección y excavación en algunos yacimientos singulares calcolíticos e iberorromanos han arrojado publicaciones a modo de memorias que, más o menos descriptivas (Espadas *et alii*, 1986; Benítez de Lugo, 2001), han servido a otros autores para completar cuestiones de poblamiento (Garrido, 1995: 128); tipologías materiales, como es el caso del peculiar estilo *Dornajos* (Poyato y Galán, 1988); climas o paleopatologías (Benítez de Lugo, 2001). Mientras que en áreas colindantes al Campo de Montiel la fase ibérica se ha atacado frontalmente en yacimientos de Argamasilla de

Alba o Valdepeñas (Vélez Rivas y Pérez Avilés, 1987; García Huerta *et alii*, 1999), y exceptuando las recientes campañas de Villanueva de la Fuente (Benítez de Lugo *et alii*, 2000), los materiales prerromanos aparecidos en las diversas intervenciones de Alhambra y otros tantos hallazgos fortuitos de época prerromana están pendientes de un estudio más detallado y su integración en un contexto más amplio.

Bien es verdad que a grandes rasgos se han tratado algunos aspectos de territorio e idiosincrasia oretana en la región manchega (Contreras, 1961; García-Gelabert, 1993; García-Gelabert y Blázquez, 1993), en referencia a sus capitales (García-Bellido, 1982: 115; Carrasco, 1990a) e incluso centrados en la comarca del Campo de Montiel (Carrasco, 2002). También nuevos yacimientos, como *Castellones* de El Bonillo, *Cerro de la Ringurrina* de Ossa de Montiel o *Castillejos* de Torre de Juan Abad, van completando la ocupación del territorio (Sanz, 1997: 76; Benítez de Lugo *et alii*, 2004: 90) pero, con todo, en la altiplanicie se desconoce cómo interactuaron los distintos poblados entre sí, su territorialidad, su evolución interna y sus diferencias y posibles paralelismos con otros territorios más alejados (Pérez Avilés y Vélez Rivas, 1994). Igualmente, hay una notable carencia en el estudio del mapa paleoetnológico de esta zona de la Meseta Sur para ver la distribución y evolución tanto de los grandes grupos prerromanos fronterizos –carpetanos, oretanos, contestanos, bastetanos, etc.– (González-Conde, 1992: 307) como de otras etnias peninsulares aparentemente menos relevantes, como los mentesanos, pero cuya alusión en las fuentes (Plin. *Nat. Hist.* III 19; III 25) y posición en ambas vertientes de Sierra Morena necesita ser explicada.

Estas son algunas de las cuestiones que esquivan arqueólogos e historiadores, por lo que en la altiplanicie continua la tendencia estadística y repetitiva en temas y estudios en función de materiales recogidos en prospecciones y que reflejan la descompensación existente (Benítez de Lugo *et alii*, 2004: 91 y ss). No obstante, se trata de un ámbito de investigación en el que, atenuadas las interpretaciones literales de las fuentes clásicas (conde de Mora, 1654: índices; Blázquez, 1896: 8 y ss.), se puede avanzar en desentrañar la relación y evolución de la territorialidad de aldeas y *oppida* en función de criterios arqueológicos, geográficos o económicos (Moya, 2007 e.p.).

La especialización en las distintas etapas históricas ha dado pie a retomar, al hilo de las últimas intervenciones arqueológicas en la comarca, temáticas tan anticuarías y necesarias como la viaria, la Historia de la Religión o la musivaria, pero sin una progresión como la habida para otras fases. A pesar de contar con notables yacimientos bajoimperiales sin excavar, la reconstrucción del Pasado tardorromano, así, ha estado aparejada a retomar los itinerarios y su supuesta decadencia (Sillières, 1990: 602; Carrasco, 1986; 1996, 2000); y a la interpretación iconográfica de los mosaicos descubiertos en la excavación de 1974 en la villa romana de *Puente de la Olmilla* de Albaladejo (siglo IV d.C.) (Puig, 1979; Blázquez Martínez, 1982: 27 y ss.).

Por su parte, la dispersión y características del poblamiento visigodo tampoco ha superado las líneas abiertas en la excavación de la necrópolis de Alhambra en 1989 (Serrano y Fernández, 1990) y en otras intervenciones puntuales (Espadas, 2000a). Tales contextos, que parecen científicamente nefastos, no son los únicos: es la historia medieval santiaguista la que configura definitivamente el

territorio y los pueblos actuales y la que todavía no ha superado las notas estadísticas y métricas aportadas por A. Dotor (1957), A. Ruibal (1984a; 1984b; 1985; 1986; 1987; 1989), Ruiz Mateos (1988) o Rodríguez Guillén *et alii* (1993) en relación con los más vistosos castillos y fortificaciones comarcales. No se ha profundizado en conocer las condiciones vitales ni estructurales de las aldeas de repoblación ni el entramado socioeconómico del poblamiento musulmán y santiaguista relativo a cinco siglos, sino que ha bastado con contextualizar tales aspectos en los grandes fenómenos de índole bélica o administrativa que describen las fuentes escritas (Blázquez, 1905: 312; Pretel, 1981). Aldeas desconocidas (Espadas y Moya, 2004b e.p.), procesos de sinecismo, estructuras hidráulicas y elementos puntuales, como la inscripción musulmana del santuario de Torre de Juan Abad, siguen siendo campos sin explorar.

En último término, se ha de señalar la existencia de una serie de obras generalistas (Graf. 6) que por su alcance local (Amador, 1998; Gómez, 2000; Jiménez Ballesta, 1990; 2003) o por su concepción divulgativa o enciclopédica (Fernández Ochoa *et alii*, 1986; Henares y López, 1993: 35; Ruibal, 1993; Sánchez Sánchez, 1996) recorren distintas vicisitudes del Pasado de la comarca, con hallazgos o con el llamativo tema de las fortificaciones medievales, pero sin adentrarse en cuestiones interpretativas.

D) PROCEDENCIA DEL INVESTIGADOR

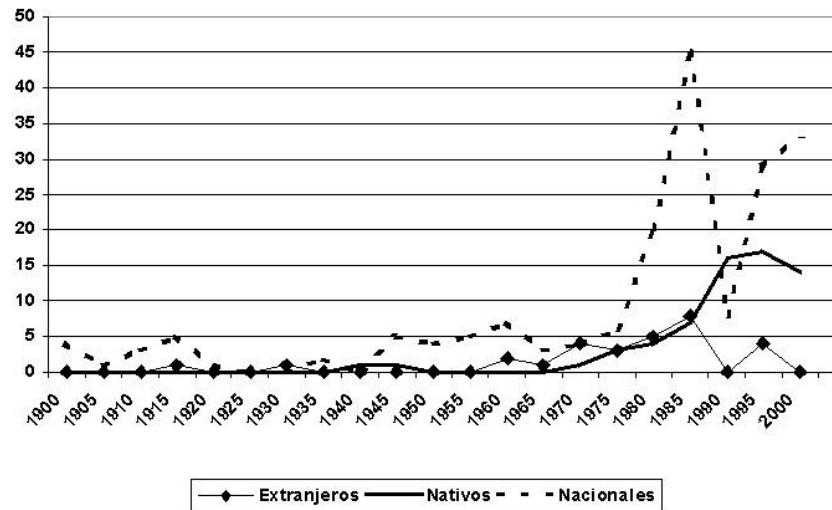
Llegados a este punto del análisis historiográfico del Campo de Montiel es patente que las personas involucradas en conocer y recrear el Pasado arqueológico de la comarca pertenecen a un amplio espectro de población tanto por su origen como por el ámbito de procedencia.

Analizar el lugar de procedencia de los autores de las publicaciones histórico-arqueológicas del altipais durante el siglo XX es un ejercicio estadístico que, si bien puede parecer anecdótico, es muy ilustrativo de la situación de la investigación del Patrimonio Arqueológico al contrastarlo en su evolución cronológica con el tipo y profundidad de las publicaciones (Graf. 7). Del mismo modo que en casos anteriores, los porcentajes son sobradamente abultados como para que los posibles lapsos en la documentación puedan alterar las tendencias existentes entre investigadores locales (19%), nacionales (76%) y extranjeros (5%). Los escritos de españoles no vinculados a la comarca son predominantes y representan un buen número de los artículos y libros desde la segunda mitad del siglo pasado; en sus momentos centrales han sido los únicos que han puesto los ojos en las antigüedades de la comarca. No por ello atañen a temas novedosos, sino que son reinterpretaciones y compendios que comenzaron a innovar a partir de los grandes picos de la década de los años 80 en correspondencia a las intensas publicaciones en congresos y nuevas revistas.

En línea con lo anterior, los trabajos de autores locales se desarrollan a partir del último tercio del siglo en una progresión muy significativa tanto cuantitativa como cualitativamente. Entre ellos no se han incluido autores que proceden de otras localidades manchegas, como A. Blázquez (1905: 307) y su Almadén del Azogue, pero sí a todos aquellos que, aun habiendo estado su lugar de trabajo o de

nacimiento más allá de la comarca, tienen una relación lo suficientemente cercana como para haber influido en la temática de sus obras, como es el caso de Pérez Avilés y Vélez Rivas (Torre de Juan Abad), Gómez Torrijos (Alhambra) o Espadas Pavón (Villanueva de los Infantes). Finalmente, parafraseando a García Bellido cuando en 1959 aludía al “elemento forastero” en la Hispania Romana, los forasteros que han escrito acerca del Pasado del Campo de Montiel, hasta donde se ha podido documentar, están mínimamente representados y muy focalizados en la epigrafía y poblamiento romano (Boulvert, 1974: 145; Sillières, 1977; Alföldy, 1987; Weaven, 1972: 246). Quizás sea en este subepígrafe donde más retumban las lamentaciones de A. Blázquez (1905: 321) acerca de la necesidad de la presencia de investigadores extranjeros para que el manchego –y, en general, el español– valore lo que ya investigan sus compatriotas, a los cuales habitualmente se les ridiculiza e ignora.

* * *



Graf. 7: Origen de los autores de artículos histórico-arqueológicos del Campo de Montiel durante el siglo XX.

Ahora bien, la clasificación profesional de quien investiga en grupos no es nada sencilla si se tiene en cuenta que se trata de una dilatada etapa en la que ha nacido y se ha desarrollado la técnica arqueológica al amparo del perfeccionamiento de la disciplina histórica y en la que intervienen condiciones sociales y científicas antitéticas. En sentido estricto, vienen a colación las contradicciones todavía existentes en las Ciencias Sociales, puesto que hemos de preguntarnos quiénes son los historiadores: ¿los que hacen Historia o los formados y versados específicamente en la disciplina histórica y que, además, hacen Historia? Pero ¿cómo diferenciar profesionales de la Historia y de la

Arqueología si ésta no es, todavía en el siglo XXI, una categoría profesional? En el Campo de Montiel son muchos los relacionados con sus vestigios y los que han escrito acerca de ellos: sacerdotes (M. Francisco Gallego, Romero, Pérez de Pareja, Peñafiel), ingenieros (Abad y Moncada, Aguirre Andrés), médicos (Rodríguez Castillo), militares (A. Blázquez), geógrafos (Jessen, Planchuelo), maestros de primaria (Martínez Carnero, J. García, A. Lenguas, González Palomeque, Campos Guerrero, Valle, Amador Fresneda, etc.), políticos (Conde-Luque y Garay) y, por supuesto, historiadores y arqueólogos.

No es nuestra misión exponer aquí el nacimiento de la Arqueología, pero difícilmente se puede apreciar lo sucedido en la altiplanicie sin recordar que en España no ha habido un lugar de enseñanza de ciencias de la Antigüedad hasta momentos relativamente modernos. Ya en el siglo XVIII la tradición anticuaría comenzó a anquilosarse en mera erudición y gustos coleccionistas en unos momentos en los que la posibilidad de conocimiento universal se había fragmentado en numerosas disciplinas especializadas que, desde la búsqueda de lo particular, aspiraban a la construcción del Pasado (Francovic, 2001: 5). A tal situación contribuyó la expansión de las Ciencias Naturales y el acceso a la educación de la emergente clase media –en detrimento de nobleza y clero– hasta el punto de asumir la sensibilidad social hacia las antigüedades existentes y a promover la protección de las que estaban apareciendo en las desamortizaciones y obras públicas (Almagro, 2002: 59; Maier, 2004: 93).

Desde mediados del siglo XIX se potencian las escuelas superiores y cuerpos facultativos de archivos y bibliotecas y fue hacia 1900, tras el trasvase de sus cátedras a las de Filosofía y Letras de la *Universidad Central* de Madrid, cuando se marcó el cambio en la enseñanza de la Arqueología y en los profesores universitarios: el trasvase de la cultura académica a la cultura universitaria (Maier, 1998: 25-36; 2004: 105). A finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, el cambio generacional y la formación reglada conducen consecuentemente a la creación de un cuerpo de historiadores –y arqueólogos en última instancia– que, en principio, poseen las herramientas, la capacidad científica y el reconocimiento administrativo para la investigación histórica en sus más diversas ramas (paleografía, antropología, lingüística, etc.). Desde entonces, en un enfrentamiento directo entre especialistas y aficionados, se ha tratado de alejar el modelo anticuario de todo ámbito profesional pero en muchas zonas rurales, como en el Campo de Montiel, ha seguido germinando, como en siglos pasados, la figura del *erudito local*.

En definitiva, profesionales y eruditos son los dos grupos dinamizadores de la Historia de la comarca. Un recorrido historiográfico que pretenda abarcar buena parte de los factores que influyen en la construcción del discurso histórico no debe menospreciar ni la práctica académica ni todos aquellos escritos no formales que, escasamente tratados, son, pese a quien pese, los que más profundamente han calado en la masa social. Como en muchos otros campos de la Ciencia, el principal error cometido por historiadores y arqueólogos fue dejar sin proyección social el alto grado de especialización de las técnicas y estudios, dando paso así al distanciamiento entre la sociedad rural origen del Patrimonio y la significación científica del mismo. Valga de ejemplo que todavía en 1991 en la prensa provincial –*La Tribuna*– apareció un amplio reportaje de P. M. Mata Benito en el que éste dejaba claro que, a pesar del “*inquietante misterio de Lamínio*”, ésta se situaba en Fuenllana en función de

los trabajos de Schulten o Ceán Bermúdez. Nada más contemporáneo.

Eruditos

La denominación de *erudito local* utilizada no deja de ser una simplificación categórica de un grupo heterogéneo de individuos cuyo denominador común es el de no buscar su sustento en su afición a los estudios históricos y/o haber intervenido sobre lugares y materiales arqueológicos sin una formación específica en esta disciplina. Por el contrario, haciendo honor al sentir humanista en su más amplio sentido, individualmente o asociados cuentan con un interés inusitado por el Pasado de su entorno, con el conocimiento directo del territorio y/o con una instrucción generalmente superior a la media.

La cautela frente a la información aportada por eruditos del Campo de Montiel en momentos en los que la ciencia arqueológica está cristalizando fue habitual como bien aperciben los informes de la Academia anteriormente citados. Pero a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX las alabanzas o desprecios a la participación arqueológica de los eruditos se hace violentamente pública. Mientras que para A. Blázquez (1896: 89) la labor de Martínez Carnero en Almedina es un trabajo realizado “*por persona nada práctica en tales operaciones, y que, además tuvo que carecer de personal y de aparatos para tamaño empresa, ningún crédito puede merecer*”, para el marqués de Cerralbo (1912: 218), en el caso del megalito de Cózar, eran muy de estimar “*estas noticias que llegan a la Academia de la Historia por individuos que, aun declarándose no versados en los estudios arqueológicos, su otra ilustración o su celo científico, o su inteligente afán de inquirir significaciones históricas o impulsados por su amor a la Patria o a su Pueblo, no pasan por los campos con desdénosa mirada junto a algunas toscas piedras*”.

A través de la documentación de la Real Academia del siglo XIX se tiene conocimiento de la actividad en el Campo de Montiel del padre Peñafiel, de Martínez Carnero, Abad y Moncada o José García (*vid. supra*), pero ellos son la cabeza visible de una realidad distinta, la de una malla de relaciones personales con otros personajes que, igualmente implicados, son menos visibles y se han de considerar como el primer peldaño en la escala de los aficionados: en 1834 el P. Peñafiel relata que parte de su colección numismática procede de la donación del P. José Leonardo Montoya de El Bonillo, Diego Tomás Ballesteros de Infantes y Juan Ruíz de Alhambra⁵⁰; igualmente, un desconocido Jesús Parra⁵¹ colabora en 1863 con el maestro de Almedina en la lectura del CIL II 3236. Y es que, aunque en el Campo de Montiel, como en otros lugares (Alonso, 1988; Soledad, 1997: 23), se evidencia una vinculación de los eruditos a la Iglesia, a la enseñanza o a la Administración Local (Albaladejo), hay que dar la razón a una jota de la comarca que dice que “*los gañanes arando se encuentran cosas*”, puesto que un gran número de colecciones pertenecen a personas dedicadas a la agricultura o a otros oficios propios del entorno rural (Planchuelo, 1954: 114).

El cambio de la consideración de la Historia y la Arqueología en instancias superiores en los últimos dos siglos también alcanzó en cierta medida al ámbito comarcal en dos aspectos principalmente. De una parte, se transfiere la figura predominante de erudición desde los sacerdotes a otras

profesiones liberales como ingenieros y maestros, tal y como se puede apreciar en las figuras de A. González Palomeque, en Torrenueva (Ballesta, 2003: 47); J. Campos Guerrero, en Torre de Juan Abad (San Martín, 1953: 36); de E. Valle (1983), en Villanueva de los Infantes; o J.A. Amador en Villanueva de la Fuente (1998) en los últimos decenios. Desde el punto de vista actual, ello no implica una síntesis histórica más crítica o que su actividad pseudoarqueológica fuera más legítima, pero no es menos cierto que su mayor interés les llevó a exponer públicamente unas noticias fundamentales para la reconstrucción historiográfica. Por ende, aquellos otros que pretendieron acumular más y más materiales arqueológicos abrieron una brecha que les ha dejado ligados indisolublemente al furtivismo. Hallazgos como las estructuras romanas de Torre de Juan Abad no fueron nada casuales sino que salió a la luz cuando el propietario y los jornaleros de la finca buscaban “un tesoro” entre las piedras (San Martín, 1953: 38).

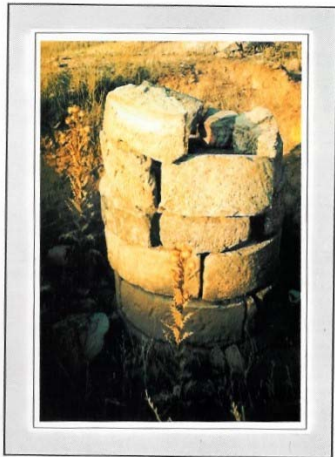
Con la legislación vigente y en sentido estricto, furtivo es todo aquel que ha recogido y retiene, sin consentimiento de la Administración competente, material arqueológico a sabiendas de su pertenencia a un yacimiento y, recordémoslo, tal definición es aplicable tanto a profesionales como a curiosos y coleccionistas. La paradoja está servida cuando se trata de hacer juicios de valor sobre momentos en los que no existía tal prescripción legal y, más aun, cuando el reconocimiento público que le brindaban sus vecinos al erudito local era estimulado directamente desde la Administración. Un caso evidente fue la estrecha relación que vinculó en la década de los años 70 a los grupos de maestros y alumnos con el programa de RTVE *Misión Rescate*. El espacio, primero de radio y después de televisión, estaba patrocinado por la *Dirección General de Radiodifusión* y la de *Patrimonio Artístico, Archivos y Museos* (Alonso, 1988). El carné de rastreador que expedía el *Ministerio de Información y Turismo* y la posición social del profesor sancionaba toda actividad arqueológica cuyo fin fuera estimular en la juventud de EGB, BUP y FP “*el interés por el conocimiento de los tesoros artísticos y monumentales de la patria*” a través, entre otros, de la recogida en horario extraescolar de restos arqueológicos para formar una colección escolar (*Ibidem*: 483 y s.).

En la altiplanicie se intuye la incidencia de *Misión Rescate*, tanto directa como indirectamente, pero desgraciadamente todavía no se ha reconstruido. Debería ser una labor prioritaria el recoger todos los testimonios y las experiencias de aquellos maestros y alumnos. Así es como se conoce que en Villahermosa D. Quintiliano Gallego encabezó un grupo que actuó, entre otros, sobre los parajes de *Pozarrón* y *camino de la Vicenta* con recogida de materiales de superficie que, estudiados y almacenados en el colegio, hoy se encuentran en paradero desconocido. Por su parte, la incidencia indirecta del programa fue legitimar este tipo de actividades “escolares” en los años siguientes y en dar pie a llamar la atención sobre nuevos yacimientos, lo que les valió para ser esquilados. Este es el caso del significativo edificio columnado de *Jamila* de Villanueva de los Infantes cuando, a finales de la década de 1970, el malogrado profesor D. Ángel Álvarez comenzó las “excavaciones arqueológicas” con un nutrido grupo de alumnos del Instituto “Francisco de Quevedo” y en horario lectivo, como si de una clase más se tratase. A ellos se debe el desvelar la primera de las columnas, las cuales se convirtieron en 13 cuando en el verano de 1986 M. Villar, un aficionado, sacó a la luz el resto (Rubio, 2005: 36).

No obstante, es un error encasillar a todos los eruditos locales dentro de la delincuencia y el

furtivismo, pues muchos de ellos ni tan siquiera han pisado un yacimiento o jamás han atesorado materiales arqueológicos. Su presencia se enmarca en un fenómeno más amplio que, como representa García Pavón en La Mancha de los años cincuenta, pretende desentrañar la idiosincrasia local (Pérez Fernández, 1957: 29; Pozo, 2000); en el caso concreto del Pasado, estando la comarca en la periferia de todo estudio arqueológico y ante la escasa incidencia social de los realizados por profesionales, son los únicos que tienen la intención de ocupar tal vacío (Jiménez Ballesta, 2003: 43) no sin adoptar distinta actitud en la difícil combinación de interés histórico, prestigio personal, circunstancias político-religiosas y los compromisos sociales de los entornos rurales, como el hecho de ser designados como cronistas oficiales (Malagón, 1978: 310). Muestra de ello es la *Historia de la Solana* de A. Romero, puesto que, recién acabada la contienda civil, invierte el 61% de sus páginas en un prolegómeno de exaltación de los vencedores (Romero Velasco, 1940: 5-85) y cuya advertencia inicial resume la orientación de la obra⁵². Otro ejemplo es J. Valle, maestro de la capital infantena, el cual, a pesar de hacer en 1976 una enérgica reivindicación en su artículo “Un nombre que no tiene calle...” acerca de la necesidad de dedicar una calle a García y Bellido, nada dijo de los restos que se encontraron en la construcción de la plaza de toros del Santuario de la Virgen de la Antigua entre 1975-78, momento en el que él desempeñaba el cargo de secretario de la Cofradía que rige el emplazamiento mariano (Valle, 1987: 36; 109 y ss.).

VESTIGIOS DE LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS EN NUESTRO ENTORNO (I)



MUESTRA DE LOS RESTOS EXISTENTES
EN EL CERRO DE BARRABAS.
SANTUARIO DE NTRA. SRA. DE LA ANTIGUA

Fig. 5: Las primeras páginas del Libro de Ferias de Villanueva de los Infantes de 1990 estaban dedicadas al Patrimonio Arqueológico: en la imagen, una de las columnas saqueadas en Jamila.

Sea como fuere, sin la labor de los eruditos no se tendría conocimiento de interesantes datos de yacimientos puesto que de ellos ha salido el dar una primera evaluación de los hallazgos o el elevar informes preliminares realizados in situ, como en el caso del grupo encabezado por Daniel Lillo y la consiguiente excavación y protección inicial de la villa tardorromana de *Puente de la Olmilla* (Puig y Montanya, 1975: 113) o en el de F. Gómez Horcajada de Alhambra y los numerosos avisos de hallazgos y atropellos contra el Patrimonio que ellos han denunciado (Gómez, 2000: 214). Ante el caso que prestan Administración y especialistas a la divulgación de los conocimientos científicos, son los que han reivindicado la importancia de su Pasado a sus

conciudadanos a través de los canales locales que tienen a su alcance, como periódicos o programas de ferias (fig. 5), hasta el punto de ser profesores y aficionados los que recordaron a García y Bellido el 29 de junio de 1973 con un emotivo homenaje en Infantes (Valle, 1983: 147 y ss.).

En su actividad, los eruditos y aficionados también han reivindicado la creación de museos locales a través exposiciones de materiales arqueológicos dispersos y de colecciones particulares. Tal hecho ha sucedido de forma temporal (*Exposición Arqueológica de la Semana Cultural* de Torrenueva, 1997), periódica o más o menos estable (Alhambra, 1987) en la mayoría de los pueblos de la comarca (Ballesta, 2003: 40; Gómez, 1997), en recintos escolares o en las sedes municipales como la de Fuenllana. El éxito ha sido el reconocimiento de los museos arqueológicos locales de Villanueva de la Fuente y Alhambra en 1991 y 2003 respectivamente, éste último gracias a la tenacidad de la *Asociación “Tierra Roja”*.

Como se evidencia, no todos los eruditos pueden equipararse dentro de un grupo homogéneo ni tampoco sus publicaciones. Cada vez son menos los que dan crédito a fantasías bíblicas y populares y, con el mayor rigor que sus conocimientos y dedicaciones profesionales les permiten (Gómez Torrijos, 2000: 173), construyen los únicos volúmenes de Historia local de los pueblos del Campo de Montiel (Valle, 1983; Amador, 1998). Su redacción, a modo de anales, enumera las noticias existentes –contrastadas y míticas– al tiempo que aúna la defensa del Patrimonio con el recuerdo de personajes ilustres. En su afán de aportar Historia a la comunidad conocemos toda una suerte de publicaciones de los descubrimientos y teorías de los eruditos del Campo de Montiel tanto en revistas locales y boletines de asociaciones (*La Ruta*) como, lo que es más sorprendente, en revistas científicas y libros formales (Jiménez Ramírez, 1997; 2000; Jiménez *et alii*, 1982; Jiménez y Chaparro, 1983; 1989; 1994; Gómez, 2000). La publicación será una de las vías por las que intentan dotar de rigor científico a sus actividades pero el desconocimiento de otros estudios les lleva a realizar reconstrucciones intuitivas (Figs. 6 y 7), gráficas caseras y a utilizar lecturas generalistas normalmente ya superadas. Los esfuerzos en la emulación del aspecto formal y científico, por ejemplo al introducir la bibliografía, evidencia la naturaleza pseudocientífica del texto con un simple vistazo (fig. 8). Merece la pena rescatar uno de estas disertaciones, concretamente la que inicia una serie de publicaciones tituladas “El legado de nuestros antepasados prehistóricos” en la revista mensual *Balcón de Infantes*, número 2 (Villar Pacheco, 1992: 10):

“Queridos lectores, amigos y paisanos. En primer término les ruego que sepan interpretar y perdonar los posibles fallos que pudieran encontrar en estos escritos, ya que no es mi norma engañar a nadie y menos a la historia. No soy licenciado en historia, ni en Arqueología, soy sólo un aficionado que realiza sus “pinitos” en estas lides y que por revistas, videos y visitas a museos he adquirido unos conocimientos que pretendo compartir con ustedes, sobre nuestro pasado en los CAMPOS DE MONTIEL, o más correctamente, en los márgenes del Jabalón [...]”.

Analizados en su contexto, el porqué de las actuaciones de los eruditos locales, más allá o acá de la ley, se encuentra en la mayoría de los casos en lo que podría denominarse como un “patriotismo local-comarcal exacerbado”. Es este rasgo el que les diferencia del proscrito, ya que su meta es



Fig. 6: La fotografía aérea de la motilla del Azuer (Daimiel) permite reconstruir las murallas pseudoconcéntricas en torno a una torre central y un enorme pozo, verdadero objeto de custodia (Nájera y Molina, 2004: 181, lam. 7).

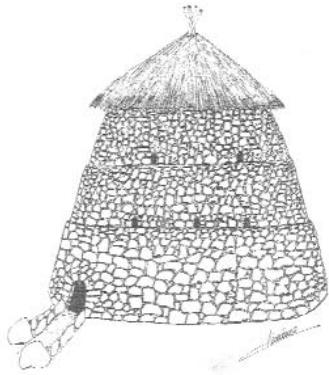


Fig. 7: Recreación turriforme de una motilla según Jiménez Ramírez (2000: 109).

el conocimiento del pasado de su localidad, y raramente pondrían a la venta los materiales –ilegalmente– obtenidos. Un buen ejemplo de ello son las palabras de Pérez Fernández (1957: 18), cuando se niega a aceptar que esta tierra sea una zona donde reine la muerte, o las de A. Romero en su *Historia de la Solana* (1940: 131):

“Nos alucinan las bellezas, las costumbres y los ritos de allende las fronteras, y olvidamos lo que aquende de ellas tenemos, desconociendo u olvidando nuestros grandes tesoros; poseemos de todo, y de todo mucho, y quizás haya sido ésta la causa de habernos dormido en los laureles [...]”.

En la villa solanera el guante ha sido recogido, sin duda alguna, por la Asociación Cultural Amigos de la Zarzuela “Federico Romero” (García-Cervigón, 1990) y, sobre todo, por la Fundación Histórico-Cultural “Paulino Sánchez Delgado”, la cual ofrece con periodicidad desde 2002 una beca para estudios históricos comarcales a raíz de la iniciativa individual de su cronista oficial.

Instituciones y Arqueólogos Profesionales

Sería natural que la finalización del proceso de especialización de los historiadores, y de la Arqueología como metodología específica, convergiera en la profesionalización de los arqueólogos y en su inclusión dentro de la pirámide social. A pesar de que todavía en España se discute acerca de la Arqueología como especialidad o como titulación independiente, el respaldo de una legislación de Patrimonio y la acción de las distintas instituciones científicas han sido decisivas desde la Posguerra para ir normalizando la realidad de la Arqueología comarcal.

Desde la década de 1970, la presencia en el área manchega de distintos proyectos forjados en centros universitarios de Madrid, Granada o Alicante confirma la marginalidad periférica que representa el Campo de Montiel en la investigación arqueológica regional. Desentrañar la Edad del Bronce

Bibliografía

- Investigación propia en su mayor parte.
- Conversaciones con personas mayores de Ruidera y Ossa de Montiel, Registro de la Propiedad de Tomelloso.
- Registro de la Propiedad de Alcaraz.
- Artículos de prensa de Carlos Villar Esparza (Diario «Lanza»).
- «La Ruta de Don Quijote», de José María Martínez Cuchero.
- «Símbolos», de Purificación Muga.
- «Ecología Humana», de Bernard Campbell.
- «El Río que Pasa por mi Pueblo», de Salvador Jiménez Ramírez.
- «Introducción a la Historia de España», de Ubieto, Reglá, Jover y otros.
- «La Mancha y sus pueblos», de Lusenjo.
- Publicaciones de Ángel Dotor.
- «La Tierra de Don Quijote». Revista ilustrada Blanco y Negro, mayo de 1905.
- «Arquitectura de Juan de Villanueva», de Pedro Monleón Gavilanes.
- «Misceláneas Alhambricas», de Antonio Romero Velasco.
- Diccionario Enciclopédico Madrid.
- «Las Lagunas de Ruidera en el Tiempo», de Salvador Jiménez Ramírez y Antonio Chaparro Sabina.
- Datos facilitados por Obdulio Hilario.
- Datos facilitados por José Díaz Pintado.
- Enciclopedia de la Cultura Española (director: Florentino Pérez Limbid).
- Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, Universidad de Valladolid.
- Numantia, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León.
- «Don Quijote de la Mancha», de Miguel de Cervantes.
- «Nueva Historia Universal», Editorial Marín.
- «España nervio a nervio», de Eugenio Noel.

Fig. 8: Ejemplo de bibliografía científica en textos de aficionados actuales (Jiménez Ramírez, 2000).

será el objetivo del equipo de Meseguer y Galán, de la Universidad Autónoma de Madrid, al centrarse especialmente en yacimientos en altura como *La Encantada* (Granátula de Calatrava) del área calatrava (Nieto y Meseguer, 1980); mientras, desde la Universidad Complutense y, fundamentalmente, los granadinos T. Nájera y F. Molina, preferirán profundizar en las motillas del Alto Guadiana y Albacete (Nájera y Molina, 1977; Nájera, 1984; Martín, 1984; Fernández Miranda, 1994). En el confin este de la comarca, el profesor Uroz y la Universidad de Alicante desarrollan desde 1996 el estudio de la romana *Libisosa-Lezuza* (AB) (Uroz *et alii*, 2002).

En este sentido, la escasa presencia de la Universidad de Castilla-La Mancha en las excavaciones y proyectos arqueológicos está justificada por la juventud de este centro (1982) y por la propia configuración –muy diversificada– de los departamentos de Historia. Además, se ha dado prioridad a yacimientos emblemáticos como *Alarcos* y se ha limitado la acción en la comarca a prospecciones (García Huerta *et alii*, 1994) y a áreas de su entorno como Argamasilla de Alba (García Huerta *et alii*, 1999) y, más recientemente, al *cerro de las Cabezas* de Valdepeñas.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la escueta incidencia de especialistas de las grandes instituciones científicas nacionales –CSIC y la universidad– contrasta con la resurrección de antiguos organismos y la creciente protección administrativa que generó la *Ley General de Patrimonio Histórico* 16/1985 y la Ley 4/1990 de Patrimonio de Castilla-La Mancha.

En primer lugar, cabe destacar que la Administración intentó renovar las moribundas comisiones provinciales de monumentos y de antigüedades (Maier, 1998: 37) como reforma de los cauces de salvaguarda del Patrimonio, pero ha adolecido de especialistas arqueológicos. No obstante, la presencia en la *Comisión de Monumentos* (dependiente de la Dirección General de Bellas Artes) y en la *Comisión de Patrimonio* (de la administración regional) del canónigo de Villahermosa J. Coronado Jiménez y del aparejador infanteño V. López Carricajo, éste como Académico Correspondiente de Bellas Artes, hicieron posible el advenimiento de Infantes como *Conjunto Histórico Artístico* en 1974. A partir de 1985 la Real Academia de la Historia volvió a reestablecer los cuatro correspondientes por Ciudad Real, de los cuales tres están directamente relacionados con varias publicaciones relativas al Campo de Montiel, desde la Antigüedad –a través de la variación y dispersión romana de G. Carrasco (*vid. supra*)– hasta la gestación y esplendor de la comarca santiaguista en A. Madrid Medina (1989) y Fr. F.J. Campos Fernández de Sevilla (1972; 2004). Sin embargo, no será hasta 1992 cuando A. Pretel, medievalista que ha tratado la parte alcaraceña de la altiplanicie, ha accedido a la Academia por Albacete.

Desde el punto de vista del Pasado más remoto que sólo puede rastrearse con técnicas arqueológicas, los años 80 es la década de proliferación de los proyectos personales de jóvenes arqueólogos que, no estando vinculados directamente a la universidad, encauzan sus iniciativas a través del *Instituto de Estudios Manchegos* y del *Museo Provincial de Ciudad Real*, instituciones en plena expansión tras su fundación en 1947 y en 1976/1982 respectivamente (García Huerta, 1999). En estos momentos, la Escuela Universitaria de Magisterio y los primeros directores del Museo Provincial, como R. García Serrano o A. Caballero Klink (1984), fueron motores del panorama investigador bien en excavaciones, bien publicando resultados (Masa *et alii*, 1987: 27) y, sobre todo, creando en torno a la sede de Ciudad Real un espacio de reunión de estudiantes y licenciados manchegos que comenzaban a difundir sus trabajos en revistas universitarias, en los *Cuadernos de Estudios Manchegos* o de la prensa provincial (Alañón, 1982; Espadas y Barba, 1983). Muy especialmente destaca, a pesar de su efímera existencia, la revista del Museo *Oretum*, cuyos tres números (1985-1987) pusieron de manifiesto la profesionalización de los estudios etnográficos, históricos y arqueológicos en la provincia y la necesidad de un espacio de expresión de los mismos.

Otro evento tan significativo para el estudio y contraste de yacimientos y materiales arqueológicos del Campo de Montiel en el ámbito académico fue la celebración en 1985 del primer (y único) *Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, dado que se celebró en Ciudad Real. La ocasión sirvió para la inclusión de numerosas comunicaciones de una nueva promoción de historiadores cuyas temáticas abordaban cuestiones específicas de la altiplanicie (Espadas, 1988) o, cuanto menos, que se servían de referencias comarcales para la creación de marcos culturales más amplios (Poyato y Galán,

1988; Ruiz Mateos, 1988): la arqueología de la altiplanicie comenzó a ser un tema de interés en sí mismo con noticias puntuales y con proyectos de estudio sistemático, como el “Estudio arqueológico del Campo de Montiel” de J. Pérez Avilés (1985) o las incursiones de A. García de la Dueña (1982) y de Espadas Pavón (1984) acerca del Paleolítico y de la Prehistoria Reciente (Ciudad Serrano, 1986: 10). En ellos estaba la continuidad de la investigación en yacimientos como *el cerro de las Cabezas* (Valdepeñas) (Vélez Rivas y Pérez Avilés; 1987; Pérez Avilés y Vélez Rivas, 1994) o como *el Castillón* (Villanueva de los Infantes).

Desde entonces, la iniciativa científica en la comarca descansa en la voluntad de nuevas generaciones de arqueólogos independientes que, sin un respaldo firme –financiero y formal– por parte de institución alguna, difícilmente se pueden enfrentar al diseño de un Plan Director a largo plazo en el que se estipulen partidas y tiempos de investigación, excavación, musealización y divulgación de los yacimientos. Por ello se ha encontrado en la prospección sectorial una vía rápida de conocimiento de áreas comarcales, bien por el mero hecho de registrar con cartas arqueológicas el Patrimonio desconocido, bien por contextualizar especiales (Ruidera), por afán investigador o en las que hay excavaciones, como es el caso de Albaladejo (1977), Infantes (1982), Almedina (1987), Torre de Juan Abad (1996) o Villanueva de la Fuente (Montaña, 1977; Espadas, 1984; Pérez Pérez, 1987: 206 y s., Ocaña y Gómez, 2000; Barrio y Maquedano, 2000: 72), o por seguimientos de obras públicas, como el gasoducto Puertollano-Cartagena o la instalación de aerogeneradores en la zona de El Bonillo (López *et alii*, 2001). De forma más o menos conjunta, el Campo de Montiel ha sido prospectado en dos grandes proyectos: en primer lugar, por el llevado a cabo por la UCLM (García Huerta *et alii*, 1994: 24), el cual no pudo constatar numerosos yacimientos comarcales por la destrucción de los mismos y porque otros pertenecían al imaginario colectivo. En última instancia, en este siglo XXI las distintas mancomunidades políticas de la altiplanicie están finalizando también sus respectivas cartas arqueológicas.

En cuanto a las campañas de excavación de finales del siglo XX y principios del actual, éstas se apoyan en el creciente interés y control sobre el Patrimonio Histórico de algunos equipos de gobierno en los que hay participación de eruditos locales o de asociaciones locales; en los hallazgos fortuitos; y en la movilización de jóvenes y de desempleados dentro de unos parámetros netamente científicos. En este momento, la cobertura legal nacional y regional ampara la creación de normativas locales en materia de protección de yacimientos que, como en Villanueva de la Fuente en 1997 (Barrio y Maquedano, 2000: 71), han resultado efectivas.

El proyecto más antiguo de la altiplanicie comenzó en la villa tardorromana de *Puente de la Olmilla* (Albaladejo) en 1973 y, tras campañas intermitentes (1974-1980, 1985-1990), rescató los mosaicos y sacó a la luz la planta, pero ha quedado abandonada sin musealización (Puig y Maluquer, 1975; Masa *et alii*, 1987: 25 y ss., García Bueno, 2000). Pero el proyecto más o menos continuado hasta hoy es el llevado a cabo en el denominado como *Entorno Arqueológico Jamila* de Villanueva de los Infantes, encabezado por J.J. Espadas, que ha intervenido con prospecciones y excavaciones desde mediados de los años 80 en distintos yacimientos, entre los que destacan los de *El Castillón* (1984-1986), *Jamila* (1997-1999) y *Puente de Triviño* (2000-2001, 2005-2006), sobre los que se

constata con análisis tipológicos y de territorialidad el importante poblamiento del Alto valle del río Jabalón desde la Prehistoria Reciente. La tradicional temática de las vías de comunicación adopta nuevos planteamientos y metodologías de trabajo, del mismo modo que se desarrolla paralelamente su consolidación y adecuación a la visita pública. En casos como el del edificio columnado de *Jamila* es más evidente el avance de la ciencia con la discusión científica que ha generado su compleja estratigrafía (Espadas, 2000b; García Bueno, 2003).

La irrupción de Luis Benítez de Lugo (UNED-Valdepeñas) en el sur de la comarca ha sido reciente y especialmente positiva en los yacimientos del *Castillejo de Bonete* (Terrinches) y de *Mentesa* (Villanueva de la Fuente), donde el trabajo multidisciplinar de distintos especialistas, como en el caso del núcleo iberorromano, ha sido inmediatamente publicado y va por su segunda edición (2001). Es ejemplo de planificación (Benítez de Lugo y Gómez, 1998) y del rendimiento científico inicial que se debe extraer a las campañas de excavación con la exposición de datos hasta ahora inéditos en la zona como trazas paleopatológicas, reconstrucciones paleoambientales (Garcés, 2000), etc. La creación de una exposición permanente y la musealización in situ de lo descubierto en el casco urbano así lo manifiestan.

Al norte de la comarca, la ingente cantidad de materiales arqueológicos de prácticamente todas las épocas que arrojan las tierras de Alhambra no ha sido canalizada por ninguna planificación institucional. La intervención de arqueólogos es constante en la desafección de hallazgos o en el control de obras públicas pero, tal y como constata su Museo Local, es a todas luces insuficiente en un núcleo tan prolífico y en un término municipal tan amplio. Al naciente, la zona lacustre de Ruidera está siendo investigada desde finales del siglo XX esencialmente en sus fases calcolíticas y de la Edad del Bronce con ambiciosos estudios territoriales y sondeos de excavación (López y Fernández, 1994; Ocaña, 2000).

Para finalizar este epígrafe se debe resaltar la incorporación a finales del siglo XX de una nueva forma de control, investigación y divulgación del Patrimonio Arqueológico: la empresa arqueológica. Demandada por la Administración regional y local y por particulares, por su propia definición aún interés científico y lucro económico. Se trata de una peligrosa combinación, dinero y filantropía, que ha dejado muestras suficientes de su dispar eficacia tanto en excavación como en prospección, sobre todo si se atiende a su escasa fuerza efectiva, a las presiones en los controles arqueológicos, a los recursos técnicos y humanos empleados y a otras cuestiones que se contraponen, desde su raíz, con lo que debería ser el estudio del Pasado. Valgan de ejemplos los interesantes resultados paleolíticos publicados por el equipo de M. López Recio y J. Morín de Pablos (López *et alii*, 2001; 2005 e.p.) con motivo de la instalación de un parque eólico en El Bonillo, El Balletero y Lezuza y, por contra, el caso de la necrópolis iberorromana del *Camino del Matadero* de Alhambra. En este último espacio se habían documentado en 1989 y 1996 enterramientos y cerámicas datables desde el siglo IV a.C. (Fernández Rodríguez y Serrano, 1995; Gómez, 2000: 214). Tras el seguimiento de obras se llegó a publicar que se trataba de un yacimiento estéril (Benítez de Lugo, 2000: 11), pero, al poco, vecinos de la localidad recuperaron de los escombros, entre otros, la escultura en arenisca del león que atrapa una cabeza humana que hoy día se expone en el Museo de Alhambra y que, en efecto, correspon-

de al programa iconográfico habitual de contextos funerarios ibéricos.

3.- Periodización aproximada y recapitulación final

Con el presente artículo se pretende contribuir al conocimiento de la evolución de la investigación arqueológica y la construcción de la Historia de la Arqueología en una comarca del centro-sur de la Península Ibérica. No se ha tratado de exponer exhaustivamente toda la bibliografía relativa al Campo de Montiel y ni mucho menos es sencillo el reducir a meras categorías de análisis y a etapas cronológicas estancas obras de tan distinto origen, intención y autoría. Es evidente que quedan numerosas preguntas sin resolver, datos por especificar, fuentes que leer y personas con las que hablar.

Como toda conmemoración, el centenario de Antonio García y Bellido en su localidad natal es un acto puramente historiográfico es sí mismo. Tal es así que, recordando a un maestro de su talla, es probable que no haya mejor marco para desandar el camino que ha posibilitado asentar a la Arqueología como un medio de conocimiento del Pasado de la altiplanicie montieleña. No hay intención alguna de establecer una comparativa entre la obra de García y Bellido (40 libros y unos 400 artículos) y el total de publicaciones alusivas a los datos arqueológicos de la comarca: las trayectorias no son equiparables y, de serlo, bien destaca el hecho de que, en 69 años, aquél tuvo más producción científica que la recibida por el Campo de Montiel en más de dos siglos.

La complejidad de los procesos de construcción histórica es una realidad poliédrica en la que el ejercicio de síntesis puede caer en simplificaciones reduccionistas, como si las personas y su condicionantes psicológicos, familiares, profesionales o espacio-temporales marcharan al unísono y coherentemente. Si esto sucede cuando analizamos épocas recientes y personajes de los que conocemos numerosos datos de su vida y obra, qué no se puede manipular cuando el objeto de estudio es una sociedad desaparecida hace cuatro mil años. Es por ello que analizar cómo se ha hecho Historia en el Campo de Montiel en el siglo de Bellido, sin ningún estudio anterior que aporte algo de luz, implica retrotraer las raíces, al menos, tres siglos antes. De esta forma se hace más evidente cómo las vidas y obras de aficionados, eruditos, historiadores o arqueólogos se entrelazan, separan, avanzan vertiginosamente o se frenan en seco. Preciencia, Ciencia y Pseudociencia conviven y se transmiten información constantemente.

A grandes rasgos, en el altipais podrían definirse cuatro grandes etapas, las cuales a su vez se pueden dividir en otras subfases en función del aspecto que se trate. Un hecho relevante es que cuanto más nos acerquemos al momento actual, los cambios –mentales, legislativos, metodológicos, etc.– son más rápidos, obteniéndose como resultado que las tres últimas fases tengan lugar en el siglo XX. En este sentido, el que una sola primera etapa dure tanto (siglo XVI-1912) da pie a contemplar en su final el desarrollo de nuevos movimientos críticos con las noticias y crónicas que la caracterizan. La progresiva racionalización ilustrada atemperó el interés por las antiguallas y por dotar de un Pasado prestigioso a la comarca tan propio del Renacimiento en sectores eclesiásticos, pero el caldo de las invenciones y del desconocimiento es tan transversal en el momento en el que se genera como

vertical en el tiempo que ha perdurado. Basta extrapolar a toda la comarca lo dicho por Madoz (1850: 224) de la antigüedad de Infantes de que “*aquí se ha hecho más por contar novedades que por descubrir acontecimientos de autenticidad*”. Sin embargo, aún dentro de la tradición temática y procedimental anticuaria, la actividad que genera la Real Academia de la Historia dentro y fuera de sus paredes promueve un dinamismo desconocido en la descripción de materiales del Campo de Montiel y de lugares por parte de eruditos locales y de académicos. Buen ejemplo es la visita de F. Fita a Alhambra el año del nacimiento de Don Antonio.

En línea con lo anterior, es palpable que la desarticulación de la Academia y las reformas legislativas de 1911 y 1912 dan inicio a una segunda fase que durará hasta el final de la Guerra Civil. De una parte, la comisión provincial reduce su actividad sin que haya una coordinación efectiva por parte de la Administración central ni provincial; pero, de otra, en 1912 aparecen las primeras noticias de elementos prehistóricos en Cózar, toda una novedad en la temática. No obstante, llama la atención que teniendo lugar en el último decenio del siglo XIX y principios del XX la intensificación vitivinícola de la región (Jessen, 1946b: 482 y s.), un intenso programa de infraestructuras y un gran crecimiento demográfico (Graf. 1), esta época se caracterice por una caída de los estudios y publicaciones en el Campo de Montiel, sólo mitigados por algunos hallazgos.

La contienda nacional es un referente cronológico inexcusable. El regreso a la “normalidad” en 1940 pone sobre la mesa el primer libro publicado de Historia Local de la zona (La Solana), pero implica coartar la profundidad de ciertos aspectos, tanto de recursos como de interpretación. Los temas relativos al folclore y los últimos hallazgos, herederos de la etapa anterior, aparecen como base de los estudios históricos, pero el panorama científico se recuperaba (*Hispania Graeca*, 1948) y el cambio generacional estaba en marcha: desde mediados de la década de 1950 el espacio del Campo de Montiel comenzará a ser objeto de marchas, visitas y de recapitulaciones, como la de 1971 de Manuel Corchado. El cambio generacional también alcanzaría a García y Bellido en 1972.

En cuestión de diez años, hacia 1982, momento en el que podría ubicarse imaginariamente la última de las grandes fases, se pone en práctica la metodología arqueológica desde fuera y dentro de la comarca. Esta podría aparejarse a la fase que propone García Huerta (1999) en torno a 1975 a raíz de la intervención en *Oreto*, pues la primera gran excavación moderna de la altiplanicie en la villa tardorromana de *Puente de la Olmilla* (Albaladejo) tuvo lugar en 1973, pero desgraciadamente, a su vez, la herencia anticuaria también se hace patente en la actitud furtiva de algunas personas y en la proliferación de colecciones privadas. Tal tendencia se ha ido sustituyendo en colaboración de la sociedad con la Administración y con los distintos proyectos arqueológicos existentes en la comarca hasta el punto de ser esta base social la que en muchos casos acondiciona la investigación científica.

El inicio de la última fase se trata de un fenómeno de convergencia de factores de distinta procedencia que favorecieron conjuntamente el primer impulso de la práctica arqueológica. Entre ellos coincide el nacimiento en 1981 de la región castellanomanchega, una región con necesidad de reorganizar su Pasado, y el Museo Provincial de Ciudad Real (1976/1982), en aquellos días un generador de actividad. La situación fue espoleada por el empuje a nivel nacional de la Arqueología, por la legis-

lación de Patrimonio que se pone en marcha (1985) y por las nuevas hornadas de arqueólogos procesuales. Aquellos jóvenes, prehistoriadores, romanistas o medievalistas, son hoy día los directores de las excavaciones sistemáticas de Ciudad Real y del Campo de Montiel, a los que se han sumado, con aires renovados, nuevas promociones universitarias, entre las que me permito incluirme (Moya, 2004a).

Un hecho significativo para una ciencia es el momento en el que analiza su trayectoria y sopesa las dificultades y los avances de los trabajos realizados hasta el momento. Esta situación se da en la Ciudad Real de los años 80 de forma general, por lo que, de forma más o menos exitosa, con esta aportación sobre el Campo de Montiel se pretende avanzar un peldaño más en su conocimiento. Como resultado más evidente se aprecia que los distintos ritmos de trabajo y tendencias en la Arqueología española –escuelas, metodologías, etc.–, que a priori pueden considerarse monolíticos y simultáneos para toda la Península, son marcos generalistas que tienen en zonas como el Campo de Montiel otro ejemplo de arritmia.

No se trata de que no haya hallazgos o de que sea una tierra de paso inhóspita, sino de que todo radica en el modo y la frecuencia de transmisión a instancias capacitadas para intervenir en caso de emergencia arqueológica y en la propia concienciación de arqueólogos e historiadores en que su actividad debe desarrollarse de cara a la sociedad. En el panorama bibliográfico se aprecian distintos grados de exhaustividad en la presentación de yacimientos, pero sin más análisis de relación con el resto del territorio o sin plantear hipótesis que involucren al yacimiento en su entorno. Además, la divulgación histórica y arqueológica que no han hecho los especialistas ha sido una de las principales labores cuya ausencia, sui generis, han tratado de paliar los eruditos locales⁵³. Merece por ello la pena acabar con la cita de otro Académico de la Historia de Villanueva de los Infantes, F. J. Campos (1999: 1089), todavía en activo, y que bien puede reflejar el compromiso que el Campo de Montiel tiene con su arqueología y con su Patrimonio:

“De Infantes se ha hecho un mito –escudos, palacios, iglesias, Quevedo, Sto. Tomás...–, y siempre se recurre a él como forma de evadir las responsabilidades presentes, cuando precisamente ese pasado glorioso que citamos nos acusa”.

NOTAS

¹ Pedro Muñoz, El Toboso, Miguel Esteban, Puebla de Almuradiel, Quintanar de la Orden y con cabeza en Campo de Criptana.

- ² Fuente: Censo a 1/1/2004. Página web del Ministerio de Administraciones Públicas (acceso 25/VIII/2004).
- ³ Albaladejo, Alcubillas, Alhambra, Almedina, Carrizosa, Castellar de Santiago, Cózar, Fuenllana, Membrilla, Montiel, Ossa de Montiel, Puebla del Príncipe, Ruidera, Santa Cruz de los Cañamos, La Solana, Terrinches, Torre de Juan Abad, Torrenueva, Villahermosa, Villamanrique, Villanueva de los Infantes y Villanueva de la Fuente.
- ⁴ San Carlos del Valle.
- ⁵ El Balletero, El Bonillo, Povedilla, El Robledo, Viveros y parte de Alcaraz y Munera.
- ⁶ Tomás López (1763): *Villanueva de los Infantes (Ciudad Real) (Alrededores). Mapas generales*. Biblioteca Nacional de España, Ms. 7293. Sala Cervantes, fols. 348 y ss.
- ⁷ *Idem.*, fol. 355r
- ⁸ ROMÁN DE LA HIGUERA, J. (ca. 1584-1598): *Historia Eclesiástica de la Ymperial Ciudad de Toledo*, Biblioteca Nacional de España, Ms. 6939, fol. 173r
- ⁹ *Ibid.*, fol. 178r
- ¹⁰ *Archivo de la Real Academia de la Historia (ARAH), Comisión de Antigüedades (CA), Inscripciones (I), Ciudad Real (CR)*, 9/3941/02(2), fol. 4
- ¹¹ ARAH CAI-CR/9/3941/04(02), fol. 5
- ¹² *Ibid.* fol. 5
- ¹³ ARAH CA-G/9/7980/034(066), fol. 1r
- ¹⁴ ARAH 9/7567/1/17
- ¹⁵ ARAH CAAC/1803/05/20
- ¹⁶ ARAH CAI-CR/9/3941/02(5)
- ¹⁷ ARAH CAI-CR/9/3941/2(02)
- ¹⁸ ARAH CAI-CR/9/3941/04(4)
- ¹⁹ *Vid.* nota 17.
- ²⁰ ARAH CAI-CR/9/3941/04(3)
- ²¹ ARAH CAI-CR/9/7950/03(1), fol. 2v
- ²² ARAH CAI-CR/9/3941/2(03)
- ²³ ARAH, Gabinete Numario (GN) 1834/4(2)
- ²⁴ ARAH CAI-CR/9/3941/02(04)
- ²⁵ ARAH 9/7373/52
- ²⁶ *Vid.* nota 13 y ARAH CAG/9/7980/034(074), fol. 1r
- ²⁷ ARAH CAG/9/7980/034(074), fol. 1r
- ²⁸ ARAH 9/7373/60
- ²⁹ ARAH 9/7373/65
- ³⁰ ARAH GN/1863/6(02)
- ³¹ ARAH CA-CR/9/7950/1
- ³² ARAH 9/7373/63
- ³³ ARAH CAG/9/7980/034(078)
- ³⁴ ARAH GN/9/1865/2 (1)
- ³⁵ ARAH CAG/9/7980/034(141) y ARAH GN/9/1865/6
- ³⁶ ARAH CA-CR/9/7950/3
- ³⁷ *Vid.* nota 17.
- ³⁸ *Vid.* nota 18.
- ³⁹ *Vid.* nota 23.
- ⁴⁰ *Vid.* nota 27, fol. 3
- ⁴¹ ARAH 9/3920/20/49
- ⁴² ARAH 9/7373/67
- ⁴³ *Vid.* nota 15.
- ⁴⁴ *Vid.* nota 42.

⁴⁵ *Vid.* nota 33, fol. 1v.

⁴⁶ *Vid.* nota 28.

⁴⁷ ARAH CAI-CR/9/3941/02(11), fol. 3v

⁴⁸ *Vid.* nota 13.

⁴⁹ *Vid.* nota 18, (3)

⁵⁰ *Vid.* nota 23.

⁵¹ *Vid.* nota 32.

⁵² “ADVERTENCIA: Este libro ha pasado por la censura eclesiástica y en carta de ésta a su autor se hacía constar que podía imprimirse por no contener nada que directa o indirectamente atacase a la fe y a la moral. Hoy de nuevo su autor hace protesta de fe, poniendo desde la primera hasta la última letra de este pequeño trabajo a la disposición de las dignidades de nuestra Santa Madre Iglesia Católica, y dispuesto siempre a corregir y enmendar lo que Ella dispusiese”.

⁵³ A ellos –Paulino, Quintiliano, Paco, Daniel, Ramón, Amelie– y todos los demás agradezco la información prestada sin la que, una vez más, la Historia no podría reconstruirse.

BIBLIOGRAFÍA

- PLINIO EL VIEJO: *Historia Natural. Libros III y IV*. Trad. de A. Fontán *et alii*. Biblioteca clásica Gredos, 250. Ed. Gredos. Madrid.
- S/A (1990): *Ferías y fiestas. 25 al 30 de agosto*. Ayuntamiento de Villanueva de los Infantes. Villanueva de los Infantes.
- AA.VV. (1981): *Actos conmemorativos del IV centenario del nacimiento de D. Francisco de Quevedo y Villegas. Octubre-noviembre de 1980*. Ayuntamiento de Villanueva de los Infantes. Villanueva de los Infantes.
- ACEDO, M. (1928): *Paleografía. Catálogo de las inscripciones romanas del antiguo Reino de Jaén*. Imprenta de M. Hurtado. Jerez de la Frontera.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. DE (MARQUÉS DE CERRALBO) (1912): “Un monumento protohistórico que existe en el término municipal de Cózar”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXI: 215-220.
- AGUIRRE ANDRÉS, A. (1948): “Hallazgos arqueológicos realizados recientemente. Yacimiento prerromano en las cercanías de Alhambra”. *Albores de Espíritu*, 20: 120.
- (1948): “Hallazgos arqueológicos realizados recientemente en al provincia de Ciudad Real”. *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 2: 117-130.
- AGUIRRE PRADO, L. (1963): *Geografía del Quijote*. Temas Españoles, 440. Publicaciones españolas. Madrid.
- ALANÓN FLOX, L. (1982): “Hallazgos arqueológicos en la cuenca del Azuer”. *Diario Lanza*, 6-X-1983: 6.
- (1988): “Prehistoria y arqueología de San Carlos del Valle (Ciudad Real)”. En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Vol. 1. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Ciudad Real. pp. 139-197.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. y CEBRIÁN FERNÁNDEZ, R. (2005): *Manuscritos sobre antigüeda-*

- des de la Real Academia de la Historia. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. y GIMENO PASCUAL, H. (2000): *Epigrafía Hispánica*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ALFÖLDY, G. (1987a): "Epigraphica Hispanica IX. Inschriften aus Ciudad Real". *Zeitschrift Für Papyrologie Und Epigraphik*, 67: 225-248.
- (1987b): *Römisches Städtewesen auf der Neukastilischen Hochebene. Ein Testfall für die Romanisierung*. AbhHAW, 3. Heidelberg.
- ALMAGRO GORBEA, M. (2002): "La Real Academia de la Historia y la Arqueología española". En S. Quero y A. Pérez (2002): *Historiografía de la Arqueología española. Las Instituciones*. Museo de San isidro. Madrid. pp. 47-81.
- ALONSO SIERRA, L. (1988): "Experiencias con el grupo número 42". En *II Congreso Joven de Historia de Castilla-La Mancha. Actas, 13. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha*. pp. 483-490.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, F. (1945): "El Tesoro Ibérico, de plata, procedente de Torre de Juan Abad (Ciudad Real)". *Archivo Español de Arqueología*, XVIII (60): 205-211.
- AMADOR FRESNEDA, J.A. (1998): *Historia de Villanueva de la Fuente. Memoria gráfica*. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- ARCE MARTÍNEZ, J. (1991): "A. García y Bellido y los comienzos de la Historia Antigua en España". En J. Arce. y R. Olmos (coords.): *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España: (siglos XVIII-XX)*. Madrid, 1988. Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Madrid. pp. 209-211.
- ARCE MARTÍNEZ, J. y OLMOS ROMERA, R. (coords.) (1991): *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España: (siglos XVIII-XX)*. Madrid, 1988. Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Madrid.
- ARIAS BONET, G. (1965): "En busca de la vía de Laminio a Toledo". *Miliario Extravagante*, 10: 258-261.
- (2000): "La ruta de los Vasos Apolinares: una propuesta de turismo cultural". En M. Criado de Val (dir.): *Actas del V Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*. Valencia, 2000. Vol. 1. Patronato "Arcipreste de Hita", Biblioteca Valenciana, Instituto de Lengua Española del C.S.I.C. Ed. AECE. Madrid. pp. 1307-1322.
- (2001): "Apostillas obligadas". *Miliario Extravagante*, 77: 32.
- ARIAS RIERA, M. E. (1993): *Restauración Estudio cabeza zoomorfa arenisca ibérica. Necrópolis del camino del Matadero*. Inédito.
- ARTOLA GALLEGO, M. (1987): "Pascual Madoz". *Boletín Informativo. Fundación Juan March*, 168: 3-16.
- BARATTA, G. (2001): *Il culto di Mercurio nella Penisola Iberica*. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- BARRIO ALDEA, C. Y MAQUEDANO CARRASCO, B. (2000): "La necrópolis calcolítica de Cerro Ortega (Villanueva de la Fuente, Ciudad Real)". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de trabajo y actuaciones recientes*. UNED. Valdepeñas. pp. 67-86.
- BENDALA GALÁN, M. *ET ALII* (eds.) (2005): *La arqueología clásica peninsular ante el tercer milenio. En el centenario de A. García y Bellido (1903-1972)*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 34. CSIC. Madrid.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. (1997): "Hallazgo de restos arqueológicos en Villanueva de la Fuente (Ciudad Real)". *Revista de Arqueología*, 193: 58-59.
- (2000a): "El registro arqueológico en Alhambra (Ciudad Real)". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 23-24: 9-25.
- (coord.) (2000b): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de Trabajo y actuaciones recientes*. UNED. Valdepeñas.
- (coord.) (2001): *Mentesa Oretana. 1998-2000*. Anthropos S.L. Ciudad Real.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. y GÓMEZ LAGUNA, A. (1998): "Buscando a Mentesa Oretana (II), Presentación de un Plan Integral de Gestión del Patrimonio Arqueológico en Villanueva de la Fuente (Ciudad Real)". En *II Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Cuenca. Inédito.
- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. y RODRÍGUEZ MORENO, A. (1999): "Los enterramientos tardorromanos de El Calar de la Vega". En *XXIV Congreso de Arqueología Nacional*. Cartagena, 1997. Vol. 4. Murcia. pp. 611-622.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., ÁLVAREZ, H.J., MOLINA, M. y MORALEDA, J. (2005): "Consideraciones acerca del Bronce de la Mancha a partir de la cueva prehistórica fortificada del Castillejo del Bonete (Terrinches, Ciudad Real). Campañas 2003-2005". En *I Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*. Cuenca, 2005. Inédito.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., ESTEBAN, G. y HEVIA, P. (2004): *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d.C.)*. C&G. Puertollano.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., GÓMEZ, A. y TORMO, M. (2000): "Primeros resultados de las excavaciones arqueológicas sistemáticas en Villanueva de la Fuente". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de trabajo y actuaciones recientes*. UNED. Valdepeñas. pp. 167-190.
- BELTRÁN Y RÓZPIDE, R. (1905): "Apéndice: la geografía en 1904". *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, XLVII: 1-187.
- BELTRAN FORTES, J. y GASCÓ LA CALLE, F. (eds.) (1993): *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*. Imp. Ant. Pinelo. Sevilla.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. (1990): "La vía Heraklea y el camino de Anibal. Nuevas interpretaciones de su trazado en las tierras del interior". En AA. VV.: *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana*. Tarazona, 1987. Institución Fernando el Católico. Zaragoza. pp. 65-76.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y PÉREZ RUÍZ, M. (eds.) (2004): *Antonio García y Bellido. Miscelánea. Serie Varia, 5*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA, A. (1892a): "Nuevo estudio sobre el Itinerario de Antonio". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, XXXIII: 201-275.
- (1892b): "Vías romanas de la provincia de Ciudad Real". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, XXXII: 366-382.
- (1898): *Historia de la provincia de Ciudad Real*. Tip. de Cayetano González Hernández. Ávila.
- (1896): "Historia de la provincia de Ciudad Real desde los tiempos remotos hasta la invasión

- de los árabes". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, 38: 7-48 y 80-118.
- (1905): "La Mancha en tiempos de Cervantes". *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, XLVII: 307-333.
- BLÁZQUEZ Y DELGADO AGUILERA, A. y BLÁZQUEZ JIMÉNEZ, A. (1923): *Vías de Sigüenza a Zaragoza, de Alhambra a Zaragoza, del Vierzo a Lugo, de Lugo a Betanzos, de Betanzos a Padrón y de Padrón a Lugo*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 52. Imp. De la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1982): *Mosaicos romanos de la Real Academia de la Historia. Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca*. Instituto Rodrigo Caro. CSIC. Madrid.
- BOSCH GIMPERA, P. (1974): *Paleoetnología de la Península Ibérica: colección de trabajos sobre los celtas, iberos, vascos, griegos y fenicios*. Akademische Druck. Graz.
- BOULVERT, G. (1974): *Domestique et fonctionnaire sous le Haut-Empire Romain*. Les Belles Lettres. Paris.
- CABALLERO KLINK, A., GARCÍA SERRANO, R., CIUDAD SERRANO, A. (1984): *Catálogo de bibliografía arqueológica de la provincia de Ciudad Real*. Museo Provincial de Ciudad Real. Ciudad Real.
- CABALLERO Y MORGAEZ, F. (1905): "Mapa del Campo de Montiel". *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, XLVII: 76-77.
- CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J. (1972): "Villanueva de los Infantes en las relaciones de Felipe II". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 3: 109-131.
- (1986): *La mentalidad en Castilla La Nueva en el siglo XVI. Religión, economía y sociedad según las 'Relaciones Topográficas' de Felipe II*. Eds. Escorialenses. Madrid.
- (1999): "Notas sobre Villanueva de los Infantes en la primera mitad del siglo XVI". *Anuario Jurídico y Económico Escorialense*, XXXII: 1059-1090.
- (2004): *Los pueblos de Ciudad Real en las 'Relaciones Topográficas' de Felipe II*. Instituciones escorialenses de investigaciones históricas y artísticas, 21. Eds. Escorialenses. San Lorenzo del Escorial.
- CAMPOS PLAZA, N. y HERRERO CECILIA, J. (1991): *Ciudades y paisajes de la Mancha vistos por viajeros románticos (Ciudad Real y Toledo)*. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- CARRASCO SERRANO, G. (1986): "Fuentes de la época clásica relativas a la viaria romana de la provincia de Ciudad Real". *Stylus. Cuadernos de filología*, 1: 33-40.
- (1987): "Los itinerarios y la red de comunicaciones romanas de la provincia de Ciudad Real". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 17: 25-39.
- (1990a): "La Oretania romana: Aportación a su conocimiento". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 20: 129-140.
- (1990b): "Introducción al estudio de las vías romanas de la provincia de Ciudad Real. Fuentes antiguas itinerarias". En AA. VV.: *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana*. Tarazona, 1987. Institución Fernando el Católico. Zaragoza. pp. 85-94.
- (1996): "Viaría romana del ámbito provincial de Ciudad Real: bases para su análisis". En M. Criado del Val (dir.): *Actas del II Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*. Madrid-Alcalá-Pastrana-Guadalajara, 1994. Dirección General de Relaciones Culturales, Dirección General de Carreteras, Diputación de Guadalajara, CEHOPU-CEDEX. Ed. AECHE. Madrid. Tomo I. pp. 71-84.
- (2000): "Vías romanas y mansiones en el territorio provincial de Albacete". En M. Criado del Val (dir.): *Actas del IV Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*. Guadalajara, 1998. Dirección General de Relaciones Culturales, CEHOPU-CEDEX, Ministerio de Educación y Cultura, Diputación de Guadalajara. Ed. AECHE. Madrid. Tomo I. pp. 91-102.
- (2002): "Aportación al análisis del poblamiento romano en el Campo de Montiel". *Hispania Antiqua*, XXVI: 199-210.
- CAVALLERÍA Y PORTILLO, F. DE LA [1751] (1987): *Historia de Villa-Robledo*. Ed. de A. Pretel. Ed. facsímil. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- CATALINA, S. (1854): "Documentos inéditos relativos a Quevedo". *Semanario pintoresco español*, 12-II-1854: 50-52.
- CEÁN BERMÚDEZ, J.A. (1832): *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España en especial las pertenecientes a las Bellas Artes*. Imprenta de Miguel de Burgos. Madrid.
- CEBRIÁN FERNÁNDEZ, R. (2002): *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Antigüedades e Inscripciones. 1748-1845. Catálogo e índices*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. y BARRIL VECENTE, M. (1997): "El Marqués de Cerralbo: un aficionado que se institucionaliza". En G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Actas del II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX). Madrid, 1995. Universidad de Málaga. Málaga. pp. 515-528.
- CHAVES, B. (1975): *Apuntamiento legal sobre el dominio solar de la Orden de Santiago en todos sus pueblos*. Reimp. Eds. El Albir. Barcelona.
- CIUDAD SERRANO, A. (1984): *Estado actual de la investigación del Paleolítico en la provincia de Ciudad Real*. Colección *Museo de Ciudad Real*, 13. Instituto de Estudios Manchegos- Museo Provincial de Ciudad Real. Ciudad Real.
- (1986): *Las industrias de cantos tallados en Ciudad Real. Aportación al Achelense Inferior de la submeseta Meridional*. Colección Museo de Ciudad Real, 16. Instituto de Estudios Manchegos- Museo Provincial de Ciudad Real. Ciudad Real.
- CIUDAD, A., GARCÍA, R. y CABALLERO, A. (1982): "Contribución a un mapa del Paleolítico Inferior y Medio en la provincia de Ciudad Real". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 7-8: 7-37.
- COELLO Y QUESADA, F., (1889): "Vías romanas entre Toledo y Mérida". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XV: 5-42.
- COLÓN, F. [1517] (1988): *Descripción y Cosmografía de España*. Tomo II. Padilla Libros. Sevilla.
- CONTRERAS DE LA PAZ, R. (1961): "La Oretania. Síntesis histórico-geográfica de la región ibero romana". *Oretania*, 8-9: 66-71.
- CORCHADO SORIANO, M. (1963): "Pasos naturales y antiguos caminos entre Jaén y La Mancha". *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 38: 9-40.
- (1969): "Estudio sobre las vías romanas entre el Tajo y el Guadalquivir". *Archivo Español de Arqueología*, XLII: 124-158.
- (1971): *Avance de un estudio geográfico-histórico del Campo de Montiel*. Instituto de

- Estudios Manchegos. Ciudad Real.
- (1981): *Caminos recorridos por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz en La Mancha*. Instituto de Estudios Manchegos. Ciudad Real.
- CORELL VICENT, J., (1996): "Dedicatoria a Mercurio hallada en Alhambra (Ciudad Real)". *Ficheiro Epigráfico*, 52: nº 234.
- CORTADELLA MORRAL, J. (1997): "La formación académica de Bosch Gimpera: de la filología griega a la protohistoria peninsular". En J. Arce. y R. Olmos (coords.): *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España: (siglos XVIII-XX)*. Madrid, 1988. Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Madrid. pp. 161-166.
- CORTÉS Y LÓPEZ, M (1836): *Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua*. Madrid.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1987): "Un acercamiento historiográfico al Tartesso de Schulten". *Baetica: Estudios de Arte, geografía e Historia*, 10: 227-240.
- DELEITO PIÑUELA, J. (1963): *El rey se divierte*. Altaya. Barcelona.
- DÍAZ MUÑOZ, M.A. y MARÍN MADRID, F. (1999): "Los paisajes del Campo de Montiel", en *Jornadas sobre Pedro I y el Campo de Montiel*. Montiel, 1999. Universidad Popular de Montiel- Instituto de Estudios Manchegos. Inédito.
- DOMINGO PUERTAS, L.A. (2000): "En torno al problema de la localización de Laminiun: algunas aportaciones". *Historia Antiqua*, XXIV: 45-63.
- (2001): "La ciudad iberorromana de Laminiun: evolución y municipalización". *Historia Antiqua*, XXV: 151-170.
- (2002): "Religión y sociedad en la ciudad iberorromana de Laminiun (Alhambra, Ciudad Real)". En L. Hernández, L. Sagredo y J.M. Solana (eds.): *La Península Ibérica hace 2000 años. Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua*. Valladolid, 2000. Universidad de Valladolid-Centro Buendía. Valladolid. pp. 613-618.
- DOTOR MUNICIO, A. (1957): "La histórica villa y el castillo de Montiel". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, 18: 73-79.
- DURÁN FUENTES, M. (2004): *La construcción de puentes romanos en Hispania*. Xunta de Galicia. Santiago de Compostela.
- ECHEVARRÍA BRAVO, P. (1951): *Cancionero musical popular manchego*. Sociedad General de Autores. Madrid.
- ESPADAS PAVÓN, J. J. (1984): "Prospecciones en el Campo de Montiel II. El Cerro de los Conejos (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real), nuevo yacimiento calcolítico- Bronce". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 15: 11-37.
- (1988): "Vías de penetración y focos de asentamiento poblacional paleolítico en Castilla-La Mancha. Aplicación de las nuevas teorías funcionalistas sobre hábitats". En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Vol. 2. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Ciudad Real. pp. 37-78.
- (2000a): "Hallazgo de una tumba visigoda en Nuestra Señora de Mairena (Puebla del Príncipe)". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio arqueológico de Ciudad Real: métodos de trabajo y actuaciones recientes*. UNED. Valdepeñas. pp. 269-282.
- (2000b): "El yacimiento arqueológico de Jamila (Villanueva de los Infantes)". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio arqueológico de Ciudad Real: métodos de trabajo y actuaciones recientes*. UNED. Valdepeñas. pp. 323-354.
- (2004): "Últimas investigaciones en el yacimiento arqueológico de Jamila. Villanueva de los Infantes (Ciudad Real). El puente romano sobre el río Jabalón". En *Investigaciones Arqueológicas en Castilla-La Mancha. 1996-2002*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo. pp. 283-298.
- ESPADAS PAVÓN, J.J. y BARBA RUEDA, C. (1983): "Un importante hallazgo de una escultura zoomorfa ibérica en Alcubillas, Ciudad Real". *Diario Lanza*, 6-X-1983: S.p.
- ESPADAS PAVÓN, J.J. y POYATO HOLGADO, C. (1994): "El yacimiento del Toril, un asentamiento de apoyo al poblado de el Castellón". En F.J. Morales y R. García Huerta (eds.): *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*. Actas del Simposio, Toledo, 1990. Diputación de Toledo. Toledo. pp. 333-347
- ESPADAS, J.J., POYATO, C. y CABALLERO, A. (1986): "El poblado calcolítico "El Castellón" (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real). Informe de la 2ª campaña de excavaciones". *Oretum*, II: 235-247.
- (1987): "Memoria preliminar de las excavaciones del yacimiento calcolítico de 'El Castellón' (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real)". *Oretum*, III: 41-78.
- ESPADAS, J.J., HIDALGO, I.G. y DÍAZ, R.M. (2000): "El yacimiento Arqueológico de 'Jamila' (Vva. de los Infantes)". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real*. UNED. Valdepeñas. pp. 323-353.
- ESPADAS PAVÓN, J.J. y MOYA MALENO, P.R. (2004a): "Un puente romano sobre el río Jabalón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real, España)". En *Actas del IV Congreso de Arqueología Peninsular*. Faro, 2004. Universidade do Algarve. Faro. En prensa.
- (2004b): "Cuando la tierra se abre. Intervención de urgencia en una necrópolis de 'El Castellón' (Villanueva de los Infantes, C. Real)". En *I Congreso de Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha. La Gestión*. Valdepeñas, 2004. UNED. En prensa.
- ESPIRITO SANTO, M. (1980): *A religião popular portuguesa*. Eds. A Regra do Jogo. Lisboa.
- ÉTIENNE, R. (1958): *Le culte imperial dans la Péninsule ibérique d'Auguste à Dioclétien*. De Boccard. Paris.
- FERNÁNDEZ-CHICARRO Y DE DIOS, C. (1949): *Memoria del Museo Arqueológico Provincial*, 9-10.
- FERNÁNDEZ DURO, C. (1901): "Noticias". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXXIX (5): 431.
- FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE, A. [1859] (1951): *Obras de Don Francisco de Quevedo y Villegas*. Vol. II. Biblioteca de Autores Españoles, XLVIII. Atlas. Madrid.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1994): "La Edad del Bronce en La Mancha Oriental". En F.J. Morales y R. García Huerta (eds.): *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*. Actas del Simposio, Toledo, 1990. Diputación de Toledo. Toledo. pp. 243-287.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. *et alii* (1986): "La época romana". En AA.VV.: *Historia de la provincia de Ciudad Real*. Vol. III. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real. pp. 35-64.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., ZARZALEJOS, M. y SELDAS, I., (1990): "Entre Consabro y Laminio: aproximación a la problemática de la vía 30 del Itinerario". En AA. VV.: *Simposio sobre la red viaria en la Hispania romana*. Tarazona, 1987. Institución Fernando el Católico.

- Zaragoza. pp. 165-182.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y SERRANO ANGUITA, A. (1995): "Una necrópolis iberorromana en *Laminium* (Alhambra, Ciudad Real)". En *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Vol. I. Concello de Vigo. Vigo. pp. 191-196.
- FITA COLOMÉ, F. (1902): "Reducción geográfica de Laminio". En *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XL (3): 258.
- (1903a): "Excursión Epigráfica por Villar del Rey, Alambra, Venta de los Santos, Cartagena, Logroño y Orense". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLII (4): 281-310.
 - (1903b): "Monumentos romanos de San Juan de Camba, Córdoba, Linares, Vilches, Cartagena, Barcelona y Tarrasa". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLII (4): 446-461.
 - (1917): "Antigüedades Romanas de Alarcos". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXX: 243-250.
- FUENTE, V. DE LA (1886): "La Santa Cruz de Caravaca". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, IX: 319-334.
- GARCÉS, A. M. (2000): "Reconstrucción paleoambiental. Un encuadre metodológico aplicado al municipio de Villanueva de la Fuente". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real*. UNED. Valdepeñas. pp. 381-409.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1947): *La España del s. I de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Espasa-Calpe. Madrid.
- (1953): "Vaciado de los Vasos de Vicarello en Madrid". *Archivo Español de Arqueología*, XXI: 189-192.
 - (1959): "El elemento forastero en Hispania romana". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXLIV (2): 119-154.
- GARCÍA-BELLIDO GARCÍA DE DIEGO, M.P. (1982): *Las monedas de Cástulo con escritura indígena. Historia numismática de una ciudad minera*. CSIC-Universidad de Salamanca. Barcelona.
- GARCÍA BUENO, C. (2000): "Problemática de la arqueología romana en la provincia de Ciudad Real: la villa de Puente de la Omillilla (Albaladejo)". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio arqueológico de Ciudad Real. Métodos de trabajo y actuaciones recientes*. UNED-Valdepeñas. Valdepeñas. pp. 191-203.
- (2003): "Aproximación al conocimiento del yacimiento arqueológico de Jamila (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real): hallazgo monetario". *Numisma*, 247: 55-73.
- GARCÍA-CERVIGÓN TORRES, A. (1990): *La Solana: hitos, mitos, ceremonias y costumbres*. Asociación Cultural Amigos de la Zarzuela "Federico Romero". La Solana.
- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M^a P. (1993): "Relaciones entre la Meseta y la Oretania con anterioridad a la conquista de la Península Ibérica por Roma". *Hispania Antiqua*, XVII: 95-118.
- GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M^a P. y BLÁZQUEZ MARTINEZ, J.M. (1993): "Oretania entre los siglos VI-III a.n.e.". En J. Untermann y F. Villar (eds.): *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*. Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica. Colonia, 1989. Universidad de Salamanca. Salamanca. pp. 91-109.
- GARCÍA HUERTA, R. (1999): "Eruditos e instituciones: el inicio de los estudios ibéricos en Ciudad Real". En J. Blánquez y L. Roldán (eds.): *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*. Asistencia Técnica de Patrimonio. Madrid. http://www.ffil.uam.es/catalogo/garcia_huerta.htm (acceso 20-I-2003).
- GARCÍA HUERTA, R., MORALES HERVÁS, F. y OCAÑA CARRETÓN, A. (1999): "El poblado de la Edad del Hierro de Peñarroya (Argamasilla de Alba, Ciudad Real)". En M.A. Valero Tévar (coord.): *I Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*. Iniesta, 1997. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo. pp. 221-258.
- GARCÍA HUERTA, R., IZQUIERDO, R. y ONRUBIA, J. (1994): "Carta Arqueológica de la provincia de Ciudad Real. Avances de resultados de la primera fase". En J. Sánchez Meseguer, C. Galán, A. Caballero Klink, C. Fernández Ochoa y M.T. Musat (eds.): *Arqueología en Ciudad Real*. Patrimonio Histórico-Arqueología de Castilla-La Mancha, 8. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo. pp. 17-39.
- GARRIDO PENA, R. (1995): "El campaniforme en la Meseta Sur: nuevos datos y propuestas teóricas". *Complutum*, 6: 123-151.
- GODOY ALCÁNTARA, J. [1868] (1981): *Historia crítica de los falsos cronicones*. Alatar. Madrid.
- GÓMEZ TORRIJOS, L. (Comp.) (1997): *Guía del Museo de Alhambra*. Asociación Alfambra. Madrid.
- (2000): *Alhambra. Geografía, Historia, Costumbres*. Ed. de Autor. Daimiel.
- GONZÁLEZ-CONDE PUENTE, M.P. (1992): "Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur". *Complutum*, 2-3: 299-309.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J. (1975): *Repoblación en Castilla La Nueva*. Vol. 1. Universidad Complutense. Madrid.
- GONZÁLEZ SERRANO, P. y RUIZ BREMÓN, M. (1997): "Antonio García Bellido y la Escuela de arqueología clásica en Madrid". En G. Mora y M. Díaz-Andreu (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Actas del II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX). Madrid, 1995. Universidad de Málaga. Málaga. pp. 593-598.
- GUTIÉRREZ, C., GÓMEZ, A. J. y OCAÑA, A. (2000): "El enterramiento múltiple del abrigo de Cueva Maturras (Argamasilla de Alba)". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real*. UNED. Valdepeñas. pp. 43-65.
- GRACIA, F., FULLOLA, J.M. y VILAVONA, F. (2002): *58 anys i 7 dies: correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*. Universitat de Barcelona. Barcelona.
- GRUPO AL-BALATITHA (1985): *Los pueblos de la provincia de Ciudad Real a través de las descripciones del Cardenal Lorenzana*. Caja Toledo. Toledo.
- HARO MALPENSA, J. DE (2000): *La Mancha 1808. Diarios, memorias y cartas*. Ed. Valldum. Alcázar de San Juan.
- HENARES CUÉLLAR, I. y LÓPEZ GUZMÁN, R. (1993): *Villanueva de los Infantes: conjunto Histórico*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo.
- HERVÁS Y BUENDÍA, I. [1918] (2002): *Diccionario histórico, geográfico, biológico y bibliográfico de la provincia de Ciudad Real*. Tomo I. Ed. facsímil. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- [1899] (2002): *Diccionario histórico, geográfico, biológico y bibliográfico de la provincia de*

- Ciudad Real. Tomo II. Ed. facsímil. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- HOSTA, J. DE (1865): *Crónica de la provincia de Ciudad Real*. Ed. Arquiles Ronchi. Madrid.
- HOYOS SANCHO, N. DE (1955): *La Mancha*. Temas Españoles, 184. Publicaciones españolas. Madrid.
- JESSEN, O. (1946a): "La Mancha. Contribución al estudio geográfico de Castilla la Nueva". *Estudios geográficos*, 24: 269-312.
- JESSEN, O. (1946b): "La Mancha. Contribución al estudio geográfico de Castilla la Nueva. Conclusión". *Estudios geográficos*, 24: 479-524.
- JIMÉNEZ BALLESTA, J. (1990): *Alcubillas, una villa del Campo de Montiel*. Asociación Cultural de Amigos de la Zarzuela "Federico Romero". La Solana.
- (2003): *La villa de Torrenueva en su Historia*. Ayuntamiento de Torrenueva. Torrenueva.
- JIMÉNEZ COBO, M. (1993): "La vía *Castulo-Saetabis*". En M. Criado del Val, (dir.): *Actas del I Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*. Madrid-Alcalá-Pastrana, 1992. Dirección General de Relaciones Culturales, Dirección General de Carreteras, Diputación de Guadalajara, Instituto de Filología del C.S.I.C. Ed. AECHE. Madrid. Tomo I. pp. 133-140.
- (2000): "La vía romana entre *Castulo y Mentesa*". En M. Criado del Val (dir.): *Actas del IV Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*. Guadalajara, 1998. Dirección General de Relaciones Culturales, CEHOPU-CEDEX, Ministerio de Educación y Cultura, Diputación de Guadalajara. Ed. AECHE. Madrid. Tomo I. pp. 39-54.
- JIMÉNEZ RAMÍREZ, S. (1997): *Lagunas de Ruidera. Monedas de las sociedades antiguas del Alto Gadiana*. Soubriet. Tomelloso.
- (2000): *Real Sitio de Ruidera. Panorama social y de la propiedad desde la Prehistoria*. Soubriet. Tomelloso.
- JIMÉNEZ RAMÍREZ, S. y CHAPARRO SABINA, A. (1983): *Lagunas de Ruidera*. Ciudad Real.
- (1989): *Las lagunas de Ruidera en el tiempo*. Ciudad Real.
- (1994): *Lagunas de Ruidera. El río que pasa por mi pueblo*. Ciudad Real.
- JIMÉNEZ RAMÍREZ, S., CHAPARRO SABINA, A. y ALCOLEA JIMÉNEZ, J. (1982): "El Paleolítico de Ruidera (Alto Gadiana)". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 12: 309-376.
- JUAN DE FLORES, J. (1817), en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, V.
- LÓPEZ, F. J. y FERNÁNDEZ, M. (1994): "El poblamiento de las lagunas de Ruidera durante la Edad del Bronce". En F.J. Morales y R. García Huerta (eds.): *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*. Actas del Simposio, Toledo, 1990. Diputación de Toledo. Toledo. pp. 365-374.
- LÓPEZ, M., MORÍN, J., ESCALANTE, S., GONZÁLEZ MARTÍN, J.A., CONDE, C., CUARTERO, F., VELÁZQUEZ, R., BAENA, J., CARRIÓN, E., ZARZALEJOS, M., ESCOLÀ, M., LÁZARO, A., REGIDOR, D., FERNÁNDEZ, C. y SÁNCHEZ, F. (2001): "Estrategias de aprovisionamiento y talla de cuarcita en formaciones detríticas (El Bonillo y Lezusa, Albacete)". *Bolskan*, 18: 119-125.
- LÓPEZ, M., MORÍN, J., ESCALANTE, S., GONZÁLEZ, J.A., CONDE, C., CUARTERO, F., VELÁZQUEZ, R. BAENA, J., CARRIÓN, E., ESCOLÀ, M., FERNÁNDEZ, C., LÁZARO, A., REGIDOR, D., SÁNCHEZ, F. y ZARZALEJOS, M. (2005): "El aprovisionamiento paleolítico de materia prima cuarcítica en las formaciones de raña de Los Barruelos (Campo de Montiel, Albacete)". En *IV Congreso de Arqueología Peninsular*. Faro, 2004. Universidade do Algarve. Faro. pp. 287-294.
- MADOZ, P. [1845-1850] (1987): *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones en Ultramar: Castilla-La Mancha*. Ed. facsímil. 2 vols. Ámbito Eds. Valladolid.
- MADRID MEDINA, A. (1980): "El Campo de Montiel en la Edad Moderna: continuación". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 10: 10-37.
- (1981): "El Campo de Montiel en la Edad Moderna: conclusión". En *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 11: 13-43.
- (1985): "Repoblación manchega bajomedieval: La carta puebla de Villamanrique". En *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 16: 131-150.
- (1989): "El último maestre de Santiago en la Mancha: el monasterio de San Francisco en Villanueva de los Infantes". *Anuario de Estudio Medievales*, 19: 627-634.
- MAIER ALLENDE, J. (1998): *Comisión de Antigüedades. Comunidad de Madrid. Catálogo e índices*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2004): "La Real Academia de la Historia y la arqueología española en el siglo XIX". *Eres. Arqueología/Bioantropología*, 12: 91-121.
- MALAGÓN, J. (1978): "Los historiadores y la Historia en el exilio". En J.L. Abellán (coord.): *El exilio español de 1939*. Vol. 5. Taurus. Madrid. pp. 245-354.
- MANGAS MANJARES, J. (1971): *Esclavos y libertos en la España Romana*. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- (1978): "Clientela romana en la Hispania Romana". En *Memorias de Historia Antigua, II. Colonato y otras formas de dependencia no esclavistas*. Universidad de Oviedo. Oviedo. pp. 217-226.
- (1983): "Hispania romana". En M. Tuñón de Lara (dir.): *Historia de España*. Vol. I. Labor. Barcelona. pp. 199-446.
- MANSILLA PÉREZ, I. y CAMPOS FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F.J. (1989): "La provincia de Ciudad Real en las Relaciones del Cardenal Lorenzana, mentalidad y datos de sus gentes y unos pueblos a finales del siglo XVIII". *Anuario Jurídico y Económico Escorialense*, XXI: 375-460.
- MARÍN SUÁREZ, C. (2004): "Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias". *Complutum*, 15: 75-97.
- MARQUÉS TALAVERA, A. (1986): "Bronce Pleno en la Jaraba, Carrizosa". *Oretum*, II: 197-233.
- MARTÍN MORALES, C. (1984): "La Morra de Quintanar". *Al-Basit. Revista de Estudios Albacetenses*, 15: 57-73.
- MARTÍNEZ RUIZ, J.-"AZORÍN" [1903] (1992): "La evolución de un pueblo. Infantes", en *El Globo*, 25-II-1903. En *Ibidem: Antonio Azorín*. Ed. de E. Inman Fox. Castalia. Madrid.
- MASDEU, J.F. DE (1788): *Historia crítica de España y de la cultura española en todo género*. Vol. V, parte II. Ed. de Antonio de Sancha. Madrid.
- MASA CABRERO, F., PAZ ESCUDERO, D. DE y JUAN GARCÍA, A. DE (eds.) (1987): *Arqueología en Castilla-La Mancha. Excavaciones 1985*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo.
- MATA BENITO, P.M. (1991): "En busca de la ciudad perdida de Laminio". *La Tribuna*, 6-X-1991: 18-20.

- MELIDA Y ALINARI, J.R. (1917): "Noticias". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXX (4): 390-392.
- MENA, P. y RUIZ PRIETO, A. (1985): "Una nueva muestra de escultura ibérica en la provincia de Ciudad Real. El toro de Alcubillas". *Oretum* I: 251-256.
- MENESES, A. DE [1576] (1976): *Repertorio de caminos*. Ed. facsimil. Ministerio de Cultura.
- MIÑANO Y BEDOYA, S. DE [1826] (2001a): *Diccionario Geográfico y Estadístico de Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Madrid y Toledo*. Vol. I. Comp. de J. L. García Fraile y J. Á. Laguna Rubio. Ed. Librería Rayuela. Sigüenza.
- [1826] (2001b): *Diccionario Geográfico y Estadístico de Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Madrid y Toledo*. Vol. II. Comp. de J.L. García Fraile y J.Á. Laguna Rubio. Ed. Librería Rayuela. Sigüenza.
- MOLINA CHAMIZO, P. (1994): *Iglesias parroquiales en el Campo de Montiel (1243-1515)*. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- MONDÉJAR MEDINA, M.J. (2003): *Cien Años de amor hecho servicio (1903-2003): Residencia Santo Tomás de Villanueva de los Infantes*. Editabor. Villanueva de los Infantes.
- MONTANYA MALUQUER, R. (1977): "Contribución a la carta arqueológica de Ciudad Real. Prospecciones en Albaladejo y sus alrededores". En *XIV Congreso Nacional de Arqueología*. Vitoria, 1975. Universidad de Zaragoza. Zaragoza. pp. 1133-1143.
- MORENO GALLO, I. (2004): *Vías romanas: ingeniería y técnica constructiva*. CEDEX-CEHOPU. Madrid.
- MORA, G. y DÍAZ-ANDREU, M. (eds.) (1997): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Actas del II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX). Madrid, 1995. Universidad de Málaga. Málaga.
- MOYA MALENO, P.R. (2001): "Nuevo enfoque para Marco Ulpio Gresiano". *La Ruta*, 8: 10-11.
- (2004a): "Un 'toro de San Marcos' en Albaladejo (Ciudad Real). Aportación al origen prerromano de los ritos taurinos de la Península Ibérica". *Revista de Estudios Taurinos*, 18: 143-183.
- (2004b): *La Edad del Bronce en la Submeseta Sur: análisis del territorio en la actual comarca del Campo de Montiel*. Inédito.
- (2004c): "Las Rutas Histórico-Arqueológicas por la comarca del Campo de Montiel (Ciudad Real): Pasado y Presente". En *I Congreso de Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha. La Gestión*. Valdepeñas, 2004.UNED. En prensa.
- (2007): "Ager y afiladeras. Dos hitos en el estudio del municipio laminitano (Alhambra, Ciudad Real)". En J. Mangas *et alii*: *Ciudades y territorio romanos*. En prensa.
- MOYA MALENO, P.R. y ESPADAS PAVÓN, J.J. (2006): "Tres nuevas piezas monetales en el Entorno Arqueológico de Jamila (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real): el Puente de Triviño en la Historia". *Gaceta Numismática*, 162-163: 39-50.
- MUÑOZ ROMERO, T. [1858] (1973): *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España*. Ed. facsimil. Atlas. Madrid.
- NAJERA COLINO, T. (1984): *La Edad del Bronce en La Mancha Occidental*. Universidad de Granada. Granada.
- NAJERA COLINO, T. y MOLINA GONZÁLEZ, F. (1977): "La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las motillas del Azuer y Los Palacios (campana de 1974)". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2: 251-302.
- NÁJERA COLINO, T. y MOLINA GONZÁLEZ, F. (2004): "Las motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha". En R. García Huerta y F.J. Morales (coords.): *La Península Ibérica en el II milenio a.C.: poblados y fortificaciones*. Colección Humanidades, 77. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca. pp. 173-214.
- NIETO GALLO, G. y SÁNCHEZ MESEGUER, J.L. (1980): *El Cerro de la Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 113. Ministerio de Cultura- CSIC. Madrid.
- OCAÑA CARRETÓN, A. (2000): "Bronce manchego en Ruidera". En L. Benítez de Lugo (coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real*. UNED. Valdepeñas. pp. 87-107.
- (2002): "Las lagunas de Ruidera durante la Edad del Bronce: un territorio jerarquizado". *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1): 167-177.
- OCAÑA, A. y GÓMEZ, A.J. (2000): "Prospecciones en el Alto Guadiana (lagunas de Ruidera, Albacete). Nuevas aportaciones al conocimiento del Bronce Final: el poblado de la Mesa del Almendral". En *III Congreso de Arqueología Peninsular*. Vila Real, 1999. Actas V. Oporto. pp. 187-201.
- OCAÑA, A., GUTIÉRREZ, G. y GÓMEZ, A. (1999): "Resultados preliminares del sondeo del sitio arqueológico de Cueva Maturras (Argamasilla de Alba, Ciudad Real)". En *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*. Cartagena, 1997. Instituto de Patrimonio Histórico. Murcia. pp. 143-154.
- OLMO ENCISO, L. (1991): "Ideología y arqueología: los estudios sobre el periodo visigodo en la primera mitad del siglo XX". En J. Arce. y R. Olmos (coords.): *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España: (siglos XVIII-XX)*. Madrid, 1988. Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Madrid. pp. 157-160.
- OLMOS, V. (2002): *Historia del ABC*. Plaza Janés. Barcelona.
- PEÑALOSA ESTEBAN-INFANTES, M. y MARTÍNEZ VAL, J.M. (1962): "Hallazgos arqueológicos en Alhambra". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 12: 127-130.
- PÉREZ AVILÉS, J.J. (1985): "Estudio arqueológico del Campo de Montiel". *Oretum*, I: 175-237.
- PÉREZ AVILÉS, J.J. y VÉLEZ RIVAS, J. (1994): "El yacimiento protohistórico del cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)". En J. Sánchez Meseguer, C. Galán, A. Caballero Klink, C. Fernández Ochoa y M.T. Musat (eds.): *Arqueología en Ciudad Real*. Patrimonio Histórico-Arqueología de Castilla-La Mancha, 8. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo. pp. 131-141.
- PÉREZ DE PAREJA, E. [1740] (1997): *Historia de la primera fundación de Alcaraz y milagroso apareamiento de Nra. Sra. de Cortes*. Rep. facsimil. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- PÉREZ FERNÁNDEZ, F. (1957): "La Mancha y el Campo de Montiel: fisiografía y paisaje de la raza lanar manchega". *Ganadería Manchega*, 5: 1-32.
- (1960): *Aportación de Ciudad Real y su provincia a la Historia de España*. Ed. de la Escuela Sindical. Ciudad Real.

- PÉREZ GALDÓS, B. (1992): *Bailén*. Historia 16-Caja Madrid. Madrid.
- PÉREZ PÉREZ, C.J. (1981): “Inscripción de Trajano hallada en Almedina”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 7-8: 173-174.
- (1987): “Materiales arqueológicos del Bronce, ibéricos y romanos de Almedina (Ciudad Real). Resultado de unas prospecciones”. *Oretum*, III: 198-213.
- PILLET CAPDEPÓN, F. (coord.) (1995): *La provincia de Ciudad Real (I): Geografía*. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- PLANCHUELO PORTALÉS, G. (1954): *Estudio del Alto Guadiana y de la Altiplanicie del Campo de Montiel*. Instituto de Estudios Manchegos. Madrid.
- PORTUONDO Y LLORET DE MORA, B. [1917] (1972): *Catálogo monumental artístico de España: provincia de Ciudad Real*. Ed. facsimil. Instituto de Estudios Manchegos. Ciudad Real.
- POYATO HOLGADO, C. y GALÁN SAULNIER, C. (1988): “Las cerámicas del grupo Dornajos de La Mancha”. En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Vol. 1. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Ciudad Real. pp. 301-310.
- POYATO HOLGADO, M.C. y ESPADAS PAVÓN, J.J. (1988): “El Castellón, un importante yacimiento con campaniforme en Villanueva de los Infantes (Ciudad Real)”. En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Vol. 2. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Ciudad Real. pp. 301-310.
- POZO RUZ, D. (2000): “CEAM-Castilla-La Mancha”. *Balcón de Infantes*, 96: 18.
- PRETEL MARÍN, A. y RODRÍGUEZ LLOPIS, M. (1981): “Villanueva de la Fuente: un concejo rural en tierra de Alcaraz y una encomienda atípica de la orden de Santiago (1213-1525)”. *Anales del Centro de la Universidad a Distancia de Albacete*, 3: 95-142.
- PRIETO GARCÍA-OCHOA, P.; LÓPEZ CARRICAJÓ, V.; CORCHADO SORIANO, M. (1971): “La Venta Nueva del Termino de Villamanrique”. *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 2: 173-186.
- PUIG OCHOA, M.R. (1979): “Pintura romana de Albaladejo”. En *XV Congreso Nacional de Arqueología*. Lugo, 1977. Universidad de Zaragoza. Zaragoza. pp. 923-925.
- PUIG OCHOA, M.R. y MONTANYA MALUQUER, R.M. (1975): “Mosaicos romanos de la villa romana de Puente de la Olmilla (Albaladejo, Ciudad Real)”. *Pyrenae*, 11: 133-144.
- QUADRADO, J.M. y FUENTE, V. DE LA [1886] (1978): *España. Sus monumentos y artes, su naturaleza e Historial. Vol. III, Castilla la Nueva: Toledo y Ciudad Real*. Eds. El Albir. Barcelona.
- QUERO CASTRO, S. y PÉREZ NAVARRO, A. (2002): *Historiografía de la Arqueología española. Las Instituciones*. Museo de San isidro. Madrid.
- QUIRÓS LINARES, F. y PLANCHUELO PORTALÉS, G. (1992): *El Paisaje Geográfico. Valle de Alcudia, Campo de Calatrava y Campo de Montiel*. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- RICO, M., LÓPEZ, F.J., y SENA, J.L. (1997): “Arqueología e Historia”. En AA.VV. *Parque Natural Lagunas de Ruidera*. Ed. Ecohabitat. Madrid. pp. 245-278.
- RIVERO, M. DEL Y MATEU LLOPIS, F. (1935): “Hallazgo de un tesoro de la República romana adquirido por el Museo”. En *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional*. pp. 28 y ss.
- RODRÍGUEZ CASTILLO, J. (1999): *Don Quijote por el Campo de Montiel*. Asociación de Amigos del Campo de Montiel. Villahermosa.
- (2000): “Los caminos en el Campo de Montiel en la época de Cervantes”. En M. Criado del Val (dir.): *Actas del IV Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*. Guadalajara, 1998. Dirección General de Relaciones Culturales, CEHOPU-CEDEX, Ministerio de Educación y Cultura, Diputación de Guadalajara. Ed. AECHE. Madrid. Tomo II. pp. 1055-1060.
- RODRÍGUEZ CASTILLO, S. y DÍAZ MUÑOZ, M.A. (2002): “Exploración de un camino Real de la Plata en el Campo de Montiel”. En M. Criado del Val (dir.): *Actas del V Congreso Internacional sobre Caminería Hispánica*. Valencia, 2000. Patronato “Arcipreste de Hita”, Biblioteca Valenciana, Instituto de Lengua Española del C.S.I.C. Ed. AECHE. Madrid. pp. 157-170.
- RODRÍGUEZ GUILLÉN, S. et alii (1993): *Castillos del Campo de Montiel*. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- RODRÍGUEZ MORALES, J. (2000): “Laminium y la vía 29 del Itinerario de Antonio: *Per Lusitaniam ab Emerita Caesarea Augusta*. Argumentos toponomásticos para ubicar Laminium en Daimiel, por donde iría la A29”. *Miliario Extravagante*, 73: 16-23.
- ROJAS, P. (CONDE DE MORA) (1654): *Historia de la imperial, nobilísima, inclita y esclareada ciudad de Toledo*. Parte I. Imp. De Diego Díaz de la Carrera. Madrid.
- ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1975): *Itineraria Hispana. Fuentes Antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- ROMÁN DE LA HIGUERA, J. (ca. 1584-1598): *Historia Eclesiástica de la Ymperial Ciudad de Toledo, ...* Copia del siglo XVIII. Manuscrito 6939, Biblioteca Nacional.
- ROMERO VELASCO, A. (1940): *Historia de la Solana*. Imprenta Posadas. La Solana.
- (1985): *Cuándo y por qué fue extinguida la mancomunidad de pastos en el Campo de Montiel*. Ed. de autor. La Solana.
- RUBIO MARTÍNEZ, C.J. (1994): “El arroyo del Toril”. *Balcón de Infantes*, 23: 14.
- (1997): “Buscando la realidad en nuestros orígenes”. *Balcón de Infantes*, 63: 16-17.
- (2000): “La imagen y el lugar de la Antigua”. *Balcón de Infantes*, 92: 18-19.
- (2005): “Jamila: historia e imagen (I)”. *Campo Arenate*, 1: 31-46.
- RUIBAL RODRÍGUEZ, A. (1984a): “Eznavecore o ¿Torres de Xoray?: vestigios islámicos en el primer enclave santiaguista de Ciudad Real”. *Al-Qantara*, V: 429-449.
- (1984b): “El enclave de Montiel: vestigios de los antiguos castillos de la Estrella y San Polo y el lugar de Torres”. *Anuario de Estudios Medievales*, 14: 143-185.
- (1985): “El Castillo de Alhambra”. *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 16: 153-166.
- (1986): “Un enclave de la Orden de Santiago en el Campo de Montiel, Alcubillas”. *Castillos de España*, 24: 35-40.
- (1987): “Peñaflor y Saujuolo, dos despoblados cristianos del siglo XIII”. En *Arqueología Medieval Española*. II Congreso. Madrid, 1987. Vol. III. Asociación Española de Arqueología Medieval y Comunidad de Madrid. Madrid. pp. 672-278.
- (1989): “Estudio de una fortaleza de la Orden de Santiago: Terrinches”. *Castillos de España*, 98: 46-51.
- (1993): *Los Castillos de Ciudad Real*. Lancia. Madrid.
- RUIZ ARGILES, V. (1953): “Torre de Juan Abad (Ciudad Real). Descubrimientos arqueológicos”.

- Noticiario Arqueológico Hispano*, 2: 138-142.
- RUIZ MATEOS, A. (1988): "Un ejemplo de arquitectura santiaguista en Castilla: Alhambra y La Solana". En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha*. Vol. 5. Ciudad Real. pp. 261-272.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. C. (1993): "Vida, muerte y resurrección de los iberos". En J. Beltrán y F. Gascó (eds.): *La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*. Imp. Ant. Pinelo. Sevilla.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2002): "Arqueología e Identidad: la construcción de referentes de prestigio en la sociedad contemporánea". *Arqueoweb: Revista sobre Arqueología en Internet*, 4 (1).
- (2003): "Historiografía y 'uso público' de los celtas en la España franquista". En F. Wulff Alonso y M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.): *Antigüedad y franquismo (1936-3975)*. Diputación de Málaga. Málaga. pp. 217-240.
- RUS PUERTA, F. de [1646] (1998): *Corografía antigua y moderna del reino y obispado de Jaén*. UNED-Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén. Jaén.
- SÁNCHEZ RIVERO, A. y MARUTTI DE SÁNCHEZ RIVERO, A. (eds.) (1933): *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal*. Centro de Estudios Históricos. Madrid.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, I. (1996) (coord.): *La provincia de Ciudad Real (II): Historia*. Diputación de Ciudad Real. Ciudad Real.
- SAN MARTÍN MONTILLA, C.M. (1953): "Los hallazgos arqueológicos de Alcázar de San Juan y Torre de Juan Abad". *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 6: 32-40.
- SANTERO SANTURINO, J.M. (1978): *Asociaciones populares en Hispania Romana*. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- SANZ GAMO, R. (1997): *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los siglos de transición*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- SERNA, V. DE LA (1959): *Por tierras de la Mancha: reportaje de viajes por España*. Jefatura Provincial del Movimiento de Ciudad Real. Ciudad Real.
- SERRANO ANGUITA, A. y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. (1990): "Visigodos en Ciudad Real. La necrópolis rupestre de Las Eras". *Revista de Arqueología*, 112: 46-53.
- SILLIÈRES, P. (1977): "Le camino de Aníbal: itinéraire des gobelets de Vicarello de Castulo a Saetabis". *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIII: 31-83.
- (1990): *Les voies de communication de l'Hispanie meridionale*. Centre Pierre Paris. Paris.
- SOLEDAD SERRANO, M. (1997): *Rutas de leyenda*. Leyendas de Castilla-La Mancha, 1-Guadalajara. AACHE. Guadalajara.
- STYLOW, A. (1995): "Apuntes sobre las tribus urbanas en Hispania". *Veleia*, 12: 109-110.
- TORRE ECHÁVARRI, J.I. DE LA (2005): "Celtíberos e identidad". En A. Jimeno Martínez (ed.): *Celtíberos. Tras la huella de Numancia*. Diputación de Soria. Salamanca. pp. 451-458.
- TORRE PARRAS, S. DE LA (1932): "El cerro del Almorchón en las Lagunas de Ruidera". *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Histórico-Artísticos*, 3: 17-19.
- UROZ, J., MOLINA, J. y POVEDA, A.M. (2002): "El Foro de Libisosa. Datos preliminares de una investigación en curso". En R. Sanz (coord.): *II Congreso de Historia de Albacete*. Vol. I. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete. pp. 245-251.
- VALLE MUÑOZ, J.E. (1976): "Un nombre que no tienen calle...". *Balcón de Infantes*, 30: s.p.

- (1983): *Villanueva de los Infantes histórica y monumental. Apuntes para un estudio monográfico*. Ed. de autor. Villanueva de los Infantes.
- (1987): *El Santuario de la Antigua*. Ed. de autor. Villanueva de los Infantes.
- VASCO GALLEGO, E. (1909): "Edeba, ciudad oretana". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LIV: 485-488.
- VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J. (1987): "El yacimiento protohistórico del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas)". *Oretum*, III: 167-196.
- VIDAL BORDÓN, J.M. (1982): "Tesorillo de Denarios romano-republicanos de Torre de Juan Abad (Ciudad Real) en el Museo Arqueológico Nacional". *Acta Numismática*, 12: 79-95.
- VILLAR PACHECO, M. (1992): "El legado de nuestros antepasados prehistóricos". *Balcón de Infantes*, 2: 10.
- VILLUGA, J. P. [1546] (1967): *Repertorio de todos los caminos de España*. Ed. facsímil. Hispanic Society of America. Nueva York.
- VIÑAS MEY, C. y PAZ, R. (1971): *Relaciones histórica-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II*. Ciudad Real. Instituto Balmes-Instituto de Geografía Juan Sebastián Elcano. Madrid.
- WEAVEN, P.R.C. (1972): *Familia Caesaris. A social study of the emperor's freedmen and slaves*. Cambridge university Press. Cambridge.



Intervención durante el debate de Pedro R. Moya. Moderando, C.J. Rubio. Fotograma de vídeo digital P. Moya.